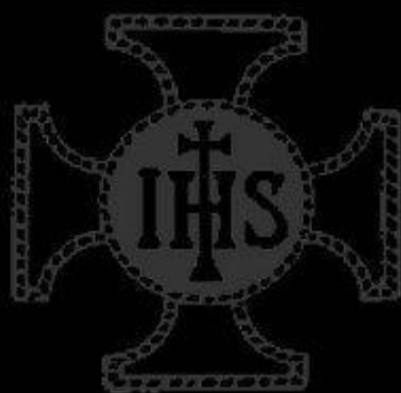


El monje y el venerable



CHRISTIAN JACQ

Lectulandia

A principios de 1944 dos hombres excepcionales son arrestados por la Gestapo y confinados en una misteriosa fortaleza alemana. Uno es François Branier, miembro de la Resistencia, médico y venerable maestro de una logia masónica heredera de los constructores de catedrales. El otro fray Benoît, monje Benedictino y radiestesista, miembro también de la Resistencia.

Frente a frente, como dos gladiadores en la arena de las crueldades, se juegan la supervivencia al horror nazi sometidos a un cuerpo especial creado por Himmler, cuya misión es sonsacar información confidencial de las órdenes religiosas, de los videntes, de los astrólogos y de las sociedades secretas con el fin de arrancarles sus poderes, sus ritos y sus técnicas y verificar su eficacia.

El monje y el venerable, dos personajes que existieron en la realidad, se enfrentan entre sí porque su fe parece irreconciliable. Ante la barbarie, ¿no deberían escucharse primero y, después, entenderse? Para sojuzgarlos y obtener sus confesiones, los torturadores están dispuestos a emplear los métodos más bárbaros y acabar con la esperanza de ambos hombres. Una intriga a puerta cerrada... bajo la atenta mirada de Dios y del Gran Arquitecto del Universo.

Lectulandia

Christian Jacq

El monje y el venerable

ePub v1.0

Farnsworth 27.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Le moine et le vénérable*

Christian Jacq, 1996

Traducción: Beatriz Iglesias

Editorial: Styria

ISBN: 84-96626-20-2

Editor original: Farnsworth (v1.0)

ePUB base v2.0

Introducción

El monje y el venerable es una novela, una obra de ficción donde lo imaginario cobra un gran protagonismo. No obstante, me ha parecido necesario precisar que el relato está basado en hechos reales de los que es posible esclarecer determinados aspectos.

La trama está ambientada en la Segunda Guerra Mundial. La ideología nazi quiso fundar una nueva forma de religión y de cultura. Por ello procedió al exterminio de todas las creencias anteriores, no sin antes despojarlas de lo mejor que, a su ver, poseían. Los nazis confiaron al cuerpo especial Aneherbe, que dependía directamente de Himmler, la misión de «ocuparse» de las sociedades secretas y de sus adeptos, considerados poseedores de ciertos poderes. Este servicio poco conocido y menos estudiado procedió al arresto de videntes, astrólogos y magos para apoderarse de sus técnicas y comprobar si eran eficaces. De hecho, el Aneherbe creía que los poderes psíquicos se podían convertir en potentes armas con las que asentar la supremacía del Reich. Se encarceló tanto a sacerdotes como a religiosos sospechosos de atesorar interesantes conocimientos. Los desafortunados fueron deportados a campos donde había secciones especializadas en un tratamiento muy especial de «superdotados».

Por otro lado, desde que el régimen nazi se impuso en Alemania, procedió al cierre de las logias masónicas y al arresto de quienes las frecuentaban. Con todo, parece que los masones favorecieron la ascensión de Hitler al poder jugando a aprendices de brujos, rápidamente incapaces de controlar el monstruo que habían contribuido a crear.

El nazismo fundó su propia sociedad secreta, «La Orden Negra», que no toleraba la existencia de ninguna otra organización esotérica en los territorios del Reich. De manera que Himmler ordenó la destrucción de la masonería, no sin antes haberse cobrado tesoros aprovechables. En Francia, al servicio alemán de contraespionaje (SD) le fue encomendada la misión de sitiar los inmuebles donde se reunían los masones, para apoderarse de sus archivos y sus rituales. Contó con la colaboración de siniestros personajes como Bernard Fay, administrador general de la Biblioteca Nacional; sin embargo, sólo obtuvo resultados más bien decepcionantes.

El motivo de este fracaso fue la existencia de un secreto que circulaba en el mismísimo interior de la institución masónica, pero que no tenía nada que ver con ésta. Tras la especuladora aparición de las organizaciones masónicas, sobrevivían las logias denominadas «salvajes», herederas de saberes iniciáticos transmitidos de venerable en venerable desde tiempo inmemorial. Una de estas logias era especialmente depositaria de la Regla dictada, en su origen, por los constructores de templos; así como del secreto del Número que, según se dice, permite crearlo y construirlo todo. En nuestro relato, hemos dado a esta logia perteneciente al Rito

Escocés Antiguo y Aceptado el nombre de «Conocimiento».

Durante muchos años, la dirigió un venerable excepcional que me hizo partícipe de la increíble aventura vivida por un masón y un monje benedictino, cuyos caminos se cruzaron en el exilio. Todo los separaba, todo los oponía y, pese a ello, sobrevivieron juntos al infierno de un campo de concentración. Uno se amparaba en el Gran Arquitecto del Universo; el otro, en el Dios de los cristianos. Ambos llegaron a conocerse, pero también a enfrentarse en el nombre de su respectiva fe; a lo largo de la novela, veremos cuál fue el auténtico desafío, materializado en lo que unos llaman «apuesta» y otros «voto», que los llevó a someterse a la más exigente de las pruebas.

Todo lo que aquí se revela sobre los ritos, los grados y los símbolos masónicos es conforme a la realidad. Incluso el funcionamiento de una «logia salvaje», que yo sepa nunca antes mencionada, se reconstruye en la medida de lo posible.

El extraordinario encuentro entre el monje y el venerable tuvo lugar en un contexto análogo al descrito en este relato; la logia «Conocimiento» existió en verdad, pero con otro nombre; y el Aneherbe, de triste recuerdo, constituyó la más temible agencia de servicios secretos de la era moderna.

El trabajo del novelista ha consistido en reunir elementos dispersos y aportar las precisiones de las que disponía para contar la historia de dos seres enfrentados a la más despiadada de las realidades.

Tuve el inmenso privilegio de conocer al monje y al venerable que sirvieron de modelo para mis personajes. En la actualidad, ambos están muertos. Por eso se ha podido romper el silencio.

Capítulo 1

París, una noche de marzo de 1944 en una callejuela del distrito dieciocho. La luna se escondía entre las nubes...

François Branier desapareció bajo el soportal de un inmundo edificio, tras haber comprobado que nadie lo seguía. A sus cincuenta años de edad, el médico de cabello cano había conservado ese aspecto fornido y apacible que hacía de él un personaje tranquilizador, frío y cálido a la vez.

Dejó que la puerta del garaje se cerrara a su paso y esperó unos minutos en la oscuridad. Imperativo de seguridad. Branier vivía la más peligrosa de las aventuras. Por primera vez en varias semanas, convocaba a sus hermanos para celebrar una reunión de trabajo masónico, lo que los iniciados llamaban «tenida». Había muchas decisiones que tomar por unanimidad, conforme a la Regla.

En los últimos tiempos, varios hermanos de la logia «Conocimiento», operativa en el Oriente de París, habían sido detenidos por subversión o actos de Resistencia. Sólo siete de ellos podían seguir trabajando en honor del Gran Arquitecto del Universo; y tenían que esconderse, cambiar de lugar cada vez que celebraban una «tenida». Cuando el nazismo triunfó en Alemania, los masones se contaban entre los primeros perseguidos. Las logias habían sido disueltas, pues se consideraba que ponían en peligro la seguridad del Estado. Y muchos hermanos alemanes habían sido apresados, ejecutados sin juicio y deportados.

La logia «Conocimiento» no era como las demás. Tenía una característica que la diferenciaba: ostentaba el secreto del Número, el secreto esencial de la Orden que se había transmitido de generación en generación. Unos pocos hermanos, desperdigados por el mundo entero, habían heredado este tesoro. Muchos habían muerto desde el estallido de la guerra. Puede que François Branier, venerable maestro de la logia, fuera el último superviviente conocedor del secreto del Número a partir del cual todo se podía reconstruir. Ahora faltaba que él lo pudiera transmitir, que no se lo llevara a la tumba.

En el edificio reinaba el silencio. Branier abandonó el abrigo del soportal y entró en un pequeño patio interior sumido en la oscuridad. A la izquierda había una puerta metálica. El médico llamó tres veces espaciadas. Una voz le dijo: «Adelante».

Branier enseguida supo que lo habían traicionado. El que había respondido no era un hermano, o al menos se habría expresado de manera diferente. Debía salir corriendo sin pensárselo dos veces. Branier se precipitó hacia el soportal y abrió la puerta del garaje.

Su tentativa de fuga se quedó ahí. En la acera lo esperaban cinco hombres ataviados con un impermeable verde oscuro. La Gestapo. Unos coches negros obstaculizaban ambos extremos de la calle. Branier cerró los puños. Lo invadía una

rabia fría. Resistirse era inútil, suicida. Así que se quedó petrificado, esperando un auxilio imposible.

—Mi enhorabuena, señor Branier —dijo uno de los policías alemanes, con un rostro plano, muy blanco y animado por unos ojillos móviles. Es usted sensato. Su reputación está a salvo.

La luz de la luna, que brillaba entre dos nubes, permitía que Branier viera a su interlocutor. Sólo tenía una pregunta:

—¿Dónde están mis... mis amigos?

—A salvo, como usted, señor Branier. No se preocupe. Y ahora, si tiene la bondad de subirse a mi coche...

El policía hablaba un francés sin acento y de tono servil.

François Branier se hacía una idea completamente distinta de las detenciones a manos de la Gestapo: esposas, golpes, órdenes imperiosas... ¿A qué venía aquella fingida cortesía, aquel respeto incomprensible? Sus sospechas le revolvían el estómago.

Cuando se subía al Mercedes negro, el venerable alzó la cabeza. En el tercer piso del edificio de enfrente, había una ventana tenuemente iluminada; a la derecha, asomaba el rostro de un hombre tras la cortina descorrida. Sorprendido por la mirada de François Branier, el espía corrió bruscamente la cortina y apagó la luz.

Branier se dirigió al policía alemán que, como él, había observado la escena. No perdía detalle.

—¿Me ha delatado él?

—Exacto.

—¿Y quién es?

—No lo sé —mintió el alemán, casi riendo—. Todo lo que puedo decirle es que es masón. Lo conoció en otra logia. Nos ha puesto sobre su pista. Y ahora súbase al coche.

Cuando arrancaron, el venerable supo que tendría que aguantar hasta el final.

—¡Rápido, Dios santo!

Fray Benoît, de la Orden Benedictina, había jurado una vez más, sin siquiera darse cuenta. No era momento para florituras lingüísticas. Estaba demasiado preocupado con la evasión de dos jóvenes judíos que debían subirse imperativamente al camión cargado de troncos. Fray Benoît los había escondido dos días antes en los bosques circundantes de Morienval. Hacía un año que el religioso estaba a cargo de esta antiquísima abadía.

La población apreciaba los dones de Benoît, curandero, radiestesista e hipnotizador. Según la gran tradición de la Orden, él se ocupaba activamente tanto de las almas como de los cuerpos. El benedictino, que lideraba una red de pasadores en

la frontera, había permitido que decenas de personas huyeran de la policía alemana.

Llegaba el camión. Había venido por la carretera comarcal, para luego desviarse por un camino forestal. Benoît metió en la parte de atrás a los dos jóvenes judíos, que se deslizaron hasta un escondite habilitado en los bajos del vehículo. Con un poco de suerte, no acabarían en uno de los centros de «selección» de la región de Compiègne. Pero entonces las ruedas del camión patinaron en el barro. Benoît temía que se quedara atascado, como la última vez. El conductor cambió de marcha, aceleró a fondo y arrancó el vehículo del cenagal. El religioso saludó con la mano a quienes ya no podían verlo. Aquella noche estarían en zona libre y retomarían el combate contra el invasor.

Fray Benoît vestía su eterno sayal, con un rosario de cuentas grandes por cinturón. Este auténtico coloso, de barba ligeramente pelirroja, nunca tenía frío. Le encantaban esas glaciales alboradas en que el bosque estaba aún silente, en que la soledad era casi absoluta. Sentía la presencia de Dios. ¡Qué alegría avanzar sobre el manto de hojas muertas, contemplar la apertura de los brotes colmados de savia, notar la primavera a punto de florecer! ¡Vaya! Todavía quedaban esperanzas; Francia conseguiría librarse, el mundo saldría al fin del peor de los horrores impuestos desde los albores de la humanidad. Y decir que algunos se atrevían a hablar de progreso...

Benoît caminaba rápido. A mediodía, recibiría tres nuevos miembros de la resistencia perseguidos por los alemanes. Pero antes necesitaba procurarles ropa, un pasador y dinero. Dios lo ayudaría.

El monje habitaba una vieja casa de piedra situada detrás de la abadía. Al entrar, pensó en el humeante café que iba a servirse. Su único lujo.

El religioso subió los tres peldaños de la escalera de piedra, abrió la puerta, cruzó el pasillo con sólo tres pasos y se adentró en la cocina.

Allí lo esperaban tres hombres, ataviados con un impermeable verde. El religioso reaccionó enseguida. Se apoderó de una silla y la descargó sobre la cabeza del alemán que tenía más cerca. Otros dos policías de la Gestapo se le acercaron por detrás y le cortaron el paso. El coloso estuvo a punto de liberarse, pero las armas con que le apuntaban lo obligaron a rendirse. Y un hombre de Dios no tiene derecho a suicidarse.

—Cálmese —dijo uno de los policías, de rostro plano y muy blanco, en el que relampagueaban dos ojillos móviles.

—¿Por qué me detienen? —se exasperó Benoît—. No tienen nada que reprocharme.

—¿Y esto?

Sobre la mesa de la cocina, el alemán había dejado una varita de zahorí, un péndulo de radiestesista y varios libros mágicos sobre las propiedades curativas de las plantas.

Fray Benoît se quedó atónito. ¿Por eso lo detenían? Ni siquiera habían mencionado su apoyo a la Resistencia... Una pesadilla sin pies ni cabeza.

—Posee usted extraños poderes para ser un religioso libre de culpa... Nos han dicho que es el mejor curandero de Francia, que se comunica con las fuerzas ocultas. Hemos venido a comprobarlo.

La alucinación no tenía fin. Benoît no daba crédito a sus oídos. ¿Cómo podía interesarles algo así a estos esbirros de la siniestra Gestapo?

—¡Y ustedes se creen todo lo que les dicen! —se indignó el monje.

—Yo sólo creo en lo que veo —replicó el alemán—. Y entiendo que no quiera responder a mis preguntas. Ahora va a acompañarnos. Lo llevaremos ante especialistas que sabrán sonsacarlo.

Fray Benoît no articuló palabra. Las alimañas que tenía enfrente no estaban dispuestas a escuchar, y él sólo pensaba en huir. Pero antes quería saber. Saber por qué lo detenían alegando semejantes motivos.

Cuando los habitantes de Morierval vieron que fray Benoît se subía al coche de la Gestapo escoltado por un grupo de agentes, se convencieron de que al religioso lo habían denunciado por sus actividades como miembro de la resistencia. Ninguno de ellos intuyó la verdad.

Capítulo 2

François Branier adoraba Compiègne. De niño había ido allí muchas veces a pasar las vacaciones con su tío. Juntos habían explorado el bosque, pescado en arroyos, recorrido decenas de kilómetros en bicicleta por el placer de descubrir valles perdidos, paisajes de la vieja Francia olvidada por los urbanitas. Pero el Compiègne de hoy era el del terror. De allí salían los convoyes de presos, a quienes se trataba como ganado, rumbo a los campos nazis de exterminio. El venerable estaba seguro de que conocería la abominable suerte de quienes osaban desafiar a la Alemania de Hitler.

Se extrañó sobremanera cuando el Mercedes de la Gestapo se detuvo ante un bonito hotel privado del centro. Lo obligaron a bajarse del coche y lo acompañaron a la primera planta. Ahora los salones burgueses y las habitaciones eran despachos. Se habían derribado tabiques y roto molduras para introducir el mobiliario de oficina. Pese a lo intempestivo de aquellas horas, unos soldados escribían a máquina.

El venerable fue introducido en un lujoso despacho, sin duda el del antiguo dueño del lugar. En las paredes había colgados litografías y aguafuertes que retrataban monumentos de Compiègne. Parqué ilustre, mobiliario imperial. Un suboficial de unos cuarenta años de edad, que vestía el uniforme de las SS, estaba repantigado en un sillón rojo de respaldo alto. Tenía los cabellos muy negros y un rostro anguloso.

—Siéntese, señor Branier. Me han dicho que se ha mostrado muy razonable. Excelente iniciativa.

El venerable clavó su mirada en la del alemán.

—¿Dónde están mis amigos?

—Ya están de camino a su futura residencia, señor Branier. En un tren especial, que ya ha salido hará un cuarto de hora. Con mediocres condiciones de comodidad, lo reconozco. Pero, como usted bien dice, cual el tiempo tal el tiento.

El jefe de las SS se levantó y se paseó por el despacho, con la firme seguridad de un domador. Su colega, el hombre de la Gestapo, se tenía en pie en un rincón del despacho.

—¿Es usted médico, señor Branier?

François Branier no se movió de su asiento. Con la espalda recta y los antebrazos apoyados, se sentía como un condenado a muerte sentado en una silla eléctrica. El suboficial jugaba con él al gato y al ratón. Estas palabras dichas a media tinta albergaban cien veces más crueldad que la tortura más atroz. El alemán tenía todo el tiempo del mundo. Buscaba los puntos débiles para golpear con la máxima precisión y dejar a su adversario fuera de combate. Branier no tenía derecho a bajar la guardia ni un solo segundo.

—Debería responder, señor Branier. Refugiarse en el silencio es una mala táctica.

Podría amenazarlo con represalias contra sus hermanos. ¿Es médico?

—Sí.

—¿Especialista?

—No. De medicina general.

—¿Casado?

—Viudo.

—¿Hijos?

—No.

—Cuando se declaró la guerra, abandonó usted su consultorio médico y su domicilio parisinos. Ingresó en la masonería a la edad de veinticinco años; concretamente, en la Gran Logia de Francia, donde enseguida fue considerado miembro de excepción. Pese a haber rechazado todos los honores, se ha ganado el respeto de las logias de toda Europa. Como también se negaba a figurar en la jerarquía aparente y oficial, acabó convirtiéndose en jefe de la masonería secreta. Ha fundado una logia denominada «Conocimiento» que ostenta los verdaderos secretos de la Orden. Llevamos mucho tiempo siguiendo la pista de esta logia... Jamás el mismo lugar de reunión, periodicidad nula, transmisión puramente oral. No acostumbra usted a pasar dos noches seguidas en la misma cama, señor Branier. El contingente de su logia nunca ha sobrepasado los veinte hermanos. Muchos de ellos están muertos o desaparecidos. Habíamos detenido a uno, pero se suicidó durante el interrogatorio. Sin la denuncia del eminente masón que le había ofrecido el local en el que debían reunirse anoche, nunca habríamos tenido la posibilidad de llevar a cabo semejante redada. Un golpe de suerte que las altas esferas han sabido apreciar. ¿Es así, señor Branier? ¿Alguna objeción?

—Ninguna.

El suboficial de las SS volvió a sentarse, con aire satisfecho.

—Agradezco su sinceridad. Negarlo habría sido pueril. Todo lo que le he avanzado ha sido meticulosamente comprobado. Pero todavía quedan muchos puntos oscuros. Y no me refiero a sus actividades como miembro de la Resistencia... banales. Servirán como cargos de acusación oficiales.

El venerable tenía los nervios crispados. Necesitaba liberar aquella tensión. Gritar, golpear... La soga se iba apretando a cada segundo; no solamente sobre la persona de François Branier, sino también sobre su función de venerable maestro, sobre el secreto que custodiaba. Y no tenía más derecho a suicidarse que un sacerdote. Debía hacer todo lo posible por transmitirlo, por que la tradición de la Orden continuara, por que la luz no se apagara.

—Le hemos perdido el rastro en varias ocasiones, pese a la división en zonas de la que era objeto. No sabemos nada sobre la frecuencia y la duración de las reuniones de su logia «Conocimiento». Las precauciones que toma son tan extraordinarias

como eficaces. En realidad, tiene mucho que ocultar al gobierno del Reich.

Diez tácticas se arremolinaban en la cabeza del venerable. Tenía que soltar lastre sin revelar nada importante, salir vivo de aquel despacho sin faltar a su juramento.

—¿Por qué «extraordinarias»?

El suboficial sonrió.

—No intente hacerme creer que «Conocimiento» es una logia masónica normal y corriente, una simple asamblea de humanistas con vagos ideales de tolerancia y libertad. Señor Branier, es usted un revolucionario que quiere cambiar el mundo, cambiar al hombre. Locura, utopía, tal vez... o tal vez no. Y menos cuando uno conoce su seriedad y la de sus hermanos, cuidadosamente escogidos. No hay nada más difícil que entrar en su logia. Para llegar a maestro, se requieren al menos cinco años de preparación antes de la iniciación, siete años de aprendizaje como mínimo y una cantidad indeterminada de años en el gremio de obreros... En cuanto al venerable elegido, se tratará por fuerza de un ser con poderes totalmente excepcionales...

—Falso. Es un hermano como cualquier otro elegido por unanimidad. Ni más ni menos.

El suboficial de las SS cogió un cortapapeles e hizo resplandecer la cuchilla bajo la lámpara de su mesa.

—Su modestia lo honra, señor Branier. Aunque no me parece creíble. Su logia ha despertado la envidia entre los propios masones. En tanto que venerable, rehúye por sistema a los visitantes procedentes de otras logias. Es un derecho que existe, pero que nunca se aplica. Para asistir a sus «tenidas», había que ser obligatoriamente miembro de «Conocimiento» y haber pasado unas pruebas de las que no estamos al corriente. Ni un solo masón de los detenidos ha podido revelarnos nada interesante sobre la vida interior de su logia. Era usted el jefe de un Estado dentro del Estado. ¿A qué viene tanto misterio si no tiene nada que esconder? Y lo que quiera que esconda concierne al Reich, señor Branier.

El venerable se enderezó, estiró sus anchos hombros y adoptó el tono de la más firme convicción.

—Somos espiritualistas. Simplemente queríamos trabajar en paz, lejos de enredos e intrigas.

—No me lo creo —replicó secamente el suboficial—. Espiritualistas... ellos no tienen nada que ocultar. Son místicos inofensivos. Y ése no es su caso ni el de sus hermanos. Busque un argumento más convincente.

El venerable oyó a su espalda el característico ruido de un impermeable. El hombre de la Gestapo se había movido. Branier se obligó a conservar la calma, a mantenerse casi indiferente. El suboficial de las SS estaba muy bien informado. Su ingente labor había dado frutos. Gracias a su acumulación de expedientes, e incluso a partir de información fragmentaria, había logrado obtener indicaciones precisas que

la mayoría de los masones desconocía y que, sin duda, él ya tenía en su poder.

—Ya que tan bien conoce mi logia —dijo el venerable—, sabrá que en ella los hermanos compartimos todo secreto. Solo, no soy nadie.

El suboficial pasó el índice por la cuchilla del cortapapeles. Parecía preocupado.

—¡Por fin se le presenta un verdadero dilema! Hace tiempo que me lo planteo. Si miente, podremos ejecutar a todos sus hermanos, porque será usted el único que importe. Y si dice la verdad, será indispensable que se reúnan todos en un lugar seguro para que por fin conozcamos su secreto. Como no quiero correr ningún riesgo, he optado por lo segundo. Heinrich Himmler me ha confiado esta misión y no quiero decepcionarlo. Así que va usted a reunirse con sus hermanos, señor Branier. Sale dentro de un cuarto de hora.

El venerable se encogió, aterrado. El suboficial de las SS lo observó con desprecio. Puede que aquel hombre no fuera tan extraordinario como se pretendía. A menos que se tratara de un perfecto comediante.

Descolgó el teléfono para confirmar la salida del convoy especial en el que saldría François Branier. Fue el primer instante en que apartó los ojos de su detenido.

Branier brincó como una gacela. Retorció el brazo al suboficial, le arrebató el cortapapeles y le puso la frente sobre la mesa. A continuación, le hundió ligeramente el cañón del arma en el cuello, a la altura del bulbo raquídeo. Con una energía sorprendente, Branier rodeó la mesa para colocarse detrás de él. Ahora estaba en posición de fuerza. El hombre de la Gestapo no había tenido tiempo de intervenir.

—Déjeme salir de aquí, o lo mato.

—Mátelo, Branier. Eso no cambiará nada. Otro ocupará su lugar. Usted sólo saldrá de aquí para subirse a un tren.

—Se está echando un farol. Ponga un coche a mi disposición.

El suboficial de las SS respiraba con dificultad, ya que tenía la cara comprimida bajo la mano de Branier. Se había equivocado por completo respecto al venerable, al creerlo vencido, sin recursos.

El hombre de la Gestapo, muy tranquilamente, llamó a los soldados de la guardia. Tres de ellos entraron en el despacho, metralleta en mano.

—Deje ese cortapapeles, señor Branier. Si no, daré orden de disparar. Morirán los dos.

—Vamos.

Branier levantó la cabeza del suboficial de las SS por los pelos. Luego lo obligó a ponerse en pie retorciéndole el brazo izquierdo. Le colocó el filo de la cuchilla en la carótida. El suboficial se estremeció. Branier actuaba con una brutal determinación. Este hombre sabía matar.

—El coche. Rápido.

—¿Abandonará a sus hermanos? —preguntó el hombre de la Gestapo.

Al venerable se le heló la sangre. Huir era confesar que sólo él conocía el secreto, condenar a muerte a sus hermanos. Aceptar reunirse con ellos, donde los nazis lo quisieran, era demostrar que la comunidad se tenía que congrega para desvelar los misterios.

El cortapapeles hizo un ruido seco al caer sobre el parqué. Branier soltó al suboficial de las SS y se apartó de él. Invocó en silencio al Gran Arquitecto del Universo y esperó los golpes.

Capítulo 3

La noche era gélida. En la estación de Compiègne, esperaba el convoy de deportados con sus cinco vagones. El hombre de la Gestapo acompañó a François Branier, flanqueado por dos agentes de las SS. No le habían puesto las esposas.

En la silenciosa estación, el tren aparecía como un monstruo, amenazante. Cuando el venerable pasaba por delante del primer vagón, la puerta corredera se abrió bruscamente. Asomó un joven desnudo que gritó «¡Yo no quiero ir!» y saltó al andén. El hombre de la Gestapo apartó al venerable, y los dos agentes de las SS dispararon al fugitivo, que se retorció durante largos segundos hasta quedar inmóvil. Uno de los dos agentes lanzó una ráfaga de metralleta al interior del vagón. Gritos de dolor, cuerpos que caían los unos sobre los otros. El agente hizo correr la puerta con violencia y volvió a poner las cadenas.

—Suba —ordenó a Branier el hombre de la Gestapo, mientras lo arrastraba hacia el último vagón del convoy, dividido en varios compartimentos mediante tabiques de madera.

El venerable ocuparía el angosto compartimento del medio. Tendría la suerte de viajar solo, porque los deportados iban hacinados en las peores condiciones.

El venerable se sentó en el suelo cubierto de paja húmeda. Un fuerte olor hizo que se le contrajeran las narinas. La puerta se cerró, y él quedó sumido en la oscuridad. El tren se estremeció. Eran las tres de la madrugada.

Branier advirtió que le habían dejado allí el abrigo, el traje y la corbata, como si aquél fuera un viaje de placer. No tenía miedo de morir. Tenía miedo de sufrir, como cualquiera; pero había aprendido a dominarlo. Lo que en verdad temía era revelar el secreto. Por debilidad. Por lasitud. Porque su espíritu se perdería en la noche, porque su cuerpo torturado clamaría piedad, porque la muerte no llegaría a tiempo para liberarlo. Desaparecer sin haber designado un sucesor sería el peor de los suplicios.

Precisamente la noche en que fue detenido, François Branier debía iniciar a su sucesor como venerable maestro y confiarle el secreto del Número.

No tenía sueño. Los recuerdos le venían a la memoria. La infancia feliz en un pueblecito de Saboya, el «traslado» a París, los años como estudiante de medicina, el encuentro con la que luego sería su esposa, la pasión por la lectura... esa pasión que, tras agotadoras jornadas de consulta, le hacía devorar enormes libracos sobre los misterios de la Antigüedad, las esculturas de la Edad Media, la geometría sacra; quizá fuera un refugio para evadirse de un mundo loco, pero ante todo supuso el descubrimiento de leyes eternas sin las cuales el hombre se convierte en un ser inferior a los animales. François Branier había oído hablar de la masonería. Le tenía pavor por sus enredos, por su mentalidad política y pequeño burguesa, por sus falsos secretos. Le habían pedido que se hiciera miembro de una de las grandes

«obediencias» diez veces, veinte veces. Él había rechazado secamente estas lamentables propuestas en que sólo contaban el importe de las cotizaciones, la ambición social, los contactos, los títulos rimbombantes.

Unos días después de la muerte de su esposa, el drama más espantoso de su vida del que jamás se llegó a reponer, Branier había atendido a un anciano profesor de francés. No le quedaba mucho tiempo de vida, y él lo sabía.

El paciente se había quedado más de tres horas en compañía del médico, que lo había cuidado a la hora de cenar. Habían hablado de todo, menos de masonería. Al día siguiente, Branier había solicitado el ingreso en la logia de la que el anciano profesor era venerable.

Una asamblea heterogénea en la que se confrontaban múltiples tendencias. Cuando el anciano ya había pasado al Oriente eterno, Branier había sido ascendido al grado de maestro. Dedicaba a la logia todo su tiempo libre, y así llegó a redescubrir los «antiguos deberes» practicados antes de que la masonería se hundiera en el materialismo y el mercantilismo. Llegado el momento, Branier fundó la logia «Conocimiento», ubicada en el Oriente de París, que aglutinaba algunos hermanos de excepción.

«Conocimiento» fue duramente criticada por las autoridades administrativas de la masonería. Se tachó a la logia de elitismo, de intelectualismo. Pero, en el fondo, era temida. Sus poderes causaban espanto. El venerable Branier supo que había hecho bien en emprender este camino cuando, la noche de San Juan del invierno de 1936, un hermano venido de Alemania le confió los archivos y el secreto del Número. Las logias alemanas eran perseguidas por el nazismo triunfante. Los tres hermanos que ostentaban los verdaderos tesoros de la Orden estaban amenazados de muerte. A la logia de Branier, que se mantenía al margen de infructuosos debates, la habían considerado digna de recibir el depósito más sagrado de la masonería iniciática. En un principio, Branier se había negado. No se sentía preparado. Su logia era demasiado joven, demasiado inexperta. Pero enseguida se dejó convencer por su interlocutor. En realidad, no tenía elección... Un mes después, el emisario alemán moría ejecutado. Lo habían detenido en una redada y luego lo habían torturado; pero él no había confesado.

Desde entonces, el venerable ya nunca más disfrutaría de un segundo de reposo. Había viajado por toda Europa, sirviéndose de las redes de resistentes, de las asociaciones de médicos y de sus amistades. Había organizado numerosas reuniones, todas ellas en distintos lugares, para instruir a los hermanos dispersos en las tareas que les esperaban.

La guerra había estallado. Branier ya se lo esperaba. Lo había preparado todo para una existencia clandestina. «Conocimiento» se había librado de los nazis hasta la noche de marzo de 1944, en que fue entregada por un alto dignatario masón

envidioso de Branier.

Branier oyó unos lamentos. Venían desde el otro lado del tabique de madera. Entonces una voz grave gritó: «¡Cierra el pico!». Pero los lamentos sonaban insistentemente. «¡Cierra el pico o verás!», prosiguió la voz grave. Los lamentos no cesaban, y eso le hacía perder los nervios. Un cuerpo salió disparado contra el tabique. Luego se desató una pelea. La refriega fue tan breve como violenta. Amanecía. Por una rendija que se abría entre dos tablas, Branier vio a una cincuentena de hombres desnudos hacinados en un espacio para diez. Sobre la paja húmeda había dos cadáveres.

El venerable volvió a tomar asiento y se cubrió la cabeza con las manos. Él aún tenía forma humana. Él, el privilegiado. Pero ¿hasta cuándo?

François Branier había dormitado. El continuo rechinar de las ruedas sobre los raíles actuaba como una droga. Cuando el tren se detuvo, la violencia de la inercia le hizo topar de frente con el tabique.

El venerable se puso lentamente en pie. Miró el reloj. Se le había parado. Había olvidado darle cuerda. Pese al impermeable, tenía escalofríos. Fuera, alguien vociferaba órdenes en alemán. Branier se puso boca abajo. Había luz suficiente para ver lo que ocurría por debajo de la puerta.

En el andén, unos agentes de las SS se ayudaban de perros lobos para hacer formar a decenas de hombres. Unos desnudos, otros vestidos con uniformes a rayas. Ni un grito de rebeldía, ni un murmullo de protesta. Un anciano se desplomó. Sobre las cabezas de los rezagados se abatían culatazos. Menos de diez minutos después de la maniobra, el rebaño humano se dirigió hacia unos camiones entoldados con los motores en marcha. Cuando éstos abandonaron el lugar, se hizo el silencio. Branier ya no veía a nadie en el andén. El tiempo parecía haberse detenido; era como si hubiera quedado olvidado, como si hubiera dejado de existir. Se sintió invadido por una falsa esperanza. Después de todo, en cualquier ejército hay negligencias administrativas que hacen posibles las huidas más increíbles. Branier buscó un objeto que le permitiera abrir la puerta del vagón. Hurgó entre la paja. Nada. El tabique... No era tan grueso. La emprendió a patadas con el endeble tablón. Al décimo golpe, se oyó un crujido. El tabique se había rajado por la parte inferior. Si pudiera pasar al compartimiento de al lado, seguramente encontraría una salida. Puede que los alemanes no hubieran cerrado esa parte del vagón tras haber desembarcado a sus presos. La parte inferior del tablón cedió. Sin preocuparse por las astillas, Branier arrancó con sus manos la parte restante. Los músculos de la espalda se le tensaron.

Estaba empapado en sudor, jadeante. La madera gemía, cedía poco a poco.

—Ya está —murmuró.

La puerta del vagón se corrió bruscamente. El gélido aire azotó en la cara al

venerable, que arrojó el tablón destrozado al compartimiento de al lado.

En el andén, había un agente de las SS. Un jefe. El suboficial que había interrogado al venerable en Compiègne.

—Me decepciona, señor Branier. Esta tentativa de evasión es absurda. Síganos.

Branier bajó al andén con infinita parsimonia, como si se moviera a cámara lenta. Se dirigió al Mercedes negro, flanqueado por dos agentes de las SS con rostros curiosamente parecidos, contraídos y herméticos. Entonces descubrió el paisaje: la minúscula estación parecía perdida en medio de un circo de altas montañas cubiertas de nieve. Austria, tal vez... Branier se subió a la parte de atrás del vehículo. Los agentes lo encajonaron en el asiento del medio. El jefe se acomodó delante. No articuló ni una palabra en un trayecto que duró cerca de una hora. El Mercedes subía a poca velocidad por una carretera estrecha, en pendiente y con curvas muy cerradas. En las laderas de las montañas, aparecían retales de hierba que manchaban de verde los campos nevados. El inicio de la primavera. El coche pasó por un bonito pueblo con sus casas de madera en colores llamativos. Una abadía románica, fuentes de piedra, callejuelas impecables; luego, un campo de árboles frutales de los cuales algunos pronto florecerían. La vida que renacía. El placer de contemplarla. El impulso de correr, de salir de aquel vehículo siniestro como un ataúd.

Aquella primavera colmaba los ojos del venerable. El antiguo lema masónico acudió a sus labios: «Ni esperar para actuar ni triunfar para perseverar». En el lugar al que iba, no existía la esperanza. Habría que inventarla, reconstruirla. Esta savia resucitada tenía que penetrar en su interior, nutrirlo en los peores momentos.

El rostro de su esposa desaparecida danzó ante sus ojos. La primavera era su estación. Mientras daban juntos largos paseos por el bosque, observaban la eclosión de los brotes o de las primeras hojas y escuchaban el canto de los pájaros. A ella le habría encantado aquella montaña agreste donde el invierno se retira paso a paso, donde cada partícula de vida tiene que haber logrado sobrevivir con empeño, con paciencia. Habría sonreído ante aquella primavera en que él iba a morir, en que por fin se iba a reunir con ella.

El agente de las SS que estaba sentado a la izquierda de Branier cambió de posición. La montaña, el sol y los árboles desaparecieron. Tan sólo veía impecables uniformes negros.

Tras la última curva, Branier descubrió el *Burg*. Una fortaleza medieval de torres almenadas, con gruesas murallas rebosantes de asesinos. El pórtico de entrada, coronado por un puesto de vigilancia, lo cerraba un puente levadizo. El chófer tocó el claxon repetidas veces, y el puente levadizo se bajó. Las cadenas, en perfecto estado, no rechinaron. Por fin, el coche atravesó muy lentamente aquel pórtico monumental.

El venerable cerró los ojos. No porque tuviera miedo, sino porque quería grabar en su mente una última imagen de la libertad, de la naturaleza, del espacio abierto.

Un último recuerdo antes de internarse en un infierno del que nadie regresaba.

Capítulo 4

La sorpresa de François Branier fue total. Se había imaginado un campo de deportados: campamentos de barracas gris desesperanza, lodo, condenados a trabajos forzados con cadenas en los pies y torres de vigilancia. Al abrir los ojos, en medio de la fortaleza descubrió un amazotado edificio de piedras blancas con ventanucos y una escalinata que llevaba a una única entrada. Un tejado plano cubría el camino de ronda del que sobresalían focos y ametralladoras. Esta torre, de aspecto casi encantador, bastaba para vigilar todo el interior de la fortaleza. En el amplio cuadrilátero había dispuestas, en rigurosa simetría, casetas de madera pintadas en verde, rojo y amarillo. Si las armas no apuntaran desde lo alto de la torre central y los agentes de las SS no deambularan a la pálida luz de aquel día friolero, el lugar habría evocado una colonia de vacaciones instalada en un antiguo castillo para aprovechar el aire puro de la montaña. Alrededor de las casetas, unos parterres de flores añadían una nota de alegría.

El Mercedes avanzó sobre la grava que recubría el tramo conducente a la torre; la cual luego rodeó, para bajar por una rampa hasta un garaje subterráneo. Pero Branier, muy atento, había advertido muchos otros detalles que grababa en su memoria. Tal vez le fueran útiles. En primer lugar, la impresionante altura de la muralla coronada por alambradas de espino, probablemente electrificadas. Luego, la presencia de dos sólidos edificios tras la torre con aspecto poco atrayente; uno de los cuales era una caserna para los agentes de las SS.

El coche se detuvo junto a un camión. El garaje sólo ocupaba una parte del subterráneo, que también se utilizaba como taller mecánico. En aquel campo reinaba la quietud. Se respiraba una curiosa atmósfera de irrealidad, como si los nazis y su fortaleza fueran un mero espejismo.

—¡Bájese! —le ordenó el jefe.

Su voz había restallado como un látigo, y el rostro se le había endurecido.

Siempre flanqueado por sus dos guardaespaldas, Branier fue conducido a la primera planta de la torre central. Se sentía preso de un movimiento infernal, que empezaba a hacer de él un títere sin odio aparente, sin brutalidad. Ya no era dueño de sí mismo.

Al tropezar con un peldaño, el venerable despertó de su pesadilla. El dolor que sintió en los dedos del pie derecho lo despertó del letargo que lo invadía. Luchó. Lucharía. Negaría aquel universo de locura que, a cada segundo, intentaría robarle la vida.

François Branier fue introducido en una enorme sala. Parqué encerado, paredes encaladas. Al fondo, inclinada sobre los archivos había una enorme mesa que servía de escritorio a un agente de las SS. A la derecha, ataviados con una especie de

uniforme gris oscuro, estaban aquellos a quienes el venerable no esperaba volver a ver: los seis hermanos supervivientes de la logia «Conocimiento».

Como estaban colocados en fila india, mirando hacia la mesa del secretario nazi, todavía no lo habían visto. El venerable estuvo tentado de precipitarse hacia ellos, de abrazarlos, de mostrarles su alegría. Pero se quedó boquiabierto, como paralizado por una fuerza de inercia. Al volver la cabeza, comprendió que su instinto no lo había traicionado. El jefe de las SS lo observaba. Esperaba su reacción. Branier advirtió su decepción. El alemán se habría alegrado de verle perder el control.

Agarró a Branier y lo obligó a colocarse el último en la fila india. El venerable se encontraba junto a sus hermanos, pero éstos lo ignoraban. En aquel austero despacho reinaba un silencio sepulcral, que sólo perturbó el taconeo de las botas sobre el parqué. El jefe se puso al lado del secretario; el cual abrió ante él un registro en blanco. En lo alto de la página, anotó *Erkenntnisloge* (logia «Conocimiento»), París; debajo, *Name der Bruder* (nombres de los hermanos).

—Señores —anunció el jefe de las SS—, vamos a registrarlos. Indiquen al *Schreiber* nombre, edad y profesión.

La tensión iba en aumento. Los rostros de los hermanos se contraían. Dentro de unos instantes, pasarían a ser números en un registro de exterminio, un libro tenebroso. El jefe percibió la angustia que los crispaba.

El primer hermano se presentó ante el *Schreiber* o secretario.

—Pierre Laniel, 52 años, industrial.

Laniel era un hombrecito de cabello ralo y frente estrecha. Sin personalidad aparente. Meticuloso, preciso y nervioso, era uno de esos seres, considerados insignificantes, que lideran sin recurrir a gritos ni a medios autoritarios.

—¿De qué rama?

—Metalurgia.

Una ocupación familiar caída en desuso que Pierre Laniel había recuperado a pulso.

—Necesito un dato mucho más importante —susurró el jefe de las SS con una voz aguda, fruto de la excitación—. ¿Cuáles son sus grados y funciones en la logia «Conocimiento»?

—No sé a qué se refiere.

El nazi miró al industrial con severidad.

—No juegue conmigo, Laniel. Estamos al corriente. ¡Andarse con rodeos no le servirá de nada!

—Está bien, he sido maestro masón; pero usted sabe perfectamente que mi logia no se ha vuelto a reunir desde el estallido de la guerra.

—¡Mentira! —se enfureció el alemán.

Pierre Laniel no se inmutó. Revelar que era Maestro no aportaba nada al nazi que,

sin duda, poseía nombres, direcciones y grados de la mayoría de los masones franceses. Los «hermanos» preocupados por su propia seguridad habían cedido los archivos a la Gestapo. En cambio, la naturaleza de sus funciones iniciáticas formaba parte de los secretos que él no estaba dispuesto a revelar a un profano, aun cuando éste fuera su verdugo. Con dicha respuesta, Laniel indicaba a sus otros hermanos el camino que debían seguir.

—¡Mentira! —repitió el jefe de las SS—. ¡«Conocimiento» jamás ha dejado de reunirse! Cuando los detuvimos a todos, iban a celebrar una «tenida».

—En absoluto —replicó Laniel—. Se trataba de una simple reunión entre compañeros que se habían perdido de vista. «Conocimiento» ya no existe. Si no, habríamos enviado las convocatorias de rigor al secretario de la Gran Logia. Obligadas, sean cuales sean las circunstancias.

Branier contuvo el aliento. Esperaba que el jefe de las SS ignorara la situación administrativa de «Conocimiento». Mucho antes del estallido de la guerra, el venerable Branier había roto todo vínculo con las diferentes instancias administrativas de obediencia para que «Conocimiento» pudiera trabajar en paz, lejos de las campañas políticas, de la caza de honores, de los enfrentamientos entre individuos.

El argumento técnico aducido por Laniel no preocupó demasiado al jefe de las SS.

—Conforman una logia salvaje, trabajan en la clandestinidad... No intente despistarme. Aquí acabará por confesarlo todo.

El venerable intuyó hasta qué punto aquel hombre violento, que no sabía ocultar su brutalidad bajo un semblante cortés, era temible. Mandado por Himmler, había logrado apresar a los hermanos de «Conocimiento» tras llevar meses y meses intentándolo.

Un segundo hermano se presentó ante el secretario, mientras un soldado obligaba a Pierre Laniel a ponerse de cara a la pared, al otro lado del despacho.

—Dieter Eckart, 43 años, profesor de historia, maestro masón.

El venerable sonrió para sus adentros. Eckart ajustó su actitud a la de Laniel. Respondía a las preguntas formuladas sin agresividad, sin apatía.

—Alemán... es usted alemán —observó el jefe de las SS.

—De madre alemana y padre francés. Mi pasaporte es francés.

Dieter Eckart era alto y delgado. Tenía un porte aristocrático. Distante, frío, muchas veces considerado altivo, inspiraba más miedo que afecto. La melena de cabellos canos, el rostro fino y anguloso y la mirada penetrante evocaban un personaje inquisidor.

—¿Cuáles eran sus funciones en la logia? —interrogó el jefe de las SS.

—La logia lleva mucho tiempo inactiva.

El jefe nazi dejó a Eckart por imposible. Dos soldados lo agarraron y lo colocaron junto a Pierre Laniel. Disimuladamente, los dos hermanos intercambiaron una mirada cómplice.

El tercer hermano se presentó ante el secretario, que anotaba las respuestas con una caligrafía irregular.

—Guy Forgeaud, 40 años, mecánico, maestro masón.

Forgeaud era un gran hombre, simpático, tranquilo y fortachón. Como hijo de la beneficencia, no estaba muy seguro de su edad. Al verlo, con el rostro ancho y rubicundo, la nariz desmesurada y los labios carnosos, nadie habría imaginado que se ocupara de otra cosa que no fuera reparar motores pensando en las mujeres o en un buen festín.

—Forgeaud... ha rehusado usted el Servicio de Trabajo Obligatorio. Me parece que nunca le han gustado los formularios oficiales... Es imposible saber en qué momento se adhirió a la logia «Conocimiento»...

Guy Forgeaud parecía hallarse en un aprieto, aturdido.

—En qué momento... pues ya no me acuerdo... No tengo muy buena memoria. Dejé la escuela a los diez años, ¿sabe?...

El jefe de las SS ya sólo movió la cabeza para ordenar a sus hombres que pusieran a Forgeaud contra la pared.

El secretario mantuvo la pluma en alto, en espera de la declaración del cuarto hermano que se presentaba ante él.

—André Spinot, 35 años, óptico, compañero.

Una leve sonrisa animó el rostro del jefe nazi.

—Compañero... ¿todavía no lo han hecho maestro?

André Spinot era un retaco delgado. Tenía el cabello muy negro y una calvicie incipiente. Daba la impresión de no ir bien peinado ni bien rapado. Sus ojos reflejaban una inquieta curiosidad. Pero tenía la mayor dificultad que cabía esperar dadas las circunstancias. Chasqueaba la lengua, sin que de su boca saliera ni una palabra.

—¿Alguna otra precisión?

Spinot dijo «no» con la cabeza. Y fue a reunirse con sus hermanos contra la pared, mientras que un coloso ocupaba su lugar ante el secretario.

—Raoul Brissac, 25 años, picapedrero, compañero masón y compañero del deber llamado «Buena Estrella».

Brissac respiraba salud. Había pasado más días y noches al aire libre que bajo techo. Era un hombre soberbio, vivaracho, seguro de su fuerza.

—Creía que los compañeros del deber y los masones no se entendían —se sorprendió el jefe de las SS.

—Hay imbéciles en todas partes —respondió Brissac.

Se hizo un silencio crispado. Los agentes se mantuvieron firmes. El secretario no levantó la nariz de su registro. El venerable se esperaba un arrebató de ira. Una vez más, Brissac había hablado demasiado rápido y golpeado demasiado fuerte. No temía ni a Dios ni al Diabolo. Se sentía capaz de enfrentarse a cualquiera, incluso a un jefe de las SS en pleno presidio nazi. Su imprudencia corría el riesgo de costar cara a la logia entera.

No pasó nada. El compañero Brissac fue a ponerse contra la pared. Le sucedió un sexto hermano, el último antes del venerable.

—Jean Serval, 25 años, escritor. Aprendiz.

Serval era muy pálido. Un hombre más bien alto que, con los cabellos castaños, la frente despejada, los hombros encogidos y las piernas enclenques, tenía el aspecto de un adolescente demacrado, desnutrido.

—Escritor... ¿Le han publicado algún libro?

—El primero tenía que ver la luz en noviembre de 1939. Pero la guerra...

—¿Sobre qué?

—Una novela de amor.

—Aprendiz... Entonces ¿hace poco que ha entrado en «Conocimiento»?

—Justo antes de que la logia interrumpiera sus actividades, hace más de cinco años.

Las SS consideraban que el joven era el eslabón más débil de la cadena. Emotivo, hipersensible, sin resistencia física.

Jean Serval ocupó su lugar en la fila. François Branier se quedó solo. El jefe de las SS le hizo un gesto para que avanzara y se presentara ante el secretario. El venerable se veía indecente con su traje y su impermeable, cuando sus hermanos llevaban puesto el uniforme gris de los presos de la fortaleza.

Su mirada se cruzó con la del jefe. Descifró su condena.

Ya no necesitaría un soplo de esperanza, sino de eternidad. A condición de que el Gran Arquitecto del Universo le diera fuerzas para vivir el presente más desesperado.

—François Branier, 55 años, médico, venerable maestro.

Todos los hermanos se volvieron hacia él. Los soldados los obligaron a ponerse nuevamente de cara a la pared. Pero tuvieron tiempo de reconocer a su venerable.

El secretario acabó de escribir, colocó un papel secante sobre la página y cerró el registro.

—Perfecto, señores —concluyó el jefe de las SS—. Nos han sido de gran ayuda. Pero yo espero más de ustedes. Mucho más.

Capítulo 5

Jean Serval gritó. Un fuerte dolor en los riñones. Un culatazo seco, profundo. La primera manifestación de brutalidad. Y una orden en alemán que el venerable no entendió. Los hermanos esperaban que el venerable se reuniera con ellos, que la logia fuera reconstituida. Esperanza frustrada. Los agentes de las SS les hicieron abandonar la sala donde se habían convertido en números. François Branier había permanecido inmóvil frente al secretario y al jefe nazi.

—Se los llevan al *block*, señor Branier. Espero que sepa inculcarles un mejor sentido de la disciplina. Me han parecido arrogantes. El comandante del campo no aguantará mucho tiempo semejante actitud.

El jefe de las SS, con las manos cruzadas detrás de la espalda, salió de la sala martilleando el parqué con fuertes taconazos. Dos soldados obligaron a Branier a seguirlo. Subieron hasta la última planta de la torre. Seguir, subir, bajar, bajar otra vez, volver a subir, seguir... ¿Habría otro destino? El venerable avanzaba entre paredes grises. Los peldaños de la escalera de madera crujían bajo sus pies. Siempre esa angustia difusa que se pegaba a la piel. No bastaba con ruidos normales y respiraciones humanas. Aquellos soldados de uniforme negro habían perdido el alma. No pensaban, no tenían sentimientos, no sabían ni amar ni odiar. Obedecían las órdenes porque eran órdenes. Porque ésa era la doctrina.

Sin embargo, como ante cualquier ser que se cruzaba en su camino, el venerable se preguntaba: ¿cabría la posibilidad de que este soldado, dispuesto a matar, recuperara la conciencia; de que atravesara la puerta del templo y accediera a la iniciación? Por lo general, François Branier recibía un eco por respuesta, aunque fuera negativo. Pero, esta vez, sólo sintió un frío vacío. No había ni corazón ni entrañas bajo aquellos uniformes. Robots con rostro humano. ¿Quién diablos los había creado? ¿Qué maléfico poder había concebido aquella fortaleza donde la más rica de las vidas interiores se iba a desintegrar en unas horas y convertirse en polvo? En tanto que médico, François Branier había conocido el sufrimiento en todas sus formas. En ocasiones, había sido incapaz de aliviarlo. Pero era la primera vez que se enfrentaba al Mal, a cara descubierta.

No había recibido ni un solo golpe. Y todavía llevaba puesto su traje de hombre libre. Pero el Mal estaba ahí, insidioso, al acecho.

En el rellano de la última planta, había una puerta abierta. El jefe de las SS hizo entrar al venerable en un despacho de considerables dimensiones. Las paredes estaban cubiertas de fotografías enmarcadas. Retratos de Hitler, de Himmler, de regimientos de las SS, de la multitud saludando al *Führer*; pero también del interior de la fortaleza desde todos los ángulos: los «chalés» de los presos, la caserna de las SS, las duchas, las alambradas de espino, el patio...

Sentado en un viejo sofá de respaldo alto, el comandante del campo leía un informe que le había transmitido su ayudante de campo, un joven rubio que estaba de pie en actitud petrificada. Sobre la pesada mesa de roble del despacho, descansaban unas palmatorias en plata maciza. Al comandante del campo le gustaban las rarezas. Levantó la mirada hacia su visita.

—Señor Branier... me alegro de acogerlo en este castillo del Reich.

La almibarada pesadilla continuaba. Aquello no era ya un presidio, sino un castillo. El jefe del campo tenía el aspecto de un modélico funcionario, con su expresión bonachona, su entrecana cabellera, su aire más bien cálido. Branier casi la habría considerado una reunión de negocios.

—Tenga la bondad de dejarnos a solas, Klaus. Yo mismo interrogaré al señor Branier. Mi ayudante de campo anotará sus respuestas.

La voz del comandante se había vuelto cortante. El jefe de las SS, de quien el venerable había aprendido el nombre, saludó entrechocando los tacones y abandonó el despacho. Branier tuvo la sensación de que éste no estaba demasiado conforme con la orden.

—Quédese de pie, Branier. En este despacho, sólo me siento yo. Cuestión de jerarquía.

Le dolían las piernas sólo de pensar que estaba en pie. Sin embargo, el venerable desvió la atención hacia el ayudante de campo que, pluma de oca en mano, se situó ante un atril sobre el que había colocado un cuaderno negro. «Esta vez —pensó François Branier—, la balanza se inclina a favor de la locura. Un tirano en un decorado de la Edad Media. Un agente de las SS que hace de monje amanuense mientras su jefe lo trata de señor».

—¿Se puede saber quién le ha dejado conservar esta ropa?

—Nadie en especial —respondió François Branier.

El comandante encendió un cigarrillo con la llama de una vela. Se tomó su tiempo. Una serpiente que hipnotizaba a su presa.

—Llevamos mucho tiempo buscándolo, señor Branier... ¿Qué ha estado haciendo últimamente?

—Atendiendo enfermos. Soy médico.

El comandante aplastó el cigarrillo. Su ayudante de campo no se atrevió a dejar constancia de la respuesta. El venerable contuvo la respiración.

—¿Qué tipo de enfermos? ¿Soldados alemanes, quizá? ¿Soldados que ha «curado» haciéndolos pasar a mejor vida? Creo que no valora bien su situación, señor Branier. Ya no es tiempo de mentiras. Aquí sólo aceptamos la verdad. Usted se escondía porque llevaba a cabo acciones deshonestas. Es masón. O peor, venerable maestro de una logia. Peor aún, de una logia que cree poder guardar su secreto. No debe haber secretos para los hombres de la nueva era. El Reich no tolera a los

conspiradores.

El ayudante de campo anotaba febrilmente el discurso de su señor. El venerable se asfixiaba. Habría preferido un calabozo cualquiera a aquel despacho. Aguantar. Dejar la mente en blanco.

—Estoy convencido —prosiguió el jefe de las SS— de que no se ha percatado de la grandeza de esta nueva era. Nuestro *Führer* no es un político decadente y corrupto como los que existían en su viciada Europa. Es el sumo sacerdote de una auténtica religión. Los cristianos y los judíos son satánicos. Los masones, también. Habrá que exterminarlos. Pero otros se encargarán de hacerlo. Aquí, señor Branier, está en un lugar privilegiado. He seleccionado a individuos de élite; a quienes ostentan poderes y guardan secretos.

—Siento decepcionarlo —intervino el venerable—. Ninguno de nosotros ostenta ningún poder en particular. El secreto de mi logia desapareció cuando dejó de reunirse, al inicio de la guerra.

El jefe del campo descruzó las piernas y dio un puñetazo en la mesa de roble.

—¡La guerra! ¡Es lo único que sabe decir! Ya no hay guerra. El Reich ha ganado. ¿Para qué seguir mintiendo? ¿De verdad cree que su sistema de defensa sirve de algo? Yo no tengo prisa... acabará hablando. Acabará diciéndomelo todo, desahogándose.

El comandante se volvió hacia su ayudante de campo.

—Llévense al venerable Branier a su *block*.

El venerable, siempre acompañado por dos agentes de las SS, fue conducido al *block* o barracón de color rojo. Procuró cerrarse al diabólico mundo que lo rodeaba; no dejar que hicieran mella en él las paredes grises, los rechinantes peldaños, el sol del patio, las alambradas de espino; no convertirse en su propia prisión.

El barracón rojo parecía un pequeño chalet. Visto de cerca, era evidente que había sido construido de prisa y corriendo. Había algunos listones de madera separados, que dejaban entrar el aire gélido. Las dos ventanas que daban al patio estaban mal ajustadas. El techo estaba agujereado en ciertos lugares. Bricolaje. Improvisación.

La puerta no tenía pomo. Un agente de las SS la abrió de una patada. El venerable entró en una enorme sala desierta, de unos treinta metros cuadrados. Sobre el suelo de hormigón había siete jergones.

Estaban todos allí. Pierre Laniel, el industrial; Dieter Eckart, el profesor; Guy Forgeaud, el mecánico; André Spinot, el óptico; Raoul Brissac, el picapedrero; Jean Serval, el escritor. Todos los que habían sobrevivido al exterminio.

La puerta se cerró tras el venerable. Al fin solo con sus hermanos. Dieter Eckart, muy emocionado, se levantó el primero y se plantó frente a François Branier.

—Me alegro de verte, venerable maestro.

Los dos hombres se dieron un triple abrazo fraternal y un ósculo de paz. Los otros hermanos hicieron lo propio. André Spinot lloraba. De miedo y de alegría. El venerable sintió que recobraban la confianza, que su presencia les devolvía un equilibrio indispensable; como si pudiera aportar una solución, abrirles un camino hacia la libertad. Aun cuando ésta no existiera. Cualesquiera que fueran sus dudas y sus tormentos, el venerable no debía confesarlos. Por eso la carga que lo abrumaba le parecía aún más pesada.

—Hermanos míos —pidió el venerable—, formemos la cadena de unión.

En el interior del barracón de una fortaleza nazi perdida en montañas remotas, siete masones formaron la cadena fraternal célebre, según la tradición, desde los albores de la humanidad. Con los pies en contacto y las manos unidas, cerraron los ojos para comulgar mejor, para sentir mejor la fuerza vital de su comunidad nuevamente reunida.

—¡Que el Gran Arquitecto del Universo esté siempre con nosotros! —invocó el venerable maestro.

François Branier, al igual que sus hermanos, sentía el formidable calor que emanaba de aquel pequeño grupo de hombres atrapados entre las garras de un solo monstruo. A partir de entonces, la logia «Conocimiento» existía en aquel lugar, en aquel Oriente de exilio donde ejercería plena y absoluta soberanía. Los siete hermanos presos volvían a ser libres, aptos para comunicar.

Un crujido vino de afuera. Ruido de botas sobre las gravas del patio. Los hermanos rompieron la cadena. Se abrió la puerta del barracón, y apareció la silueta del jefe de las SS. Éste se apoyó en el umbral, con las piernas ligeramente separadas y los brazos cruzados detrás de la espalda. Contempló irónico a los masones, como si tuviera constancia del rito que acababan de celebrar. En adelante, el venerable debería tomar precauciones. Pero ¿cómo arrepentirse de haber cedido a un impulso que los había unido como un solo ser?

—Entréguenme ahora mismo todos los objetos metálicos que lleven encima: relojes, alianzas, sortijas de sello...

El jefe de las SS dejó pasar a un agente con una cesta de mimbre. Era un hombre barrigón, mal afeitado, con la frente muy ancha y afeada por una mancha en vino de Oporto.

El venerable fue el primero en dar el paso. Entregó el reloj. Jamás había llevado alianza. Sus hermanos se mostraron igual de dóciles, y la cesta enseguida se llenó. Pierre Laniel, el industrial, se quitó con pesar la alianza que llevaba desde hacía veinticinco años. Presentía que nunca más volvería a ver a su esposa. Habría querido conservar aquel recuerdo suyo, clavar la mirada en el anillo de oro cuando le llegara la hora. Al entregarlo, se quedó como mutilado.

El intendente se detuvo ante Raoul Brissac, el picapedrero. Con un gesto violento,

le arrancó el anillo de metal que le colgaba de la oreja izquierda. Se salpicó de sangre. El agente de las SS sacudió el botín, al que se había quedado enganchado un trozo de piel, y luego lo arrojó a la cesta.

—Les había dado una orden —precisó el jefe.

Brissac hizo un esfuerzo indecible para no gritar de dolor. Estaba dispuesto a abalanzarse sobre el intendente y golpearlo hasta la muerte. Pero su mirada se había cruzado con la del venerable. El maestro de la logia le pedía que no reaccionara. Y la jerarquía de la comunidad, libremente aceptada, no se discutía. Raoul Brissac, con la mirada levantada hacia el techo del barracón, y mordiéndose los labios hasta sangrar para olvidar el sufrimiento que le encendía el ánimo, no rechistó. El intendente le había arrebatado su símbolo de compañero iniciado. El anillo tallado en piedra que su maestro le había entregado una vez finalizada su obra maestra, una escalera de doble hélice; justo antes de haber conocido a François Branier y de haber sido admitido en la logia «Conocimiento».

El intendente, visiblemente decepcionado por la indolencia de Brissac, dio media vuelta, seguido de Klaus. La puerta del barracón se cerró de golpe.

Cuando los torturadores se fueron, los masones permanecieron inmóviles durante un buen rato. El venerable fue el primero en abandonar la torpeza. Enseguida examinó la herida de Raoul Brissac, que mantenía la mirada fija. El Compañero aguantaba el tipo.

—No es muy grave —comentó el venerable, que taponó la herida con un pañuelo limpio, una de sus últimas riquezas.

Brissac tenía una resistencia extraordinaria. Sin embargo, François Branier temía su reacción en frío. El compañero no admitía ni la tolerancia de los cobardes ni el perdón de las ofensas. Pese al cruel gesto del intendente, habría que convencerlo para que pensara primero en la comunidad.

—Quieren separarnos, Raoul, ponernos a los unos en contra de los otros. Atacarán a cada uno de nosotros por separado. Si tú te hubieras resistido, nos habría molido a palos. No respondamos a sus provocaciones.

—En la medida de lo posible —observó Laniel.

—Y más allá de lo posible —replicó el venerable—. Aquí vivimos lo imposible, lo impensable. Adaptémonos, Pierre. Tenemos la fuerza para hacerlo.

Pierre Laniel captó lo que el venerable dijo a medias palabras. François Branier ostentaba el secreto del Número. Era esencial preservar la persona del maestro de la logia. Pero éste último sólo pensaba en salvar las vidas de sus hermanos.

—Estamos perdidos —confesó André Spinot, el óptico, que se desmoronó en un rincón de la sala y se llevó las manos a la cabeza.

—Es probable —confirmó Dieter Eckart—. Pero, al menos, habrá que intentarlo.

—¿Cómo? —preguntó Jean Serval, el aprendiz.

—Evasión.

—No sueñes —objetó Guy Forgeaud, el mecánico—. No saldremos de aquí escalando paredes.

Podían fiarse de Forgeaud. Era un manitas genial.

—¿Tienes alguna idea? —inquirió el venerable.

—Todavía no. Hay que estudiar mejor este lugar. No tendremos una segunda oportunidad.

—Todo depende de cuándo empiecen los verdaderos interrogatorios —advirtió Jean Serval, expresando en voz alta la angustia latente.

—Sí y no —comentó Dieter Eckart, que se había colocado en la esquina de una ventana para observar lo que pasaba en el patio—. La cuestión es qué esperan de nosotros.

Todas las cabezas, incluso la de Raoul Brissac, se volvieron hacia el venerable. Si alguien lo sabía, era él. Incluso aunque no pudiera explicarlo todo, por juramento, debería hacer algunas precisiones.

François Branier hizo gala de su aspecto huraño. Reelegido venerable de «Conocimiento» en cada San Juan de invierno desde hacía quince años, esperaba traspasar pronto su cargo a uno de los maestros de la logia. La Gestapo había frustrado sus planes.

—Nuestra logia no es como las demás —empezó el venerable—. Es depositaria de un misterio. Y si morimos, morirá con nosotros.

—Desde que tú diriges esta logia —observó Dieter Eckart—, hemos modificado los métodos de trabajo. Hemos vuelto a nacer. Ya no construiremos catedrales de piedra, pero no por ello nuestros proyectos son menos importantes.

—Si es que queda alguien para llevarlos a cabo —precisó Pierre Laniel, con amargura—. Sólo somos siete. Los otros cuatro aprendices, al igual que tres compañeros y cuatro maestros, están muertos o desaparecidos. Y nosotros mismos... no servimos de mucho más.

—¿Quién nos ha vendido? —preguntó Raoul Brissac con una voz velada.

La sangre había dejado de correr. Pero el dolor había quedado estampado en el rostro del picapedrero.

—Un masón —respondió el venerable—. El que nos había prestado el local.

Una trampa. Habían caído en una trampa tendida por un «hermano». Una lágrima asomó a los ojos de Dieter Eckart, que la hizo desaparecer con el dorso de la mano. Laniel sintió que perdía el valor. Forgeaud lamentó no estar ya muerto. Brissac olvidó su oreja mutilada. Spinot mantuvo los ojos cerrados. Serval, atónito, miraba sin ver nada.

—Estamos solos —dijo el venerable—. Totalmente solos. Y siempre lo hemos estado.

Capítulo 6

Permanecieron más de una hora sin hablar. El venerable dejó que se recobraran. Estaban sentados contra las paredes del barracón, y cada uno de ellos aguardaba a que algún hermano descubriera un rayo de esperanza. Branier los observaba. Pierre Laniel... humano, un líder capaz de soportarlo todo, a veces desarmado por el Mal. Un maestro declarado, apto para recibir el secreto. Dieter Eckart... una honda sensibilidad bajo su máscara de aristócrata, una prodigiosa inteligencia. Un futuro venerable. Guy Forgeaud... el más hábil, capaz de arreglárselas en cualquier situación; el anarquista genial, profundamente vinculado a la comunidad. André Spinot... el más sensible y el más frágil. Asesinado por la vida, mil veces vencido aunque nunca derrotado. Largos años de trabajo para controlar su tumulto interior. Raoul Brissac... un auténtico compañero del deber que también había querido conocer la masonería. La suya fue una transformación difícil, por su carácter rebelde e impulsivo. Un corazón de oro y unas enormes ganas de vivir. Jean Serval... el más brillante de los aprendices, el principiante capaz de llegar al fin del mundo si no se perdía en el camino.

No los juzgaba. Los quería a todos. Por eso tenía que conservar la lucidez. Hermanos, sí, hermanos de espíritu libremente elegidos para recorrer juntos el estrecho sendero que iba de las tinieblas a la luz; hermanos que hoy se ocultaban como animales llevados al matadero.

—Me voy a cargar a ese cabrón —dijo bruscamente Raoul Brissac, rompiendo el silencio—. Un puñetazo en la cabeza, uno solo, y reventará como una fruta podrida.

—No tienes derecho a hablar así —intervino Laniel—. Deja que se explique, incluso aunque nos haya traicionado. Es un hermano, él...

—No —lo interrumpió André Spinot, siempre postrado, pero cuya voz resonó con especial claridad—. La masonería ha muerto. Los hermanos ya no existen. Ya no tienen nada que decir, nada que demostrar. Las logias son conchas vacías. El primer golpe de viento las ha barrido. Y nosotros... nosotros vamos a morir porque somos los últimos guardianes del secreto.

—Tienes razón —asintió Dieter Eckart.

El profesor nunca les había parecido tan seguro de sí mismo, tan tranquilo.

—¡Menudo campo de concentración, y menudos alemanes! —señaló Guy Forgeaud, en tono casi burlón, como de costumbre.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Pierre Laniel.

—A los alemanes les encanta alardear de sus títulos. Son todos *Oberstampführer* o algo parecido. Adoran la disciplina, la posición de firmes. Ni se os ocurra contestarles. Aquí, basta con ser educado y con escucharlos hablar un francés casi sin acento.

—Tienen miedo —dijo el venerable.

Seis pares de ojos sorprendidos lo contemplaron.

—Se creen que tenemos poderes. Ellos son todopoderosos, pero nunca se sabe...

—¿Es eso cierto? —preguntó Serval, el aprendiz, medio irónico medio en serio—. ¿Tenemos poderes?

—No los suficientes para salir de aquí... Cuento con nuestra atención para aprovechar la mínima posibilidad de evasión.

—No hay ninguna —sentenció Spinot, el óptico.

—¡Cierra el pico! —gritó Brissac, levantándose de un brinco y plantándose ante Spinot—. ¡No empecemos!

—Es la verdad —replicó Spinot, crispado.

—Basta ya —intervino el venerable—. No tenéis por qué hablaros en ese tono. Dividirnos sería la peor de las bajezas. Eso es lo que ellos esperan que hagamos.

—Pues yo no me voy a pasar la vida esperando. Para empezar, tengo ganas de mear.

Raoul Brissac abrió la puerta del barracón.

El aire libre.

El ulular de una sirena. Chasquidos de cargadores. Una orden dada por el altavoz. «¡Alto!». El Compañero se quedó paralizado, como desencantado. Varios agentes de las SS salieron corriendo de la caserna. Lo rodearon, apuntándole con sus armas. Una furia paranoica se apoderó de Brissac. Estaba dispuesto a luchar cuerpo a cuerpo contra aquellos espectros.

—¡No hagas el imbécil, Raoul! —gritó Guy Forgeaud.

—¿Algún problema, Brissac?

El jefe de las SS, socarrón y amparado por sus hombres, miraba al compañero como quien mira a un animal enjaulado.

—Necesidades fisiológicas.

El jefe dio una orden en alemán a dos de sus hombres. Uno de ellos empujó a Brissac por la espalda; el otro señaló en dirección al barracón sanitario.

La puerta del barracón rojo se cerró.

—¿Y si Raoul no vuelve? —preguntó Pierre Laniel, con un nudo en la garganta.

—Unamos nuestros corazones en fraternidad —encareció el venerable, como si las palabras rituales pudieran conjurar el miedo, como si pudieran volar para socorrer a un hermano en peligro. Se imaginaba a Raoul molido a culatazos, gritando con el rostro ensangrentado...

Al cabo de cinco minutos, la puerta del barracón rojo volvió a abrirse. Primero vieron un uniforme de las SS. Luego, a Raoul Brissac, intacto.

Cuando se quedaron nuevamente a solas, el compañero soltó un largo suspiro. Él también había creído que jamás regresaría.

—¡Esto es de locos! —observó Guy Forgeaud—. Incluso tenemos derecho a la higiene. A lo mejor estamos en un chalet de veraneo; después de todo... sólo falta que nos traigan el desayuno a la cama.

—¿Has podido ver algo? —preguntó el venerable a Brissac.

—Sí... nada especial. De escalar por las paredes, ni hablar. Demasiado altas. En la cima, hay alambradas de espino, seguramente electrificadas. Al lado de nuestro barracón está la caserna de las SS; a la derecha, los meaderos; y, junto a éstos, las duchas. Tal vez haya otros edificios en algún rincón. Yo no he visto nada más.

—¿No has visto a otros presos?

—No. Pero a lo mejor están encerrados en otros barracones. Hermanos, quién sabe... Puede que éste sea un campo de concentración para masones...

El venerable notó que un pánico sordo se apoderaba de sus hermanos. Si Raoul Brissac confesaba su impotencia, es que apenas tenían posibilidades.

—Vamos a celebrar una reunión de maestros —anunció—. Los demás hermanos vigilarán la puerta y las ventanas.

La vida seguía su curso normal. En cuanto una toma de decisión comprometía la vida de la comunidad, el venerable tenía el deber de convocar la «Cámara del medio», integrada por maestros de la logia. Era, desde siempre, la única asamblea soberana de las hermandades iniciáticas. Se regía por una regla de oro: la unanimidad.

Cuatro maestros de la logia se habían librado del tormento: el venerable Branier, Pierre Laniel, Guy Forgeaud y Dieter Eckart. Éste último tenía a su cargo la enseñanza iniciática impartida a los compañeros. Guy Forgeaud realizaba una tarea comparable con los aprendices. Laniel velaba por la estricta aplicación de la Regla. Cuando la «Cámara del medio» se reunía, compañeros y aprendices abandonaban el templo. Esta vez, en el espacio desierto del barracón rojo, se conformaban con volver la espalda a los tres maestros que celebraban una asamblea secreta en uno de los rincones de su prisión.

—A mi golpe de mallete —dijo el venerable—, entramos en la «Cámara del medio».

François Branier dio un puñetazo en la pared con la mano derecha. No tenía ni mallete, ni mandil, ni compás, ni escuadra, ni espada flamígera, ni altar... aquélla era la «tenida» más pobre que había celebrado jamás.

Con su traje arrugado, se sentía casi indecente con respecto a sus hermanos, ataviados con su uniforme grisáceo.

—Hermanos maestros, tenemos que tomar una importante decisión. Según dicta nuestra Regla, debo consultaros y someter a votación mis propuestas.

Pierre Laniel consideraba sorprendente la actitud adoptada. Allí estaban los cuatro, fantasmas de masones perdidos en el infierno. Pero fantasmas que celebraban

un rito esquelético... Laniel creía enloquecer. Le costaba tragar saliva. Echaba en falta el marco habitual de una sesión masónica, la magia de las costumbres y los símbolos. La frustrante frialdad del barracón le impedía concentrarse.

El venerable percibió el desconcierto de su hermano Laniel. Y estaba convencido de que la aparente calma de los otros dos maestros escondía una angustia igual de profunda. El mismo sentía que poco a poco lo invadía un miedo pesado.

—Cuando nos detuvo la Gestapo —prosiguió—, teníamos que haber procedido a la elección del nuevo venerable de la logia. Conforme a la Regla, vuelvo a poner mi cargo en vuestras manos. No somos más que cuatro maestros, los únicos capacitados para votar. El procedimiento es válido, siempre y cuando se respete la ley de la unanimidad. El lugar donde nos hallamos se ha convertido en templo. Nada más. Aunque el rito de transmisión se redujera al máximo, se llevaría a cabo por completo. Pido que se declare un candidato.

Guy Forgeaud, maestro demasiado joven, no había realizado las suficientes funciones dentro de la logia para convertirse en venerable. Pierre Laniel procuró que su mirada no se cruzara con la de François Branier. Jamás se habría creído en condiciones de acceder a ese misterioso cargo en el que se recibían las claves últimas de la iniciación. Se conformaba con ser maestro. Le parecía que todavía no había descifrado todos sus secretos. Por supuesto, era un empresario. Había aprendido a dirigir hombres, ya fueran ingenieros o peones; había sabido hacerse querer y temer, convertirse en el eje de un edificio social en el que todo el mundo encontraba su lugar. ¿Cuántos conflictos cotidianos había resuelto mostrándose unas veces inflexible y otras, diplomático? Había pasado por crisis, por momentos difíciles; pero siempre había logrado salir adelante. Laniel creía conocer bastante bien a los hombres y sus pasiones, sus defectos, sus ambiciones, su grandeza tantas veces inesperada. Pero dirigir a los hermanos, orientarlos, servir de mediador entre ellos y el Gran Arquitecto del Universo... de eso aún no se sentía capaz. El único que podía suceder a François Branier era Dieter Eckart.

Con los ojos medio cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, Dieter Eckart parecía meditar. Su espíritu estaba lejos, muy lejos de la fortaleza nazi. Poseía semejante poder de concentración, semejante firmeza de carácter, que lograba abstraerse en las peores situaciones. Tenía tan presente como Laniel el principal objeto de la «tenida» que la logia debería haber celebrado la noche de la redada. Eckart sabía que los hermanos de «Conocimiento» le profesaban respeto y confianza. También sabía que era el sucesor deseado por el propio Branier, aun cuando el venerable en funciones no tenía derecho a designarlo como tal.

En efecto, había imaginado otro lugar para abordar esta cuestión. Incluso en la clandestinidad, la logia había sabido obtener locales decentes para dar vida a la magia ritual. Pero aquí... Eckart pensó en estos pocos hombres que, desde la iniciación,

habían recibido el encargo de dirigir una comunidad como aquélla. Cualesquiera que fueran su raza, civilización o carácter, habían sido elegidos para transmitir la luz. Para hacer vivir la vida y morir la muerte.

—Venerable maestro —señaló Dieter Eckart—, todos sabemos que el venerable de «Conocimiento» no es un jefe de logia corriente. No se trata de una mera entrega de poderes. También están el secreto del Número, la clave de bóveda de la hermandad.

Branier asintió con la cabeza.

—Entonces apliquemos la Regla —propuso Eckart—. Votemos con conocimiento de causa.

François Branier se sintió aliviado. Se había sacado un inmenso peso de encima.

—Declaro vacante el cargo de venerable maestro. Pido a uno de los maestros declarados de la logia que, tras haber ayudado y participado en todas sus misiones, tras haber sido reconocido como tal por sus hermanos maestros, tras haber dirigido las tareas de compañeros y aprendices... le pido que ponga su candidatura en las manos del Gran Arquitecto del Universo.

Pierre Laniel había renunciado. Prefería permanecer en la sombra y secundar al futuro venerable. Branier, que ya había pasado página, esperaba que Dieter Eckart se pronunciara. Finalmente, éste tomó la palabra.

—Para el próximo año de luz, propongo como venerable maestro a... François Branier.

Dieter Eckart se había expresado con una alegría pausada, contenida, y en un tono que no admitía réplica. Pierre Laniel, sorprendido en un primer momento, consideró que su hermano había tenido una excelente intuición. Guy Forgeaud no disimulaba su alegría. Dio el visto bueno con una sonrisa.

—Apoyo esta candidatura —añadió—. Hermano François, ¿puedes asegurarnos que te sientes con la fuerza física y espiritual para asumir tus funciones?

François Branier estaba acurrucado, con la cabeza hundida entre los hombros, mirándolos con ojeriza. Sus hermanos conocían perfectamente aquella actitud. Quería decir que el venerable reflexionaba de mala gana.

—¿Y si os dijera que he perdido esa fuerza? ¿Que soy un viejo masón desgastado, fatigado, incapaz de dirigir esta logia por más tiempo sin cometer un gran número de barbaridades?

Pierre Laniel se estremeció. Un venerable tenía la posibilidad de dejar su cargo en manos de los hermanos si se consideraba incapaz de desempeñarlo.

—Si nos dijeras eso —respondió Dieter Eckart—, no te creeríamos. Nunca has estado en mejor forma. Los años no pasan por ti. Es imposible que renuncies a tu función en semejante momento. No me hagas evocar tu sabiduría, tu experiencia, tu proyección... no tenemos la costumbre de echamos flores. Ni Pierre ni yo podemos

reemplazarte, y todos lo sabemos. Es hora de que te confiese algo: habría apoyado tu candidatura y no la mía incluso en circunstancias normales. Todavía te queda mucho por hacer para formar a tu sucesor, venerable maestro. No dejes que nada te detenga.

—¡Llueve! —gritó Jean Serval, el aprendiz, apostado en una de las ventanas del barracón.

No caía ni una gota de lluvia. Pero dos agentes de las SS, seguidos del jefe, venían hacia el barracón rojo. Serval había empleado la fórmula ritual para advertir a los hermanos de la llegada de un profano.

—A mi golpe de mallete —anunció el venerable—, quedan suspendidos nuestros trabajos.

Dio un puñetazo en la pared con la mano derecha, unos segundos antes de que se abriera la puerta del barracón para dar paso al jefe de las SS.

Klaus contempló a sus presos y se percató de que los maestros estaban agrupados.

—Espero que estén pasando unas buenas vacaciones —dijo—. Les traigo una invitación para cenar. De parte del comandante de esta fortaleza. Vendremos a buscarlos.

Ni el menor rastro de acento alemán. Todavía no habían oído hablar de ningún título rimbombante de los que tanto gustaban los agentes de las SS. Y, encima, una «invitación a cenar»... Había algo que no encajaba. Era como si el terror reculara para cebarse, para impactar mejor. El jefe de las SS cerró de golpe la puerta del barracón.

—A mi golpe de mallete —anunció el venerable—, la logia se abre al grado de aprendiz.

Volvió a dar un puñetazo en la pared.

Todas las miradas se volvieron hacia él.

—Hermano Raoul, tú asumirás la función de retejador.

El compañero Raoul Brissac, picapedrero, se apostó junto a la ventana, decidido a no dejar entrar en el templo ningún elemento impuro.

—Ocupad vuestros lugares, hermanos míos.

La magia de las viejas fórmulas hizo que se les pusiera a todos un nudo en la garganta. El venerable estaba de pie, en medio de la pared que había al fondo. A su izquierda, Pierre Laniel, Guy Forgeaud y André Spinot. A su derecha, Jean Serval y Dieter Eckart. Enfrente, Raoul Brissac.

—Lo que más urge, hermanos míos, es reunir los elementos necesarios para vivir nuestro ritual. Hay que hacer todo lo posible por celebrar aquí nuestra iniciación.

Los ojos brillaron de esperanza. El venerable devolvía a sus hermanos las ganas de luchar; de encontrar incalculables tesoros como la tiza o las velas.

Pierre Laniel levantó la mano derecha para pedir la palabra.

—El problema será salir de este barracón. Quizá hayan decidido dejar que nos

podríamos aquí.

—No lo creo —objetó el venerable—. Está esa cena. Espero que podamos beber y comer. Demos un repaso a nuestras observaciones sobre el campo. Unos y otros hemos destacado detalles diferentes. Que cada uno tome la palabra. Guy, tú nos harás un resumen.

Cada hermano dio su versión. Guy Forgeaud memorizó lo esencial de las intervenciones. El mecánico, contrariamente a lo que había dicho al jefe de las SS, tenía una memoria prodigiosa. Con permiso del venerable, tomó la palabra cuando todos los hermanos habían acabado.

—Por mi parte, no tengo nada que añadir a lo dicho... Gracias a las intervenciones de unos y de otros y a las fotos que nuestro venerable ha visto en el despacho del comandante, sabemos que la torre central de la fortaleza alberga los servicios administrativos y las salas de interrogatorio. En la cima, un camino de ronda, focos y metralletas pesadas. Una auténtica torre vigía que basta para controlar el interior del campo. Los barracones están situados a lo largo de la muralla de la fortaleza, muy elevada y coronada por alambradas de espino electrificadas. Hay varios barracones de colores diferentes. El nuestro es el único que tiene dos ventanas. Cuando fue al de los lavabos, que está junto al de las duchas, Raoul se fijó en que las ventanas de las otras casetas estaban tapiadas. No sabemos si hay otros presos en el campo. Por último, entre los «chalets» y las instalaciones sanitarias, se alza una caserna de las SS. Los suboficiales deben de alojarse en la torre.

André Spinot levantó la mano.

—Este campo no es normal.

—¿Por qué no? —inquirió Serval, el aprendiz, a quien el venerable había concedido excepcionalmente la palabra. Estamos encerrados en esta barraca, ni siquiera nos dan de beber, esos locos uniformados no dejan de asediarnos...

—Asediarnos... De momento, se están conteniendo. Nada que ver con lo que se sabe de los campos de concentración nazis.

Las palabras de André Spinot actuaron como una corriente de aire gélido. Cada hermano tomó conciencia de que, tras las apariencias, se escondían los círculos del infierno. ¿En qué instante caería la máscara?

André Spinot, el óptico, anteponía la lucidez en su lista de virtudes. Para él, velar lo real, ya fuera por miedo o desesperación, era la peor de las cobardías.

—Nos falta un dato de gran importancia —intervino el venerable.

—¿Cuál? —preguntó Forgeaud.

—La ubicación de la enfermería. Tiene que haber una. Yo soy médico. Debería tener acceso a ella. E incluso ser nombrado encargado.

Un sueño. Sin embargo, Spinot no tuvo nada que objetar. El venerable había descubierto un nuevo camino.

Capítulo 7

Así transcurrió la espera hasta la noche. Todos los hermanos necesitaban recuperar energías. Se pusieron a dormir. Uno de ellos permaneció despierto, al acecho. Se turnaban para ir al lavabo, siguiendo un proceso inalterable: abrir la puerta del barracón, quedarse inmóvil en el umbral, esperar la llegada de dos agentes de las SS y dejarse acompañar. Ni rastro de brutalidad. Solamente había que darse prisa, no rezagarse en el camino, no volver la cabeza. Ningún hermano vio a otros presos. La fortaleza estaba en silencio. Hasta la montaña de las inmediaciones había enmudecido.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —preguntó en voz baja Laniel, que estaba acostado junto al venerable.

—No.

—¿Crees que François se saldrá con la suya?

—Tiene que hacerlo. No le queda más remedio.

Laniel miraba al techo. Quería creer en las palabras de François Branier. Porque un venerable maestro nunca miente.

—Menuda tontería, al menos... mira que dejarse trincar así, sin ofrecer resistencia...

Pierre Laniel solía expresarse con crudeza. Una vieja costumbre que perdía con sus obreros.

—Depende, Pierre...

Laniel, sorprendido, se incorporó sobre el codo izquierdo y miró a Branier, inmóvil como un gigante.

—¿Depende de qué?

—La logia ha quedado mermada desde el inicio de la guerra. Hemos perdido a doce hermanos. Hoy estamos todos reunidos. Ahí radica nuestra fuerza.

Pierre Laniel se preguntó si el venerable no empezaría a perder el juicio. Sin embargo, ése no era su estilo... El industrial creía conocer bastante bien a los hombres, pero François Branier no dejaba de sorprenderlo. Jamás había conocido a alguien tan sereno, tan firme ante las dificultades. De él emanaba un plácido resplandor. Con Branier, era fácil creer en lo imposible. Funcionaba.

—Hay que salir de aquí, François. Largarse, como sea. Tomarlos por sorpresa. Si les seguimos el juego, nos comerán vivos.

—No nos precipitemos, Pierre. Ante todo, celebremos una sesión. Sacralicemos este campo de concentración. Hagamos lo posible para que el Gran Arquitecto del Universo nos acompañe y nos dé la solución.

—¿No creerás...?

—No, no lo creo. Es una certeza, no una creencia.

Pierre Laniel se estremeció. El venerable no solía comportarse así. En su opinión, quienes decían «lo sé» eran unos inconscientes o unos maleantes. Muchas veces se divertía parafraseando al viejo filósofo: «Sólo sé que no sé nada... y ni de eso estoy muy seguro». No obstante, había pronunciado la palabra «certeza» con absoluta convicción, como el cazador que sabe que su tiro hará diana incluso antes de haber disparado.

—¿Te acuerdas de cuando se fundó esta bendita logia, François? Nadie creía en ella. Nadie quería creer. Y los «hermanos»... ¡qué va! ¡Han hecho todo lo posible por mandarnos al infierno! Hoy se alegrarían de vernos allí...

La puerta del barracón se abrió de una patada. Apareció Klaus, el jefe de las SS.

—En pie, señores. Los esperan para cenar. Al comandante le gusta que sus invitados sean puntuales.

Los siete hermanos de la logia «Conocimiento» se levantaron casi a la vez. Abandonaron el barracón uno por uno, con el venerable a la zaga. Caía la noche. Las nubes ensombrecían el cielo. Un viento glacial barría el patio. La fortaleza evocaba una fiera agazapada en las crecientes tinieblas. Siempre el mismo silencio inhumano, solamente roto por el ruido de botas. Los siete hermanos avanzaron hacia la torre central flanqueados por los agentes de las SS, impenetrables como los elevados muros.

Ninguna luz se filtraba bajo las puertas de los demás barracones. Hicieron entrar a los hermanos en la planta baja de la torre, una enorme sala con capacidad para cincuenta personas.

Branier y sus hermanos asistieron a un espectáculo de alucine.

Una gran mesa con un mantel blanco. Platos de porcelana y cubiertos rojos. Candelabros de plata con tres brazos. Un camino de flores malvas. A la cabeza de la mesa, bajo una fotografía de Hitler, estaba el comandante, sentado en un trono medieval con respaldo alto. A su izquierda, sobre un estrado, una pequeña orquesta dirigida por el ayudante de campo. Cuando los hermanos entraron, éste interpretó la oda masónica para el grado de maestro, compuesta por el masón Wolfgang Amadeus Mozart. Un cartón con un nombre indicaba el lugar que debía ocupar cada hermano. Se acomodaron, perplejos, fascinados por la trágica belleza de la música que los maestros de la logia conocían perfectamente por haberla utilizado en sus rituales. La oda fúnebre duró algo más de diez minutos durante los cuales, en absoluto silencio, dos agentes de las SS sirvieron un soufflé de niscalos acompañado de Château Latour.

El venerable maestro se había sentado frente al comandante del campo, en la otra punta de la mesa. A su izquierda estaban un maestro, Dieter Eckart, y los dos compañeros, André Spinot y Raoul Brissac; a su derecha, dos maestros, Pierre Laniel y Guy Forgeaud, y el aprendiz, Jean Serval.

Mozart guardó silencio. El venerable tenía el corazón en un puño.

—Espero que su logia aprecie esta música y mi invitación a cenar —declaró el comandante del campo, mirando fijamente a François Branier.

Pese al hambre, nadie había empezado a comer. Todo lo que había en aquella mesa parecía envenenado. El venerable no respondió. Él esperaba que se acabaran los prolegómenos. El jefe de las SS y otros agentes se habían puesto detrás de los invitados, dispuestos a intervenir si uno de ellos reaccionaba de manera inoportuna.

—Disfrutan ustedes de un trato privilegiado —prosiguió—, pero no es injusto. No son como los demás. Poseen una ciencia que debe ser puesta al servicio del Reich. ¿Si no, de qué serviría? Más vale abordar este tema en torno a una buena mesa. ¿No le parece, venerable?

François Branier masculló algo que pudiera pasar por un sí. El comandante levantó su tenedor. Los hermanos, hambrientos, empezaron a comer a toda prisa, por temor a ser interrumpidos de un momento a otro.

El comandante los dejó a sus anchas. El venerable y él no se quitaron los ojos de encima. Se concedían mutuamente una tregua. François Branier picoteaba. Había perdido el apetito.

—Habrá un postre muy original —anunció el comandante—. Sus revelaciones, venerable.

No se oyó ni un ruido más de tenedores. Los hermanos esperaban ver la orientación que su venerable daría al interrogatorio.

—No habrá ninguna revelación. «Conocimiento» ha dejado de existir, al igual que la masonería. Somos presos como los demás.

El venerable había hablado con una voz lenta y pausada, como para grabar una idea sencilla en la mente de un alumno algo torpe. Sin duda, acababa de encender la mecha del explosivo. Los hermanos tuvieron la sensación de que un arma les apuntaba a la nuca. Un simple disparo, y todo habría terminado. Mejor eso que vivir eternamente.

—Admitámoslo —dijo el comandante—. Son ustedes buenos y leales franceses. Ya no conspiran contra el Reich. Pero la logia «Conocimiento» ha existido, ¿verdad? ¿No lo habré soñado?

Una vaga sonrisita se esbozó en sus labios. El venerable sintió que se acercaba el punto final.

—Sí, «Conocimiento» ha existido.

—¿En qué rito trabajaba su logia?

—Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

—El más indisciplinado y misterioso —subrayó el comandante, presa de la ansiedad.

Los «Escoceses Antiguos y Aceptados», según la expresión arcaica, trabajaban

con los más arcaicos rituales de la masonería. Fácilmente contestatarios y herederos de los constructores de catedrales, no tenían demasiada predilección por la administración y el decoro que habían invadido las logias masónicas.

El venerable no había revelado un gran secreto. Estaba convencido de que, con ello, el comandante simplemente corroboraba una información que ya poseía.

—¿Con qué grado trabajaba su logia?

El venerable titubeó. Habría sido preferible disimular un elemento tan esencial, pero eso suponía asumir un enorme riesgo. El comandante del campo no era un verdugo cualquiera. Había estudiado a fondo el expediente de las logias. El venerable ignoraba de qué documentos y testimonios disponía. Su margen de maniobra era igual de escaso. Había que soltar lastre, sin darle el extremo del hilo de Ariadna que permitiría al comandante de las SS llegar al fondo.

—«Conocimiento» trabajaba con los grados de aprendiz, compañero y maestro.

—... y maestro —repitió el comandante—. Rarísimo. ¿Entonces celebraban reuniones secretas?

—Mera exigencia ritual. Cuando los maestros se reúnen, compañeros y aprendices quedan al margen.

—Seguro, venerable... pero nada obligaba a los maestros de «Conocimiento» a reunirse tan a menudo en «Cámara del medio». Ésta es la expresión, ¿no?... Así que aquellas noches sólo celebraban algo ritual... ¿Y qué pasaba exactamente? ¿Qué preparaban en las sombras?

El venerable tosió. Tenía la garganta seca. Casi al mismo tiempo, el aprendiz Jean Serval se escurrió de la silla y, cual títere desarticulado, cayó sobre el parqué del comedor. Sus vecinos quisieron intervenir, pero los agentes de las SS se interpusieron. El venerable se puso en pie.

—¡No se mueva! —ordenó el comandante de las SS.

—Soy venerable y médico —replicó François Branier, desafiándolo. Mi hermano Serval ha sufrido un desmayo. Yo mismo lo atenderé. Llévennos a la enfermería. Luego retomaremos la conversación. Y si no, acabe con nosotros ahora mismo.

El comandante del campo analizó la situación en un segundo. El incidente le demostraba que los hermanos de «Conocimiento» no querían que los separaran. Ahí radicaba su fuerza. Al confinar al venerable en la enfermería, debilitaría su capacidad de resistencia.

—La cena ha terminado. El venerable y el enfermo, al *block* sanitario. Los demás, al *block* rojo.

El comandante también se puso en pie, brusca y majestuosamente. El venerable sentía un curioso respeto por aquel hombre. No había sido elegido al azar. Loco pero nada obtuso, fanático pero lúcido; sería el peor carnicero. «Conocimiento» había caído en sus redes.

Dos agentes de las SS levantaron a Jean Serval del suelo y lo arrastraron hasta la puerta del comedor. A los demás hermanos los obligaron a colocarse en fila india. De pasada, Guy Forgeaud tuvo tiempo de engullir un trozo de soufflé.

—¡Un momento! Helmut...

El ayudante de campo llevó al comandante una enorme cesta con los relojes, los anillos, las alianzas y las sortijas de sello pertenecientes a los hermanos. A continuación, éste metió la mano en su interior y los removió hasta hacerlos sonar.

—En masonería, a esto lo llaman «metales». Los dejan a la puerta del templo antes de cada «tenida». Después, los recuperan... esta vez, yo decido. Procuren trabajar bien, si quieren ser libres...

El venerable y el desvanecido Jean Serval fueron llevados a un barracón verde. Estaba situado en un hueco, entre la caserna de las SS y las duchas. Un soldado custodiaba la puerta de manera permanente. Todo pasó muy rápido, como si los agentes de las SS quisieran librarse de una faena durante la cual corrían el riesgo de contaminarse por contacto con un enfermo. Serval fue arrojado a un suelo de tierra batida. Al venerable lo empujaron por la espalda. Se tambaleó, sin perder el equilibrio. Luego la puerta se cerró.

Primero fue la oscuridad, poblada de gemidos y lamentos. Las tinieblas estaban preñadas de seres que sufrían. Luego se hizo una luz, muy tenue. Una vela camuflada en una caja de cartón.

Un gigante de barba roja se alzó ante el venerable. Superaba los dos metros. Llevaba puesto un sayal, con un rosario como cinturón. Era un monje.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz de enfurecido—. ¿Qué viene a hacer aquí?

—Me llamo François Branier. Soy médico. Y acompaño a un enfermo.

—¿También usted está enfermo?

—No. Pienso curar a mi amigo y ocuparme de la enfermería del campo.

Una incongruente carcajada resonó en la oscuridad. La carcasa del gigante recibió la sacudida de una formidable hilaridad.

El venerable esperó a que cesara la risa loca del monje.

—Yo —explicó éste último— soy fray Benoît y me ocupo de esta enfermería desde hace quince días. Por suerte, no había médicos en esta fortaleza. De lo contrario, todos los pobres desgraciados que están ahí acostados ya estarían muertos.

—¿Cómo los atiende usted?

—Yo no los atiende, los curo. Las plantas y el magnetismo. Aquí, se enferma por el frío o la comida. Con las manos, magnetizo. Con las plantas, dreno y prevengo las infecciones. Si tiene algo mejor que proponer, le cedo el puesto.

—Las plantas... ¿cómo las consigue?

—Tengo derecho a una salida por semana, bajo la vigilancia de un batallón de las SS. Imposible evadirse. Sin embargo, la montaña empieza a revivir. No encuentro todas las especies que necesito, pero me las arreglo. También he curado a un agente de las SS que había pescado una buena diarrea y un principio de bronquitis... eso ha favorecido mi reputación. Y eso será útil en el futuro, cuando por fin haya encontrado tipos con coraje.

—¿Conoce a todos los presos del campo?

—A usted y a su amigo enfermo, no. ¿Han llegado en un convoy?

—Somos siete —respondió el venerable.

—Hay más de trescientos desgraciados en este campo de concentración —precisó el monje—, una buena veintena de los cuales está en la enfermería. Antes de mi llegada, según algunos supervivientes que llevan seis meses aquí, habría habido un centenar de víctimas: frío, desnutrición...

—¿Ha creado usted esta enfermería?

—Ampliado. Antes era un simple cuartucho. Creían que este tipo de presos podría eludir los problemas de salud, incluso en las peores condiciones.

—¿Qué tipo de presos?

El monje miró a su interlocutor con suspicacia.

—Gentes que deberían tener poderes... magos, astrólogos, videntes... Los agentes de las SS creen en la energía psíquica. Están convencidos de que estos pobres individuos guardan secretos fabulosos susceptibles de convertirse en armas con las que ganar la guerra. Influencia a distancia, hechizos y otras pamplinas... Verdaderos secretos, sólo hay dos: Dios y la fe.

El aprendiz Jean Serval dejó de hacerse el enfermo. Abrió los ojos y se puso en pie. Las palabras pronunciadas por el monje lo habían confortado. La mayor sorpresa se la llevó cuando una mano de hierro lo levantó del suelo como un vulgar paquete.

—¿Qué es todo esto? —gritó el monje.

—Una treta para acceder a la enfermería —explicó el venerable.

El monje volvió a dejar a Serval en el suelo.

—¿Se puede saber dónde radica su poder?

—Al parecer, guardamos un secreto —respondió el venerable.

—¿Cuál?

—Ninguno. En las SS se lo inventan todo.

El monje se rascó la barba, incrédulo.

—¿Sabe quién manda en este campo?

—Nos hemos tenido que ver con el comandante, con su ayudante de campo y un jefe de las SS que nos acompañó desde Compiègne. No sé sus apellidos ni sus grados exactos. Sólo conozco los nombres del ayudante de campo y del jefe, Helmut y Klaus. Hablan un francés perfecto, sin acento.

—Normal. Estos agentes de las SS son de una calaña un tanto especial —indicó el monje—. Pertenecen a la Aneherbe, un cuerpo especial encargado de ocuparse de los poderes psíquicos y de quienes los poseen. Tienen su propia jerarquía y libran su propia guerra. Así que, señor Branier, usted no es un ciudadano cualquiera. Como tampoco lo son sus seis camaradas. Aquí, hay que jugar limpio, o estamos perdidos. Le repito: ¿cuál es su secreto?

—Ocúpese primero de mi amigo Jean Serval. Ya hablaremos luego. Si los alemanes vienen a echar un vistazo, deben ver a un enfermo.

La ira anidó en el rostro del monje. Si no fuera porque era un hombre de Dios, habría sacudido de buena gana a aquel joven huraño que no daba su brazo a torcer y hasta se atrevía a tomarle el pelo.

—Por allí —ordenó el monje a Jean Serval—. Estírese y espere.

Al fondo de la enfermería, había una veintena de literas dispuestas en cuatro hileras. Una sola sábana por enfermo, aunque la temperatura no superara los diez grados centígrados. Jean Serval se acomodó en una litera baja.

Al venerable le asombró la pulcritud del local. El monje tenía que hacer un trabajo de titanes para mantener aquel hospital improvisado. El coloso acompañó a François Branier a un cuartucho en el que había instalado un jergón, demasiado corto para que él pudiera estirar las piernas. Un techo bajo y paredes que rezumaban humedad. Era el rincón más incómodo de la enfermería. El monje se había llevado la vela y había dejado a los enfermos reposar en la oscuridad.

—¿Tiene medicamentos? —preguntó el venerable.

—Un pequeño botiquín, con aspirinas y desinfectantes. Los agentes de las SS están mejor equipados. No descarto desvalijarlos discretamente un día de estos. He logrado hacer milagros con las plantas. Y no pararé. Dios no nos abandonará.

—Ojalá lo escuche...

—¿Cómo se atreve a ponerlo en duda?

Las cejas del monje se arquearon.

—Mis seis hermanos y yo somos masones. Yo realizo la función de venerable en la logia. Se llama «Conocimiento», y trabaja en honor del Gran Arquitecto del Universo.

Un largo silencio siguió a esta declaración. El monje se quedó petrificado, en estado de choque. El venerable esperaba su reacción con paciencia. Conocía la hostilidad que profesaban los hombres de la Iglesia a la masonería. Pero se sentía obligado a decir la verdad sin tapujos. Ahora más que nunca, había que identificar a aliados y adversarios.

—De camino hacia aquí —dijo al fin el monje—, sabía que me reuniría con el diablo. Pero no sabía qué forma adoptaría.

El monje se sentó en el reborde del jergón. El venerable hizo lo propio. Los dos

hombres se encontraban casi el uno junto al otro, mirando en la misma dirección.

—El diablo... ¿No está yendo muy lejos?

—A Dios no le gustan los matices. Vomita las medias tintas.

—Respecto a los hermanos de mi logia, no tiene nada que temer.

—¿Porque son fanáticos?

—No. Hombres que lucharán hasta el final por su ideal y su verdad.

—Dios es la verdad.

—Todo depende del concepto que uno tenga de Dios —dijo el venerable—.

Ahora hay algo más importante que eso... ¿luchamos juntos o por separado?

El monje entrecruzó los dedos, haciendo crujir los nudillos.

—Yo no pacto con el enemigo.

—¿El enemigo, yo? Permítame decirle, padre, que desvaría.

—Por muy venerable que sea, me parece que le voy a romper la cara.

—Pues será una lástima para los dos. Porque no tengo intención de ofrecerle la otra mejilla.

La determinación del venerable sorprendió al monje.

—¿Se zampa usted al cura?

—Demasiado indigesto, padre.

—¿Ni siquiera es usted cristiano?

—No entraré en eso... usted está con Dios; y yo, con el Gran Arquitecto del Universo. No tienen por qué librar un combate.

—Exacto. Dios existe; y el Gran Arquitecto del Universo, no. Es sólo una imagen.

—¿No me está diciendo que caminemos cogidos de la mano?

—¿Ha olvidado que está excomulgado?

—Aquí, sí.

—El lugar poco importa. Pertenece usted a una secta que conspira contra la Iglesia. Ha calumniado a los sacerdotes, ha hecho que expulsen a los monjes que vivían pacíficamente en sus conventos, ha insultado a Dios. ¿Y quiere que le dé la mano?

—La fe no debe cegar a nadie. Algunos obispos han caído en la trampa. Han prestado oídos a cualquier calumnia y a cualquier propaganda antimasonónica. En este absurdo partido, amañado, entre Iglesia y Masonería, los adversarios de ambos campos han rivalizado en bajeza. Mientras ellos se enfrentaban, el materialismo, el fascismo y la locura han podido crecer en absoluta quietud. Los dos somos responsables de esta guerra y de sus horrores, padre. Su Iglesia y mi Masonería han traicionado su misión.

—Filosofía barata. La Iglesia nunca se ha apartado de su camino.

—¿No será que olvida algunos genocidios cometidos en el nombre de Dios?

—Un ateo como usted no entiende de Historia. Los designios de Dios se cumplen gracias a nosotros y pese a nosotros.

—Filosofía fácil. La verdad iniciática, ésa sí que nunca se ha apartado de su camino. Poco importa que los masones lleven a cabo la iniciación. Existe más allá de nuestras debilidades. Y no ha ordenado la masacre de nadie en nombre de un dogma.

La puerta de la enfermería se abrió, y dejó entrar un aire gélido. Apareció Klaus, el jefe de las SS. Echó un vistazo a los enfermos, y sorprendió al monje y al venerable en el cuartucho.

—¿Nuestro enfermo masón se encuentra mejor? —preguntó dirigiéndose al monje.

—Tres días de reposo y tisanas —refunfuñó fray Benoît.

—Usted y el venerable Branier juntos... ¿se han puesto ya de acuerdo? ¿Cuál de los dos dirigirá la enfermería?

El venerable bajó la mirada hacia sus propios zapatos. Habló el monje.

—Aquí hay trabajo para los dos. Demasiados enfermos. Clima hostil y comida infecta. Temo que se declare una epidemia. Y no le perdonaré la vida a nadie.

El monje no tenía fama de bromista. Klaus había tenido ocasión de constatar su eficiencia. El comandante del campo había prohibido que lo maltrataran antes de que hubiera revelado el alcance de sus poderes. Una epidemia... no había peligro mayor. Ningún agente de las SS tenía formación médica suficiente para apreciar la gravedad de la situación. El Aneherbe los había instruido en otras disciplinas. Sabían diseccionar la mente y torturar el cuerpo, pero no cuidarlos. Era imposible esperar que la administración nazi enviara un médico.

—Haga lo necesario. Quiero un informe diario.

El jefe de las SS abandonó la enfermería a paso ligero, como si huyera de los apestados. La puerta se cerró.

—Me alegro de haber formalizado nuestra alianza —dijo el venerable.

—No se haga ilusiones —contestó el monje—. No tengo la menor intención de colaborar con usted. Sencillamente, impediré que se salga con la suya. Ese imbécil de las SS ha interrumpido nuestra conversación en el momento en que usted afirmaba barbaridades.

—¿Cómo cuáles?

—Mañana será otro día. Ahora tenemos que dormir. Aquí, eso es esencial para mantener el tipo. Usted no está enfermo, así que no tiene derecho a una litera. Este cuartucho es más que confortable para un venerable.

—¿Y usted? ¿Dónde dormirá?

—Delante de la puerta. Si viene un SS, seré el primero en saberlo.

El venerable se estiró y cayó rendido por el sueño. La fatiga le retorció los músculos. Como cada noche en el instante en que alcanzaba un vacío reparador,

pensó en sus hermanos. Vio a cada uno de ellos y les habló en silencio, intentando transmitirles su resquicio de esperanza.

Cuando cerró los ojos, percibió el corpachón del monje tumbado ante la puerta. Estaba seguro de que ni mil agentes de las SS tendrían la fuerza suficiente para desplazarlo.

Capítulo 8

Una mano sacudió al venerable. Cuando éste abrió los ojos, esperaba descubrir una cama mullida, inundada de luz, y percibir el olor a café humeante. Pero allí sólo estaba la siniestra enfermería de la fortaleza nazi y el semblante austero del monje.

—Es tarde. Levántese.

—¿Qué hora es?

—Según mis cálculos, el sol ya hace un buen rato que ha salido. Tenemos trabajo que hacer. Para las necesidades fisiológicas, ahí están los cubos, en el rincón. Los vaciaremos cuando los agentes de las SS nos lo permitan.

El venerable se despezó. El monje lo observó como a un mal alumno.

—Debería hacer más ejercicio, venerable. Lleva usted una vida demasiado sedentaria.

François Branier miró fijamente a los ojos.

—Llevo más de dos años sin dormir en la misma cama. He recorrido miles de kilómetros por toda Europa. He viajado en todos los medios de transporte imaginables. ¿Y a eso lo llama falta de ejercicio?

Una sonrisa franca iluminó el rostro del monje.

—No se ofenda, venerable. Es usted muy susceptible. Sigo pensando que un poco de gimnasia le hará mucho bien. En el monasterio, tenemos una técnica sencilla para no oxidarnos. Mire.

El monje inspiró y expiró profundamente; luego, con las manos en las caderas, hizo girar rápidamente el cuerpo. A continuación, se tocó los pies diez veces con las manos, manteniendo las piernas estiradas.

El venerable se encogió de hombros.

—Le aconsejo que haga esto cada día. Reúnase conmigo al fondo. Hay un enfermo que me preocupa.

El venerable esperó a que el monje estuviera lejos de su vista para intentar tocar él también los pies con las manos. Pero se vio obligado a doblar las piernas. Exasperado, abandonó y se dirigió a la cabecera de un anciano con ronquera.

—Un astrólogo de Niza —explicó el monje—. Un ruso blanco. Había vaticinado el estallido de la guerra, pero se equivocó respecto a su propio destino.

El venerable examinó al astrólogo. Ni siquiera podía hablar.

—Ya sólo podemos dejar que descansa en paz —concluyó el venerable en voz baja cuando se reunió con el monje en el cuartucho, donde el coloso preparó una decocción de plantas que luego él machacaría en un tazón con ayuda de una maja.

—¿Ése es su diagnóstico?

—Desgraciadamente...

—Pues yo no estoy de acuerdo. Este anciano tiene vida en el cuerpo. Hiberna.

Puede aguantar mucho tiempo así.

—¿Y Serval? ¿Por qué se pasa el día durmiendo? Lo he sacudido al pasar, pero no se ha despertado.

—Normal —respondió el monje—. Le he hecho ingerir una droga vegetal. Me basta con un masón despierto. Debe parecer enfermo. Además, eso le calmará los nervios.

El venerable no tuvo tiempo de decir al monje lo que pensaba de sus métodos. Klaus, el jefe de las SS, irrumpió en la enfermería.

—Informe —exigió—. ¿Y la epidemia?

—Hay dos casos sospechosos —contestó el monje, sin dejar de preparar la decocción. Es una especie de difteria.

—¿Qué opina usted, doctor Branier?

—Hipótesis probablemente acertada.

—Quiero que salgan de dudas, y rápido —exigió Klaus.

—Necesito más hierbas replicó el monje.

—Por supuesto —aprobó Klaus—. Pero ahora los dos trabajan juntos. Usted salió hace dos días, fray Benoît. Le toca al venerable.

El monje soltó la maja y se volvió hacia el jefe de las SS.

—Él no tiene ni idea. Me traerá otras hierbas.

—Ya aprenderá... ¡A cada cual su turno, es una orden! Usted sale demasiado, fray Benoît. Cualquiera diría que está urdiendo un plan para huir...

La mirada del monje permaneció enigmática.

—Como quiera. Venerable, recoja todas las hierbas que pueda adonde lo lleven. Luego ya las escogeremos.

François Branier gratificó al benedictino con una amistosa palmadita en la espalda izquierda.

—Está claro que no me considera un médico excelente, padre, pero todavía recuerdo algo de herboristería... Cuide bien de los enfermos.

Al salir de la enfermería flanqueado por agentes de las SS, el venerable miró en dirección al barracón rojo. Habían tapiado las dos ventanas. El patio de la fortaleza estaba vacío.

—Yo necesitaría material médico —dijo el venerable al jefe de las SS.

—Eso no es asunto mío.

—¿Quién manda aquí?

—El comandante del campo.

—Entonces, pregúntele a él.

—Tengo estrictas consignas, venerable. Si usted quiere algo, precisa una moneda de cambio.

El aire de la mañana era cortante; el cielo, azul claro, sin nubes. En el viento,

fragancias de primavera; la vida que renacía; las ganas de gritar para despertar de la pesadilla, para espantar a aquellos murciélagos de uniforme negro.

—Está bien. Lo preguntaré.

El jefe de las SS miró al venerable con desdén. Lo abandonó en medio del patio y se dirigió hacia la torre central, en la que entró.

Los agentes de las SS que vigilaban a François Branier lo ignoraban. Eran como piedras. El venerable recordó la observación del jefe: en sus expediciones para la recolección de plantas, el monje seguramente había urdido un plan de evasión. ¿Por qué también dejaban salir al venerable de la fortaleza? ¿Para deshacerse discretamente de él, para privar a la logia de su jefe?

Al cabo de unos minutos, François Branier fue llevado ante el comandante, siempre acompañado de su ayudante de campo. En el despacho reinaba una temperatura agradable.

—¿Quería verme, venerable?

—Necesito sulfamidas, analgésicos...

—Yo no me ocupo de cuestiones de intendencia —lo interrumpió el comandante—. Procuro sólo lo esencial, venerable. Todo lo demás me deja indiferente.

—¿Dispone de productos que yo pueda necesitar?

El comandante miró a su ayudante de campo, que asintió con la cabeza.

—Sus exigencias son exorbitantes, doctor Branier.

—Lo que deniegue al médico, tal vez lo conceda al venerable.

El comandante sonrió.

—Puede ser. Todo es negociable. ¿Qué me propone el venerable?

François Branier guardó silencio.

—¿Le interesa el último plan de trabajo de mi logia?

Las narinas del comandante se apretaron. Jamás había logrado obtener un documento serio sobre los temas abordados por los hermanos de «Conocimiento».

—Será un principio, venerable...

Al venerable se le secó la garganta. Perdió las fuerzas. Pronunció algunas palabras inaudibles y volvió a intentarlo.

—Nosotros hemos estudiado los derechos del hombre, la integración del individuo en la sociedad y la...

—Me está tomando el pelo, venerable.

El comandante del campo había empalidecido. Sentía una rabia fría.

—¡No! —gritó el venerable—. ¡Déjeme hablar, por Dios!

François Branier había intentado una jugada imposible. Había que destensar la situación. Esta vez, se vio obligado a revelar auténtica información. El comandante estaba demasiado bien enterado para dejarse engañar.

El ayudante de campo estaba nervioso. Esperaba una reacción violenta del

comandante. Nadie se había atrevido a hablarle en ese tono. Pero el agente de las SS permaneció inmóvil, acechando a su presa.

—Con «nosotros» —prosiguió François Branier—, me refería a la práctica totalidad de masones que se ocupaban de la moral, del civismo, de la integración y de otros mil temas profanos. La logia «Conocimiento» fue creada para salir de esta encrucijada. Su último tema de estudio ha sido la Regla.

El comandante disimuló su júbilo. La Regla... la más formidable máquina de guerra concebida para unir a los hombres, para hacer de ellos un grupo inquebrantable, capaz de lograr todas las victorias. La Regla, que había permitido a monjes e iniciados civilizar Europa; y a los templarios, convertirse en una extraordinaria potencia financiera... La Regla, a la cual el cuerpo especial Aneherbe había consagrado tantas investigaciones sin resultados.

—Tendrá que darme más detalles, venerable...

François Branier advirtió el tono ligeramente irónico del comandante. El alemán debía de haber leído páginas y páginas de reglamentos impresos por las obediencias, volúmenes enteros de archivos administrativos. Sin embargo, el agente de las SS había traspasado esta cortina de humo. De entrada, no se había dejado cegar por el teatro barato oficial de los «grandes maestros» y de los «grandes oficiales» que, ornados con condecoraciones, recitaban una lección carente de interés.

—Nosotros hemos preservado un documento titulado «La Regla del Maestro». Data de los primeros tiempos del cristianismo y recoge originales del Próximo Oriente. Los primeros grandes monasterios se han alimentado de su parte oficial. La parte secreta ha permanecido en las logias iniciáticas de constructores.

El ayudante de campo tomaba nota con una rapidez casi increíble. La pluma corría sobre el papel a una velocidad de vértigo. Él sabía que el comandante no le perdonaría haber omitido una sola palabra salida de boca del venerable. El alemán por fin iba a recoger el fruto de sus esfuerzos. Tenía al hombre y la logia capaces de revelarles el secreto de la masonería, de sus instrumentos de poder y de su influencia en el mundo. Una palanca de mando que haría del Reich el mayor imperio jamás creado. Himmler estaba convencido de que la manipulación de las almas era el medio más eficaz no sólo de ganar la guerra, sino también de implantar un poder duradero.

El comandante del campo se había jugado la carrera al apostar por la masonería. Los demás miembros del Aneherbe, el organismo nazi encargado de utilizar los poderes ocultos como armas de gran precisión, sólo creían en las tradiciones nórdicas y en la mística tibetana. Incluso se había enviado a Lhasa una misión especial para que descubriera los secretos de los hechiceros tibetanos. La masonería se consideraba una concha vacía; una asociación internacional, desde luego, pero que sólo aglutinaba embusteros y filósofos de barra de bar. El comandante estaba convencido de que seguía transmitiendo un mensaje esencial. Cuando el SD, servicio de contraespionaje

alemán, había ocupado el inmueble del Gran Oriente de Francia, muchos documentos habían caído en sus manos. En junio de 1942, la unificación del «servicio de sociedades secretas» había ido un paso más allá en la represión, impulsada por Bernard Fay, administrador general de la Biblioteca Nacional. La traición de dignatarios masónicos había acabado de tejer esta gigantesca tela de araña, cuyo centro lo ocupaba el comandante de una fortaleza perdida en las montañas.

Hoy saboreaba esta inmensa victoria. Tenía delante al venerable de «Conocimiento», condenado a hablar.

—¿Y dónde se encuentra ahora ese documento, venerable?

—En ninguna parte. No está escrito. Es un conjunto de recomendaciones prácticas.

El comandante experimentaba la embriaguez de quienes alcanzan la meta. Estas «recomendaciones prácticas» tenían que ser instrumentos psíquicos capaces de alterar el comportamiento humano, de poner en marcha un programa político, una revolución preparada con paciencia.

El venerable empezó a revelar lo esencial. Ya no había marcha atrás.

—Supongo que se conocía su Regla de memoria.

—Cada hermano posee una parcela de verdad. Habrá que reunir los fragmentos dispersos, recuperarlos, organizados... Pero antes, quiero cumplir mis deberes de médico. Tendrían que haberos hablado de dos casos probables de difteria y de los riesgos de que se produzca una epidemia. Necesito medicamentos.

—Confío enormemente en los poderes del monje —replicó el comandante—. Es un auténtico curandero. Lo llevaremos a recoger plantas. Eso debería bastar para evitar complicaciones. Mañana analizaremos la situación. Desde esta misma tarde, mi ayudante de campo le preparará un despacho para que pueda empezar a trabajar. Pronto lo tendrá a su disposición. Buena cosecha, venerable.

Dos agentes de las SS acompañaron a François Branier.

—Hoy es un gran día —confesó el comandante a su ayudante de campo—. Un acontecimiento fabuloso, Helmut, un hito en la historia del Reich... Por fin voy a descubrir el secreto de la masonería.

Paseo siniestro por la ladera de la montaña, primavera estática. Klaus y una decena de agentes de las SS vigilaban al venerable. Avanzaron a campo traviesa hasta un parterre de flores al abrigo de un enorme peñasco que las protegía del viento y del frío. El venerable se arrodilló y empezó la cosecha. El monje tenía razón. Allí había con qué curar cierto número de afecciones. Recogió celidonia, acónito, serpol, diente de león, caléndula. Sabiendo preparar decocciones y tisanas, se podría desinfectar heridas, combatir las enfermedades de hígado, las hipotermias, las depresiones.

La tierra estaba húmeda. El pálido sol no irradiaba calor alguno. Rodeado por los

agentes de las SS como un animal enjaulado, el venerable sintió el impulso de arrojar la toalla. Le bastaría con huir hacia la cima de la montaña, correr hasta que una ráfaga lo tumbara y le concediera así la libertad. Sin duda, era la única manera de salir de aquel infierno. Ya no necesitaba albergar ninguna esperanza. Lo que los hombres habían hecho de aquella tierra no justificaba que permaneciera en ella ni un segundo más. Pero estaba la logia... la logia que se burlaba de los nazis, de las prisiones, del mal... la logia, con la eterna Regla que impedía a un hermano actuar a capricho.

El venerable agarró las plantas, las metió en un saco de yute previamente examinado por un agente de las SS, se cargó el saco al hombro y bajó hacia la sombría mole de la fortaleza, inerte y silenciosa.

A media pendiente, vio una casa pintada de verde a la entrada de un camino de tierra que se adentraba en un bosque de piceas. Una sola ventana. En la escalera, había una chica rubia con un vestido rojo y blanco barriando el umbral de la puerta, cubierto de agujas de pino arrastradas por el viento. En cuestión de un instante, levantó la cabeza hacia él. Sus miradas se cruzaron. Entre ellos reinaba una complicidad insospechada.

Una aliada. Una aliada del exterior.

De camino a su prisión, el venerable intentó desterrar de su mente aquella locura fundada solamente en una impresión fugaz. Pero no lo consiguió. La esperanza había anidado en su corazón.

Capítulo 9

—Hola, padre. Parece usted en excelente forma.

—Excelente —respondió el monje al comandante.

Éste último apartó una pila de expedientes que su ayudante de campo se apresuró a recoger.

—¿Todo bien con el doctor Branier?

—Nos faltan medios.

—¡Ay, padre! Son los rigores de la guerra. Todos nosotros los sufrimos. Helmut, tráigame el material.

El ayudante de campo dejó sobre la mesa del comandante cinco naipes cubiertos y una varita de avellano.

—Pasemos a cosas más serias —dijo el agente de las SS, concentrándose.

El comandante agarró la varita con el índice y el pulgar. Luego recorrió con ella cada naipe, hasta que la punta se tensó sobre el último.

—Creo que he encontrado el as de picas —anunció.

El agente descubrió el naipe.

—Sota de corazones.

—¡Ay! —murmuró, decepcionado—. Sus lecciones todavía no han dado frutos. Debemos continuar.

El monje hacía lo posible por no enseñar bien la radiestesia al comandante. Le daba tanto buenos como malos consejos. Hasta entonces, con aquella amalgama había obtenido los resultados deseados. El alemán no progresaba.

—Antes de empezar la clase, padre, quisiera pedirle un favor. Tengo que analizar unas escrituras.

El ayudante de campo retiró los naipes y, en su lugar, puso siete firmas cuidadosamente recortadas y pegadas en hojas de papel blanco.

—Sólo vuestro don de radiestesista me puede ayudar a esclarecer este asunto, padre. Éstas son las rúbricas de personas acusadas de asesinato. Una de ellas es el jefe de una banda, un temible criminal que mueve los hilos. Pero no consigo identificarlo. No me queda otra elección: o doy orden de que los ejecuten a todos, o me señala usted al culpable.

El comandante ofreció al monje la varita de avellano. Al cogerla, fray Benoît experimentó una sensación de libertad.

—Tengo prisa, padre. Rápido.

—Sus indicaciones son demasiado vagas.

El comandante encendió un cigarrillo.

—Debo añadir que ese hombre guarda un secreto militar y que se niega a hablar. Señálemelo.

El monje recorrió las firmas con la varita pensando en la palabra «crimen». No pasó nada. Luego repitió para sus adentros «secreto». La varita se tensó sobre la tercera rúbrica. El monje quiso continuar y disimular esta reacción, pero el comandante lo interrumpió.

—Gracias, padre. Acaba de elegir al venerable Branier.

Transcurrió un día entero. El aprendiz Jean Serval, ya curado, había regresado al barracón rojo. El monje y el venerable habían curado y dormido a turnos, sin intercambiar más que opiniones médicas acerca de los pacientes.

Según los cálculos del monje, debían de ser las ocho de la tarde. El momento del relevo. El venerable dormía en el cuartucho. El monje lo despertó y se sentó a su lado.

—No me quedan plantas, venerable.

—Iba a pedirle una decocción. El enfermo de la segunda litera, en la primera fila, tiene una infección de orina...

—Lo que nos faltaba. Necesitamos más plantas. O medicamentos.

El monje se frotó las manos, como para entrar en calor.

—Primavera glacial. Venerable, aguanta bien el tipo para venir de la ciudad.

—Cuestión de fe. El calor interior. ¿Lo sentía usted en el monasterio?

—Seguramente hay más fuego interior en el más miserable de los monasterios que en todas las logias masónicas juntas.

—Eso me sorprendería, padre. Las logias no están hechas para reunirse. Cada vez que una obediencia las agrupa y las somete a una administración, todo se echa a perder. El espíritu muere. Cada logia tiene su propio genio.

—Bonito caos... Nosotros, los benedictinos, tenemos la Regla, la santa madre Regla. Con ella, hemos civilizado Europa.

—Hay que rehacerlo todo... Pero lleva razón. Los masones iniciados conocen perfectamente su Regla.

—¡Blasfemia!

El monje tuvo un acceso de ira. Se le hincharon las venas del cuello, y los músculos se le contrajeron sin querer.

—Blasfemia, ninguna... ¿Qué ha hecho usted de esta famosa Regla? ¿Acaso cree que la Iglesia la ha puesto en práctica?

—La Iglesia y la Orden Benedictina —masculló el monje— son dos cosas diferentes.

—También lo son la masonería y mi logia. La Regla secreta, eso es lo que quiere sonsacarme el comandante del campo. Lleva meses intentando hacerme caer en su trampa. Hoy, tiene la certeza de que podrá meter mano a ese tesoro.

—Aquí —dijo el monje—, sólo se sobrevive en función del secreto que uno

oculte. Pero es imposible que usted posea un verdadero secreto.

—¿Por qué?

—Porque es ateo, no creyente. Dios solamente revela su ley a quien lo acoge en lo más hondo de su ser.

—No creyentes... ése no es el término exacto. Nuestras creencias individuales no cuentan, por descontado. No hablamos de ellas. No nos interesan. Hay hermanos a los que conozco desde hace más de quince años, y todavía no sé en qué creen ni por quién votan. Lo que sé es que todos nosotros trabajamos en honor del Gran Arquitecto del Universo.

—Una imagen, una quimera, un...

—No, padre. El símbolo del creador. Presente a cada instante. Cuando Cristo trazó el plan del cosmos con compás, asumió la función de Gran Arquitecto del Universo. De hecho, así se le denomina en los primeros textos cristianos.

Las cejas del monje se arquearon.

—¿Los ha leído?

—Todos los textos sagrados nos conciernen. Todas las experiencias espirituales nos enriquecen.

—¡Difícil identificarse en semejante caos!

—No existe el caos —dijo el venerable—, sino la Regla. Gracias a ella, incorporamos en nuestra búsqueda lo que debería serlo. Y, sobre todo, creamos hombres.

—¡Sólo Dios es creador! —bramó el monje.

—La iniciación es un segundo nacimiento. Lo mismo que cuando usted se hizo monje, cuando se despojó del viejo hombre para renacer como el hombre nuevo, para entrar en su comunidad.

—Si siguiera oyendo sus herejías, venerable, creería que casi nada nos separa.

—Una gran diferencia... usted ha decidido retirarse del mundo, yo no.

—¿Retirarme del mundo? —se indignó el monje—. ¡Que el Señor diga lo contrario!

—En ese caso —insinuó el venerable—, dejaré de ser un buen cristiano. Estaba convencido de que los monjes vivían reclusos en sus monasterios.

—«Los monjes»... eso no quiere decir nada.

—«Los masones», tampoco... Dejemos de enfrentarnos a molinos de viento. Usted es monje de la Orden Benedictina, yo soy venerable del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Eso es todo lo que nos queda aquí. O nos damos la espalda, o luchamos juntos.

El monje reflexionó. El venerable no rompió el silencio. Esta calma le vino bien. El diálogo estaba reñido; el adversario era rudo, inteligente, acérrimo. Era la primera vez que hablaba así con un monje. Había tenido la ocasión de intercambiar

impresiones con muchos sacerdotes, pero con ningún benedictino. François Branier pensaba en el pasado, en esa Edad Media de oro en que monjes y constructores habían sabido trabajar mano a mano para cubrir Europa de un blanco manto de catedrales. Puede que en la sórdida enfermería de aquella fortaleza nazi, el monje y el venerable se reconciliaran con la única y verdadera Tradición. Pero quedaban tantos obstáculos por superar...

—Lo que propone es monstruoso, venerable —prosiguió el monje—. Yo no pacto con hombres como usted. Lo más que puedo aceptar es la idea de convertirlo.

—Acepto.

El estertor de un enfermo interrumpió la conversación. Se levantaron juntos y se ocuparon del desgraciado. Gestos simples, precisos. Una tisana. Palabras de consuelo. Una mecánica rodada en la que ambos hombres se compenetraban. El monje había puesto a punto unas decocciones que atenuaban el sufrimiento y sumían a los enfermos en un duermevela.

Luego volvieron a sentarse en el cuartucho.

—A muchos de ellos les queda poco tiempo de vida —dictaminó el venerable.

—Hay uno que ya está muerto. Primera fila, abajo, a la derecha. Lo sacaremos esta noche, cuando los otros duerman a pierna suelta.

—¿Y las SS nos dejará hacerlo?

—Hay que respetar el protocolo. Cargaremos el cadáver al hombro. Lo sacaremos con los pies por delante. Ni se le ocurra dejarse ver. Nos abatirían. Ahí fuera hay una metralleta cargada apuntándonos día y noche.

Los agentes de las SS dejaron en la enfermería dos ollas con sopa de col. El menú no era muy variado. Pero había que comer. Para mantenerse en pie. Gracias a las plantas, el monje prevenía los problemas gastrointestinales; y, tanto él como el venerable, llenaban los cubos higiénicos dos veces al día, bajo la atenta mirada de los agentes.

—Me quedaré sin remedios, venerable. Hay que actuar. Usted puede convencer al comandante de que nos dé medicamentos.

—¿Cómo?

—Él tiene preguntas que hacerle... responda y negocie.

—Ya no puedo inventar más respuestas. El comandante está al corriente de la importancia real de mi logia. No me lo puedo permitir. Huir o morir.

—¿Suicidarse?

—En absoluto.

—Huir de aquí es imposible —analizó el monje—. Uno no sale vivo de esta fortaleza. Morir luchando ¿y fomentar una revuelta? Sería un suicidio. Habría que robar armas, tener por qué luchar...

—¿Y si la guerra terminara mañana? ¿Y si bastara con aguantar? ¿Su Dios no le

brinda la esperanza?

—Ningún hombre, aunque sea monje, tiene la posibilidad de conocer la voluntad de Dios. Puede vivirla, ni más ni menos. Vaya a hablar con el comandante, venerable. Exija una buena cena, y no olvide robar toda la comida que pueda. Revélele pequeños secretos. Y vuelva con los medicamentos necesarios para salvar vidas. Será un hito en la historia de la humanidad. ¡Un masón habrá servido de algo!

En el barracón rojo, la moral de los hermanos estaba de baja desde la desaparición del venerable.

Las ventanas estaban tapiadas. Vivían en la noche. Al arrancar esquirlas de madera, el maestro y mecánico Guy Forgeaud había logrado abrir un intersticio que permitía ver lo que ocurría en el gran patio.

Los hermanos se habían organizado. Se obligaban a dormir o simplemente a descansar. Uno de ellos permanecía despierto, con la espalda apoyada en la puerta. Cuando las raciones llegaban, no las devoraban; aplicando la Regla, y en ausencia del maestro de la comunidad, compartían los alimentos y comían despacio.

El aprendiz Jean Serval había pasado tres días en la enfermería. Dos agentes de las SS lo devolvieron al interior del barracón rojo. En cualquier grupo de hombres, al recién llegado lo habrían acosado con preguntas. Pero la logia «Conocimiento» era diferente. Primero se hizo el silencio. Luego, los hermanos se colocaron alrededor del aprendiz. Fue un maestro, Pierre Laniel, el que tomó la palabra.

—Me alegro de verte, hermano aprendiz. Y ahora, si quieres darnos tu versión...

La voz de Laniel temblaba de emoción.

—El venerable está vivo —dijo Serval—. Lo han destinado a la enfermería, con un monje que usa plantas para curar a los enfermos. Me ha tenido drogado todo el tiempo que he pasado allí. He dormido. Luego me ha echado.

Los hermanos parecían decepcionados.

—¿Puede salir?

—Una vez. Creo que lo han llevado a recoger plantas... Luego él se las ha dado al monje.

—¿Cómo se lleva con el monje? —inquirió Dieter Eckart.

—Cuidan juntos de los enfermos... Hablan en voz baja. Yo apenas he oído ni una palabra de sus conversaciones. Pero el monje no parece muy amable.

—¿Amigo o enemigo?

—Más bien enemigo... Aunque a lo mejor es un corderito. Al menos no he vuelto con las manos vacías. He aportado algo.

El aprendiz abrió la mano, con una sonrisa en los labios, y enseñó tres velitas. Cada hermano miró con atención aquel tesoro de valor incalculable.

—Ya tenemos los tres pilares —comentó Dieter Eckart—. Todo vendrá.

—¿A qué llaman ustedes los tres grandes pilares, venerable?

El comandante, siempre escoltado por su ayudante de campo, no había dado el menor respiro al venerable, quien se había visto acribillado a preguntas nada más entrar en su despacho.

—Son los símbolos de la sabiduría, la fuerza y la armonía.

—Exacto, venerable. Usted conoce perfectamente su rito —apreció el comandante, cerrando el «Manual del Aprendiz del Rito Escocés Antiguo y Aceptado» que tenía delante. El documento en cuestión era un cuaderno de unas cuantas páginas dactilografiadas grapadas. Había sido descubierto entre los papeles privados de un masón abatido en su propia casa cuando intentaba huir.

—¿Tiene alguna petición, venerable?

—Hace más de tres días que al monje y a mí se nos prohíbe salir. No nos quedan más plantas, y muy pocos medicamentos para curar a los enfermos. Protesto a título profesional. Algunos morirán. Las afecciones benignas empeorarán. Ya no puedo garantizar la higiene de este campo.

El alemán enrojeció.

—¡No tiene nada que garantizar! ¡Soy yo quien dirige este campo y toma las decisiones! Confórmese con responder, si desea que sus hermanos sigan con vida.

El venerable tuvo la impresión de haber marcado un modesto punto. El comandante estaba fuera de sus casillas. Por un momento, había perdido el control.

—Los medicamentos se reservan para los soldados alemanes.

—Como quiera. Pero, en menos de una semana, habrá al menos tres muertos en la enfermería.

—No serán los primeros. ¡Venerable! El Reich no carga con los débiles. Arrégleselas con los medios de que dispone. El monje me ha hecho saber que usted no cooperaba demasiado.

El venerable palideció. Conque el monje era un traidor. El último chivato. Un tipo que había vendido su alma al diablo para salvar el pellejo. Su misión consistía en ganarse la confianza del venerable y hacerlo hablar.

—Me parece que no entiende muy bien la situación, venerable. Es la supervivencia de su logia lo que está en juego. Pierde el tiempo preocupándose de seres inferiores. Un paso en falso puede ser fatal.

François Branier apenas escuchaba las amenazas. Llegado a aquel punto, habían dejado de impresionarlo. Observaba al ayudante de campo, hierático, silencioso. ¿Por qué el comandante necesitaba aquella conciencia muda?

—Volvamos a la Regla, venerable... Empiezo a impacientarme. Usted tome nota, Helmut.

El ayudante de campo se colocó ante el atril, pluma de oro en mano.

—¿Quién toma las decisiones en su logia?

—La «Cámara del medio».

—¿Quién la compone?

—Maestros.

—¿Cómo se convierte uno en maestro?

—Tiene que haber sido aprendiz durante un mínimo de siete años y compañero durante el tiempo que consideren los maestros.

—¿A qué pruebas se someten los compañeros?

—Deben realizar una obra maestra.

—¿Y en qué consiste?

—Todo vale.

—¿Por ejemplo?

—Puede ir desde una obra en miniatura hasta la torre Eiffel. Lo esencial es aplicar a la materia las leyes de la armonía que nos han sido reveladas.

—Y... ¿fabricar lo que sea? ¿Mejorar la calidad técnica de un producto?

—Es posible.

—Esas famosas «leyes de la armonía»... ¿cuáles son?

—Nada de teoría —contestó el venerable—. Formularlas no serviría de gran cosa. Es cuestión de experiencia sobre el terreno...

El comandante del campo recapacitó. Sin duda, el venerable mentía respecto a este último punto; pero había revelado aspectos importantes...

—Uno de los hermanos de su logia será trasladado al taller de la fortaleza. Allí aplicará sus secretos. Veremos si sigue usted respetando las reglas, venerable.

—¿Y los medicamentos?

—Helmut hará que le lleven un botiquín de primeros auxilios. Mañana, podrá salir a recoger plantas.

El comandante no dejaba de avanzar sobre el tablero. Ahora, creía conocer casi perfectamente a su adversario. Intentar hacerle confesarlo todo de golpe habría sido un grave error. Tenía que utilizarlo, darle esperanzas, calmarlo de vez en cuando sin dejarle escapar de sus garras, saber esperar, acoger las revelaciones una tras otra hasta que saliera a la luz el secreto de la logia «Conocimiento».

—¡Ya está! —exclamó Guy Forgeaud, con el ojo siempre pegado al intersticio.

—¿El qué? —preguntó Dieter Eckart, mientras se acercaba.

—La oportunidad que esperaba. Hay un todoterreno cargado de material aparcado a la entrada del garaje. Botín de guerra, sin duda. Necesito un voluntario que vaya al lavabo. Mientras que las SS lo vigila, yo me deslizo hasta el todoterreno y cojo todo el material que pueda.

—Menuda locura, Guy...

—No con la penumbra y en el momento del relevo. Normalmente, la vigilancia afloja durante unos minutos. Y, para rápido, yo.

Los hermanos lo habían oído. Los maestros, por su parte, se preguntaban qué habría propuesto el venerable en semejante ocasión.

Caía la tarde.

—Estoy convencido —afirmó Guy Forgeaud—. Funcionará. En su voz, una plácida convicción.

—Ya tengo ganas de ir al lavabo —anunció el industrial Pierre Laniel—. Sabré arrastrar los pies.

Se retiraron. Estaban seguros de que el venerable se habría mostrado de acuerdo con los dos maestros que iban a arrancarlos de la inercia. Guy Forgeaud seguía con el ojo pegado a la minúscula abertura. Apenas distinguía la parte de atrás del todoterreno. Ruido de botas. En la cima de la torre central, el relevo.

—Venga, Pierre, ahora.

Siguiendo el ritual convenido para el barracón rojo, Pierre Laniel abrió la puerta y se plantó en el umbral, con los brazos en alto y el pecho descubierto. La reacción no se hizo esperar. Un agente de las SS se le acercó apuntándole con el arma. Laniel hizo un gesto elocuente e inclinó la cabeza en dirección al barracón de los lavabos.

El alemán vaciló. Se volvió para buscar la aprobación del intendente que atravesaba el patio. Pierre Laniel creía que Guy Forgeaud, como de costumbre, había estudiado bien la situación. Sin embargo, dudó por un momento. El agente llevó a Laniel junto al intendente.

Forgeaud contuvo el aliento. En cuanto el de las SS le dio la espalda, salió del barracón rojo agachado y se dirigió hacia el todoterreno. En calcetines, no hacía ningún ruido. Las gravas del patio le magullaron las plantas de los pies, pero olvidó el dolor para centrarse en su objetivo. En unas cuantas zancadas, llegó a la parte de atrás del vehículo. Estaba demasiado oscuro para distinguir el material que había amontonado en el interior. Con los dedos agarró un saco de yute. Luego regresó al barracón rojo casi sin mirar atrás.

El incidente se produjo a medio camino. El pie derecho de Guy Forgeaud tropezó con una piedra. No le hizo perder el equilibrio, pero el fondo del saco chocó contra el suelo. Un leve ruido metálico se expandió en el aire gélido.

Pierre Laniel y los dos agentes de las SS llegaron al barracón de los lavabos. El maestro masón intuyó el peligro. Oyó el ruido en el momento en que se producía. La catástrofe. El intendente, que estaba en pie a la izquierda, iba a girar la cabeza cuando Laniel se abalanzó sobre él.

Guy Forgeaud esperaba que una ráfaga lo acribillara por la espalda. Corría encorvado. Pero no había perdido la esperanza. La puerta del barracón rojo se entreabrió a su llegada. Arrojó el saco al interior y él se tiró al suelo. Sus hermanos lo

levantaron al momento.

—¿Estás herido?

—Nada, nada —contestó Guy Forgeaud sin aliento—. Casi me caigo.

Raoul Brissac, el picapedrero, y André Spinot, el óptico, abrieron el saco. Contenía llaves inglesas y una regla metálica.

—Estupendo —valoró el compañero Brissac.

Todos pensaban lo mismo. Pronto tendrían lo necesario para celebrar una «tenida».

Siempre y cuando el venerable regresara...

Transcurrió un cuarto de hora. El miedo y el nerviosismo habían desaparecido. Jean Serval, el aprendiz, y los compañeros Spinot y Brissac habían cavado un hoyo para ocultar el botín. La oscuridad reinaba en el barracón. Nadie se atrevía a decir ni una palabra.

Pierre Laniel no regresó.

Capítulo 10

Ya era noche cerrada cuando los agentes de las SS devolvieron al venerable al interior de la enfermería. El monje rezaba sentado en el cuartucho, mientras desgranaba el rosario que le servía de cinturón.

El venerable lo miraba en pie, inmóvil.

—Levántese —ordenó François Branier.

—¿Por qué?

—Jamás pegaría a un monje sentado. Aunque fuera un cabrón.

Fray Benoît dejó de desgranar el rosario.

—¿Qué ocurre?

—Levántese.

—Sólo obedezco a Dios. Si quiere pegarme, hágalo. Pero me gustaría saber por qué.

—El comandante de la fortaleza me ha hablado de su informe. Se habrá divertido usted conmigo.

—¿Qué informe?

—Deje de fingir. En pie.

El monje se levantó despacio y se alisó el sayal.

—Cabrón... ¿eso ha dicho?

—Es el papel que ha interpretado.

La barba del monje se estremeció.

—Y usted ha sido lo bastante estúpido para creer a un oficial nazi... Es el tipo más miserable que he conocido, venerable... ¿Quién podría venerarlo?

El cara a cara se eternizó. Cada uno esperaba a que el otro arrojara la primera piedra.

—Le pido disculpas —dijo François Branier, sin bajar la mirada.

El monje se encogió de hombros y tomó asiento.

—Normal, para un infiel.

El venerable hizo lo propio.

—Confío totalmente en mis hermanos. Hemos pasado por la misma iniciación; por las mismas pruebas. Somos nosotros los que estamos en el centro del infierno, no usted. Y aunque eso no disculpa mi error, sí lo explica.

—Le falta fe. Está acostumbrado a dudar del prójimo, cuando ni siquiera usted ve con claridad. Igual que su Gran Arquitecto del Universo duda de su creación. Si yo me atreviera a...

—¿No le basta con mi arrepentimiento?

La sonrisa interior asomó al rostro del monje.

—El pasado me trae sin cuidado. Hagamos una apuesta, venerable.

François Branier contempló al monje, intrigado.

—Tiene derecho a negarse. Seguramente habría logrado convertirlo. Tengo por delante toda la eternidad. Pero aquí el tiempo está contado. Por eso recorro a una apuesta. Siempre y cuando tenga usted el coraje de cuestionarlo todo.

El venerable se preguntaba a dónde quería ir a parar el monje. Pero había decidido que ya no había marcha atrás, corriera el riesgo que corriera. Tal era el precio de su error.

—¿De verdad cree usted en su Gran Arquitecto del Universo?

—Es mucho más que una creencia. El Gran Arquitecto del Universo es el principio de toda vida.

—Para mí, eso es Dios. Creo en él. Sé que me ayudará a salir vivo de aquí. Por demostrar que la fe tiene sentido. No es vanidad, venerable. Es un acto de amor. Cuando amaine la tormenta, cuando Dios me haya permitido recuperar la libertad, le construiré una capilla. Y usted sabrá que se había equivocado. Sabrá que el Gran Arquitecto del Universo no existe.

—Acepto la apuesta. Si el Gran Arquitecto del Universo me permite volver a ver la luz, le construiré una logia. Entonces sabrá usted que estaba equivocado. Deme su mano derecha, con la palma abierta.

El monje obedeció. El venerable le estrechó la mano, a la manera de los antiguos, para sellar el pacto.

—Juro que respetaré las condiciones de nuestro compromiso mutuo.

—Yo también lo juro —afirmó el monje, estrechándosela a su vez—. Cuando mi capilla esté acabada, rezaré por usted, esperando que el Señor se digne a abrirle los ojos en el más allá.

—Su Dios es muy amenazador... El Gran Arquitecto no recompensa, pero tampoco castiga. Está con quienes obran en su nombre. Honraré su recuerdo cuando mis hermanos y yo celebremos nuestra primera sesión en nuestra nueva logia.

El monje parecía afligido.

—Siento haber llegado a una solución tan radical... pero su Gran Arquitecto es sólo una ilusión espiritual. Lo entenderá en el momento de su muerte, estoy seguro. Entonces, vuélvase hacia Dios. Tal vez él lo acoja en su seno. Su bondad es infinita.

El venerable parecía tan triste como el monje.

—Eso sería tan sencillo... Un acto de fe, y todo quedaría dicho. El Gran Arquitecto sólo se revela a quienes han seguido el camino de la iniciación. Lo entenderá cuando su fe lo abandone. Pero puede que entonces sea demasiado tarde para entrar en el templo.

—No importa —replicó el monje—. Al vestir este sayal, he entrado ya en el templo del Señor. Será mi mortaja. No necesito nada más.

—Usted ha decidido abandonar el mundo, enclaustrarse en un monasterio, rezar,

trabajar en el interior de su comunidad... Yo también he tenido la tentación. Pero he elegido otra vida. La más difícil. Estar a un tiempo dentro y fuera de un templo. Transmitir al exterior lo que me ha sido transmitido en el interior.

—¿Se cree usted capaz de cambiar el mundo, venerable?

—¿Por qué no? Al menos, capaz de demostrar que es posible... como Juan Bautista, el testigo de la luz.

Al monje no le gustó la comparación. Se disponía a maldecir una vez más al venerable por sus blasfemias, cuando la puerta de la enfermería se abrió y dejó entrar una corriente de aire gélido en el cuartucho. Varios agentes de las SS entraron, nerviosos. Hicieron que el monje y el venerable se levantaran.

—Fuera. Rápido.

Un escalofrío recorrió al venerable. Iban a ejecutarlos fríamente al caer la noche. No volvería a ver a sus hermanos.

Los llevaron ante el barracón de los lavabos donde otros agentes de las SS formaban un círculo. Entre ellos se encontraba Klaus, el jefe.

—¡Miren! —ordenó.

El círculo se abrió. El monje y el venerable vieron a un hombre tumbado en el suelo, con los ojos abiertos y un hilito de sangre corriéndole por la sien.

—Pierre...

El venerable había murmurado el nombre de su hermano. Para sí mismo, para la logia. Sabía que estaba muerto, incluso antes de inclinarse sobre él. Pierre Laniel, maestro masón de la logia «Conocimiento» había dejado de sufrir. El venerable apoyó una rodilla en el suelo, le cerró los ojos y le trazó el signo de la escuadra a la altura del corazón.

—El detenido agredió al intendente —comentó el jefe de las SS, alterado—. Ha tenido su merecido.

François Branier se puso en pie. Lloraba por dentro.

Devolvieron al monje y al venerable a la enfermería. A éste último, el trayecto le pareció interminable. Cuando la puerta se cerró, hundió la cara entre las manos y apoyó la frente en una pared. El monje se le acercó.

—Venerable, nada me parece más insoportable que dar el pésame... Solamente quiero que sepa... que he bendecido el cuerpo de su hermano.

—Pierre Laniel se ha comportado como un loco asesino.

El comandante del campo había dicho esto sin dejar de leer el informe que tenía delante. François Branier estaba de pie ante su mesa, flanqueado por Klaus, el jefe de las SS, y por Helmut, el ayudante de campo.

El venerable estaba petrificado.

La muerte de un hermano... el momento en que lo insoportable invade la piel, el

vientre; en que la vida pierde su sabor. Pierre Laniel... El compañero de batallas, el hombre de la sombra que había abolido toda ambición personal para servir a la logia, el buscador incansable y preciso, el que exigía la perfección en todo sin imponer nada a nadie.

Laniel que, como los demás hermanos de «Conocimiento», había prestado juramento la noche de su primera iniciación: «Prometo derramar hasta la última gota de mi sangre para defender a la comunidad iniciática que me da la vida». Un juramento que algunos habrían considerado formal y que había entrado en vigencia aquella noche glacial, lejos de la humanidad, lejos de la luz.

—Su hermano Laniel provocó a mi intendente —prosiguió el comandante—. Perdió los nervios de la manera más estúpida, y eso me sorprende en un maestro de su logia...

El venerable apenas escuchaba las palabras de la acusación, pronunciadas en un tono acolchado. Intentaba no alejarse de Pierre Laniel, no abandonar aquella mano que tantas veces había estrechado en la cadena de unión.

—Me complace recordarle, venerable, que usted y sus hermanos son presos totalmente privilegiados. Me resulta imposible hacer que lo trasladen de inmediato a un campo de reeducación en régimen severo; y, por supuesto, en orden disperso. Aquí, están juntos y gozan de una detención simple. Su despacho está listo, venerable. Lo acompañarán. Siga mostrándose cooperativo. No existe otra manera de salvar la vida de sus hermanos. ¿Entendido?

El comandante no logró atraer la mirada del venerable. Se preguntaba si el jefe de la logia «Conocimiento» también se había hundido, si había quedado reducido a un espectro. Estaba ya tan cerca de su objetivo... Pero puede que sólo fuera una reacción momentánea. Con el tiempo, François Branier se vería obligado a volver a la realidad. Un venerable no podía naufragar en la primera mar de fondo, ni aunque fuera la muerte de un hermano.

El comandante no perdió la esperanza.

Los supervivientes de la logia «Conocimiento» contemplaron su botín a la luz de una cerilla con la que el aprendiz Jean Serval encendía una vela robada de la enfermería. Guy Forgeaud había vaciado en el suelo del barracón todo el contenido del saco de yute, fruto de su expedición: llaves inglesas, regla metálica y martillo. Los hermanos fueron tocando el metal frío uno tras otro, como si se tratara del oro más puro.

—Nunca más veremos al venerable —afirmó Guy Forgeaud, al tiempo que acariciaba una llave—. Quieren eliminarnos uno a uno. Con esto, al menos podremos morir dignamente.

Dieter Eckart, que ocupaba el más alto cargo de la logia en ausencia de François

Branier, no intervino. No tenía palabras para aplacar la fría cólera de su hermano. Conocía perfectamente a Forgeaud. Sabía que iría hasta el final si nada se lo impedía.

—Si utilizas esto contra las SS —avanzó el compañero André Spinot, el óptico—, al menos hay que contar con un plan de evasión. De lo contrario, será un suicidio.

—No tengo la intención de suicidarme —replicó Guy Forgeaud—. Pero no puedo actuar solo.

Raoul Brissac, el compañero picapedrero, se implicó en la conversación. Al igual que Guy Forgeaud, ya estaba harto de la inacción. De perdidos al río... más valía que los torturadores no salieran indemnes de la última lucha de «Conocimiento».

Dieter Eckart guardó silencio.

El ayudante de campo hizo pasar al venerable a «su» despacho, en la segunda planta de la torre. Un cuarto sin ventanas, de techo bajo. Dentro había una silla y una mesa con folios y una pluma.

—Instálese aquí y escriba —ordenó el ayudante de campo—. Vendré a recogerlo dentro de unas horas.

La puerta se cerró, y la llave dio una vuelta en la cerradura. El venerable se quedó de pie durante un buen rato. Curiosamente, este rincón le apareció como un remanso de paz y de libertad. A solas consigo mismo, con el espíritu de su logia, por fin iba a poder recuperarse.

La estancia le recordaba al lugar simbólico que los masones llaman «gabinete de reflexión», allí donde empieza la existencia iniciática. Tras haber sufrido las tres «encuestas» en las que los hermanos de la logia lo habían interrogado sobre su vida y su manera de pensar, el profano Branier había afrontado la prueba a ciegas. Sentado en una silla, con los ojos vendados y sin saber dónde se encontraba, había tenido que responder a multitud de preguntas. Después había vuelto a su casa sin saber si lo habían aceptado. Al cabo de tres días y tres noches sin dormir, François Branier había recibido una llamada telefónica. El proceso seguía su curso. Pronto recibiría la primera iniciación, la del grado de aprendiz.

Aquella noche llovía. Llevaba casi una hora esperando en la acera, ante un edificio del distrito 17 de París, hasta que un anciano había venido a buscarlo. Sin mediar palabra, lo había llevado a un sótano y lo había encerrado en un habitáculo cuadrado. Encima de una mesa, tres copelas con sal, azufre y mercurio; en la pared, un gallo, una inscripción alquímica y un llamamiento al despertar del ser interior del hombre. Branier había redactado un «testamento filosófico» en el que exploraba su pasado sin indulgencia, consciente de que su vida de hombre era sólo una obra inacabada, desordenada, incompleta. De la iniciación esperaba una luz, otra perspectiva.

No lo habían decepcionado. A lo largo de los años, había tenido muchas

revelaciones: tantas búsquedas apasionantes, tantas emociones compartidas con sus hermanos, tantas responsabilidades que asumir para respetar y vivir la Regla del Gran Arquitecto del Universo. Hasta el instante en que los maestros le habían confiado el cargo de venerable.

La soledad de un hombre cuya función era vehicular la expresión de una comunidad... Ésa era la dolorosa paradoja a la que ahora se enfrentaba François Branier. Sin su venerable, la comunidad se encerraba en sí misma, no evolucionaba. Tenía que reunirse con sus hermanos a toda costa para celebrar un ritual, para que pudieran huir todos juntos por el camino de los símbolos.

El venerable se acomodó en la mesa de tortura donde el único instrumento destinado a hacerle sufrir era una pluma de oro.

A François Branier no le gustaba escribir. Redactar una receta ya era todo un desafío. En este caso se le pedía que formulara la Regla, que rompiera su juramento, que ofreciera el más preciado tesoro a una banda de locos criminales.

Lo más difícil de sobrellevar era la separación de los hermanos de la logia. Juntos, en la misma prisión, y sin embargo tan lejos... El venerable temía por ellos. ¿Cómo los trataban? ¿Qué crueldades se les infligían? ¿Qué había intentado realmente Pierre Laniel? Conocía demasiado bien a los iniciados de «Conocimiento» para suponer ni por un instante que permanecerían pasivos, de brazos cruzados, esperando a que los ejecutaran como corderitos. Sin duda, estaban convencidos de que nunca más verían a su venerable, seguros de que la logia vivía su desenlace y de que más valía morir en el intento de evadirse.

El venerable anotó en lo alto del folio «Año de verdadera luz 5944», y tituló el documento: «Testamento de la logia "Conocimiento", en el Oriente de...». Se interrumpió. El Oriente era el lugar geográfico en el que una logia se reunía. Pero también era el enclave mágico en el que, juntos, los hermanos hacían reaparecer la luz. Indudablemente, el venerable jamás sabría cuál era el oriente geográfico de esta fortaleza nazi; así que escribió: «En el Oriente de una montaña de primavera». Luego siguieron las primeras frases que debía cambiar por la vida de sus hermanos:

«Ésta es, sin lugar a dudas, la última manifestación de la Regla sobre tierras de Occidente; antes de que desaparezcan hombres que han consagrado su vida a la iniciación. La Regla se ha transmitido de templo en templo, de obra en obra, de generación en generación, para que el hombre siga afianzando. Hoy en día, la noche ha velado nuestro mundo. Lo devora todo con su avidez. Todo, menos esta Regla que es el único instrumento de creación».

El venerable se pasó un buen rato escribiendo, hizo trizas lo escrito y volvió a empezar. Le quedaban largas jornadas de trabajo para evocar los aspectos de la Regla concernientes a los aprendices, los compañeros, los maestros, las fiestas de San Juan, los diferentes tipos de «sesiones» y de reuniones, las obras iniciáticas de las cuales la

mayoría ignoraba su verdadera índole. Pero cuando todo esto se hubiera divulgado, aún faltaría la piedra fundamental del edificio, la que daba sentido a todo lo demás y que ningún maestro de logia había revelado, ni siquiera de manera indirecta.

Cuando François Branier llegara a ese punto, sería el fin de trayecto. Y entonces tendría que tomar la decisión más desgarradora: o bien callarse y condenar a los hermanos, o bien hablar y romper su juramento.

El venerable se estiró. Se sentía menos agotado, menos desanimado. Ya no esperaba huir del monstruoso engranaje que lo trituraba, sino que seguía complacido su camino. Volvía a disponer de la fuerza necesaria para hacer frente a la fortaleza.

El siniestro aullido de una sirena invadió la noche.

Capítulo 11

El ayudante de campo abrió la puerta del despacho. Lo acompañaban dos agentes de las SS.

—Sígame —ordenó al venerable.

François Branier abandonó el habitáculo muy a su pesar, fuera del espacio y del tiempo.

—¿Qué ocurre?

El ayudante de campo sonrió. El venerable no debería haber hecho aquella pregunta. No tenía nada que exigir. Había dejado ver al alemán que aún no se había reunido, que sus recursos seguían casi intactos, que no se consideraba un condenado. Una falta grave. François Branier había caído en su propia trampa.

—No se inquiete, señor Branier. Un ejercicio de alerta. Esta noche la pasará en la enfermería.

El gran patio estaba desierto. Branier echó un vistazo al barracón rojo, donde sus hermanos estaban encerrados. Había varios agentes apostados en el campamento, arma en mano.

François Branier entró en la enfermería. El monje se le acercó.

—¿Tiene los medicamentos?

El venerable pasó al lado del monje como si éste no existiera, fue hacia el cuartucho y se dejó caer pesadamente.

—Hace horas que espero, venerable —bramó el monje, plantado ante François Branier.

—No he podido hacer nada.

—¿Cómo que no ha podido hacer nada? ¿No ha visto al comandante?

—Sí.

—¿Entonces? ¿No ha podido cerrar el trato?

El venerable alzó la mirada hacia el monje.

—¿Un trato? ¿Acaso cree que aquí se puede negociar algo? ¿Se cree que esto es una fundación donde se intercambian sentimientos de buena voluntad?

El monje desgranó su rosario, sin nervios.

—¿Qué le han hecho?

—Casi nada... o lo revelo todo, o ejecutan a mis hermanos. Me han encerrado en un despacho y he empezado a escribir.

—Entonces, cede usted...

—Yo no sé nada —confesó François Branier.

—Usted también está metido en el ajo, venerable... Espero que su Gran Arquitecto no lo deje en la estacada. Respecto a los medicamentos, ¿de verdad está todo perdido?

El venerable tenía un aspecto demacrado. Este monje no le daba ningún margen de maniobra. Habría preferido dormir, consumirse en la nada antes que responder a preguntas sin fin.

—Depende... Si el comandante aprecia mis primeras revelaciones, tal vez se muestre más generoso.

—Tal vez... Pero ¿cree que me voy a conformar con eso?

—No lo creo, padre. Lo veo.

Un quejido interrumpió el diálogo de los dos hombres. El monje se precipitó hacia el fondo de la enfermería, con el venerable a la zaga.

El viejo astrólogo nizardo había abierto los ojos. Gemía, mirando fijamente al techo. El monje le enjugó la frente, empapada en sudor.

—Fuego... hay fuego por todas partes —balbuceó el moribundo.

El monje posó su larga mano sobre el pecho del anciano y lo magnetizó. El enfermo dejó de suspirar casi por completo. Los párpados se le cerraron. Se relajó y el cuerpo se volvió a aletargar.

—Durará lo que dure —comentó el monje—. Yo ya no puedo hacer más.

—Mañana —dijo el venerable—, iré a ver al comandante antes de seguir escribiendo.

—No sería mala idea —rezongó el monje—. Hay tres que se debilitan a ojos vistas. Y parece ser que vamos a recibir otro contingente de enfermos...

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo mis pequeños secretos. Y ahora, manos a la obra. Usted ocúpese de la fila derecha, que yo atenderé a los de la izquierda. He preparado las decocciones en dos bidones. El suyo está a los pies de la cama.

François Branier cogió el bidón colmado de un líquido verde y espeso. Sólo Dios sabía qué mezcla había inventado el monje. El venerable lo probó, pero enseguida lo escupió. Incalificable.

—¿Qué le ha echado?

—Lo que había. Ocúpese de los enfermos.

En momentos así, el monje merecía una mala contestación. Sin embargo, el venerable prefirió no responder. Empezó la letanía de cuidados mínimos reforzada con palabras de consuelo. Había que dar, y seguir dando, incluso lo que no se tenía, a quienes se habían quedado sin nada... sin siquiera su propia existencia, diluida en la desesperación.

El venerable conservaba un olor de bosque en la boca. Quizá fuera un regusto de la solución del monje. Era embriagador. La enfermería, los enfermos, la muerte rastrera... todo se difuminaba. Había caminos verdes, hogueras, alfombras de musgo, árboles de frondosas copas traspasadas por el sol, ramas entremezcladas arqueándose hasta el suelo. François Branier vivía esta sensación con tanta intensidad que parecía

real.

—Ha olvidado a un enfermo —intervino el monje, furibundo. François Branier le lanzó una mirada agresiva. La ensoñación se había roto en mil pedazos. Otra vez el infierno.

—¿Por qué no me deja en paz?

El monje permaneció impasible.

—Tiene la cabeza en otro sitio, venerable. Está ausente. Y eso es muy malo, tanto para usted como para los enfermos.

—¿También se pasaba el día dando lecciones en el monasterio? Es algo que evitamos en la logia.

—Normal. No saben nada. Los masones son unos ineptos.

—¿Acaso le parece que su noble religión no ha sembrado ya bastantes catástrofes en esta tierra?

—Mire, yo no soy ni cura ni misionero. Soy monje benedictino.

—Y yo soy venerable de una logia iniciática.

Los dos hombres se retaron. Ni el uno ni el otro estaba dispuesto a ceder primero. La fatiga les podía. Pero ceder era reconocer la superioridad del otro. Peor todavía, su verdad espiritual.

Un enfermo los llamó con un grito casi ahogado.

—Ya voy yo —manifestó el venerable.

—Esta vez, procure no despistarse...

François Branier tenía sueño, pero no podía dormir; ni siquiera podía cerrar los ojos. A su lado, pies contra cabeza, el monje roncaba dulcemente. Su Dios lo protegía del insomnio. A menos que el benedictino fingiera estar dormido. El venerable no sabía qué pensar de sus «pequeños secretos».

Habría sido tan sencillo levantarse, salir de aquella enfermería, respirar el aire nocturno, precipitarse hacia el barracón rojo, reunirse con sus hermanos y morir con ellos borrando la Historia, el tiempo, a los hombres. François Branier se creía capaz de hacerlo. Pero ¿era eso lo que ellos esperaban del venerable? ¿Esperaban una última locura o una nueva lucha? Por fuerza, tenían el convencimiento de que estaba luchando para sacarlos de allí. ¿Y si esta vez fracasaba? ¿Y si conocía el primer fracaso de su vida iniciática? El juego estaba amañado, él desconocía las reglas y, sin embargo, no tenía derecho a perder. Todo se decidía en una sola partida, sin revancha posible.

—¿No puede contarle cualquier cosa al comandante?

La voz del monje, grave, baja y pausada, venía de ultratumba.

—No tiene usted derecho a decirme lo que debo hacer. El diablo no manda en Dios.

—Aquí, quién sabe.

—Cuanto más blasfeme usted, menos posibilidades tendrá de sobrevivir.

—Cálmese, padre. Necesitamos todas nuestras fuerzas.

—Yo necesito unas horas de sueño. Como usted.

El monje dio un profundo suspiro.

—¿Ha pensado que podrían recluirlo definitivamente en la torre? ¿Que la próxima vez se quedaría para siempre?

El venerable esperaba que le hiciera aquella pregunta. Pensaba en el instante en que, despojado de su sustancia, sería sólo un títere entre las manos del comandante. A menos que éste se impacientara y practicara métodos más brutales, y rompiera así el pacto sellado con la logia.

—Lo he pensado. No me preocupa.

—¿Y su famoso secreto, venerable? ¿Correrá el riesgo de llevárselo a la tumba?

—¿Propone usted otra solución?

—La confesión.

El venerable, desconcertado, observó al monje, que estaba tendido boca arriba con los ojos cerrados. Juraría que dormía.

—Eso le dejaría la conciencia tranquila. Y puede fiarse. El secreto de confesión es inviolable. Nada que ver con el de los masones.

El venerable sonrió para sus adentros.

—No me interesa, padre. La confesión me parece degradante. Y tenga la certeza de que el comandante del campo ha apostado por esto. Si nos pone juntos, es para que hablemos, para que yo acabe confesándome con usted. Debe de estar convencido de que usted ya conoce parte de mi secreto. Si yo muero, si mis hermanos mueren, se conformará con usted. Y usted no es masón, padre, pero se ha convertido en cómplice de la logia.

El alba entró en el barracón rojo por una minúscula rendija entre dos listones de madera. Guy Forgeaud había logrado arrancar un trozo lo bastante grande para ver mejor qué pasaba en el patio. Luego lo devolvía a su sitio. El camuflaje aguantaba. Los cinco hermanos habían establecido turnos de guardia, de manera que al menos uno de ellos permanecía despierto mientras que los otros dormían. Así, tenían la impresión de combatir, de no abdicar. La vigilancia era un arma eficaz. La muerte no los cogería por sorpresa.

El aprendiz Jean Serval pegó el ojo a la rendija. Dieter Eckart lo había despertado unos diez minutos más temprano. Serval no se había atrevido a confesarle que tenía dolor de barriga; un dolor que le perforaba los intestinos. El hambre y el miedo. Seguía vivo sólo gracias a sus hermanos. Tenía el convencimiento de que, si lo incomunicaran, enseguida se derrumbaría. Serval no estaba preparado para someterse

a semejante prueba.

Antes, había llevado una vida más bien cómoda. Su entrada en la logia le había cambiado el destino. Él, que iba camino de ser un escritor mundano, cansado de las mezquindades de lo parisino, había descubierto las exigencias de la Regla. Perdido en el infierno del presidio nazi, no se arrepentía de su elección. Jamás llegaría a ser una estrella literaria; en cambio, era ya un iniciado, aunque sólo hubiera atravesado la puerta del aprendizaje. Su único remordimiento: no haber trabajado con ahínco suficiente para acceder al grado de compañero.

Uniformes. Siluetas negras en el rojo amanecer. Era Klaus, el jefe de las SS, que venía acompañado de cuatro soldados. Jean Serval se abalanzó sobre sus hermanos, que estaban dormidos, y los zarandeó.

—¡Arriba! ¡Que vienen!

Dieter Eckart, Guy Forgeaud, André Spinot y Raoul Brissac se levantaron al momento. La puerta del barracón se abrió y apenas tuvieron tiempo de notar que sus músculos doloridos se resentían por el súbito esfuerzo.

Una claridad cegadora los deslumbró. El jefe de las SS formaba a contraluz una mancha negra en el rayo de sol.

—Órdenes del comandante —anunció—. Uno de ustedes debe ser trasladado al taller de la fortaleza.

Dieter Eckart, delante de sus hermanos, parecía imperturbable. Si él fuera el elegido, se sentiría incapaz de asumir semejante función. Habría sido una condena camuflada. El aprendiz Jean Serval temblaba; los dientes le rechinaban al restregarse los unos contra los otros. Si lo aislaban de la comunidad, estaba perdido. André Spinot, el óptico, se escudaba tras la reconfortante mole de Brissac. No le asustaba el trabajo manual; pero ¿cómo reaccionaría abandonado a su suerte, lejos del consuelo fraternal? El picapedrero Raoul Brissac esperaba ser el voluntario designado. Robaría herramientas. Libraría su propio combate. Pasaría factura a la gentuza que había asesinado a Pierre Laniel. A Guy Forgeaud, el mecánico, sólo le preocupaban sus hermanos. Él no tenía ninguna posibilidad de ser elegido por los alemanes. De acuerdo con su lógica, se llevarían al menos cualificado para humillarlo, quebrantar su coraje, inducirlo a la traición.

—Vamos, Forgeaud.

El tono del jefe era amable, casi cálido. Guy Forgeaud tardó unos segundos en asumirlo. Como si los alemanes no existieran, dio sin prisas el abrazo fraternal a cada miembro de la logia. Puede que fuera el último.

—¡Hasta pronto, muchachos!

Su voz era neutra, velada. Siguió en silencio a los agentes de las SS.

Capítulo 12

—El gran cuarto de baño, venerable. Todos los *blocks* del campo pasan por aquí. El personal de la enfermería antes que nadie.

Al rayar el alba, el monje y el venerable habían sido conducidos al barracón de las duchas. Momentos antes, habían oído extraños ruidos de botas en el gran patio. François Branier enseguida había pensado en uno de sus hermanos. Pero era imposible saber lo que ocurría. Ni rumor de voces ni detonación. Pronto regresó la plácida calma, como si nadie viviera en el interior de la fortaleza.

Klaus, el jefe de las SS, había venido en persona a arrancarlos del hermético mundo de la enfermería. El monje, como de costumbre, lo había desafiado con la mirada. No le tenía miedo. Klaus les había señalado la dirección de las duchas. El monje había agarrado al venerable del brazo, por temor a que se imaginara lo peor y reaccionara de manera violenta. Branier había obedecido.

Los dos hombres habían atravesado el gran patio a paso lento. Los ojos del venerable estaban en alerta perpetua, captando todo lo que pasaba en su campo de visión. Lo registraba todo sin mover la cabeza, de expresión torpe. El monje avanzaba cabizbajo, mirando disimuladamente. Cualquiera juraría que le traía sin cuidado el ambiente que lo rodeaba. En realidad, era la enésima vez que ubicaba sus puntos de referencia. El cuartel de las SS, los barracones, la torre central, la muralla... y este patio del que acabaría por conocer hasta el último centímetro cuadrado. Catalogaba y hacía inventario con un rigor benedictino. El venerable creía que el monje meditaba para olvidar el mundo exterior. Y el monje consideraba que el venerable elucubraba utópicos proyectos de evasión.

El frío era intenso y el cielo, de un azul muy puro. La puerta del barracón de las duchas, que estaba entreabierta, dejaba asomar un suelo cimentado. No venía ningún ruido del interior.

El monje y el venerable esperaban desde hacía un cuarto de hora.

—No lo entiendo —dijo el monje—. La última vez me hicieron entrar directamente.

—A lo mejor no vamos a ducharnos —observó el venerable.

—¿Qué insinúa?

El venerable no respondió. El monje sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Aquello no le gustaba. Los alemanes tenían costumbres arraigadas. Algo preparaban. Un acontecimiento del que ellos parecían los protagonistas. Los agentes de las SS los vigilaban desde una distancia considerable. Al menos no iban a abatirlos como a conejos...

—¿Y si salimos corriendo hacia las duchas? —propuso el venerable.

—No hay escapatoria posible —objetó el monje—. Si dejamos que nos encierren

ahí dentro, estamos perdidos.

—De todas formas...

—No haga el idiota, venerable. Puede que esto sólo sea un grano de arena en la maquinaria. Usted y yo no tenemos derecho a equivocarnos. Esperemos.

—Esperar... ¿a que nos metan una bala en la espalda?

—No moriremos así. Demasiado rápido. Al comandante no le gustaría.

—Nunca se sabe.

Podían hablar casi sin mover los labios. Intercambiaban las palabras en un murmullo apenas perceptible que les bastaba para entenderse.

—No lo haga, venerable. Es una trampa.

El semblante de François Branier se había endurecido. Se encogía para tomar impulso. El monje le leyó el pensamiento.

—Si lo hace, nos condenará a todos... a sus hermanos, a usted mismo, a mí...

François Branier no acostumbraba a pensárselo dos veces. Cuando tomaba una decisión, era definitiva. Sin embargo, tenía en mente una incertidumbre que no lograba disipar.

—¿Qué propone usted, padre?

—Nada, venerable. Confíe en Dios. Eso bastará por el momento.

—Si eso lo complace...

Los nervios del venerable se destensaron. El monje lo sintió, y supo que había ganado. François Branier se reprochó lo que consideraba una especie de cobardía. Se había dejado influir por un profano. Pero ¿acaso lo era aquel benedictino? Aquello le produjo vértigo. Estaban los iniciados y los profanos. Entre ellos existía una barrera infranqueable. Así era desde tiempo inmemorial, y siempre lo sería. ¿Qué pintaba el monje en aquel orden eterno? ¿Por qué le perturbaba que hubiera surgido de un mundo intermedio, ni totalmente iniciático ni totalmente profano? Poseía una fuerza y una serenidad de espíritu que el venerable sólo había conocido en unos pocos hermanos. Sin duda, las había adquirido practicando una regla, viviendo en nombre de un principio supremo al que él llamaba Dios. Pero tenía que haber otras razones. Muchos religiosos seguían un modo de vida idéntico y no se le parecían.

El monje tenía menos confianza en sí mismo que nunca. Rezaba. No se movía, no miraba nada, se obligaba a encerrarse en sí mismo para alcanzar un máximo de serenidad. No creía que pudiera detener al venerable, un ser huraño, anclado en su comunidad como en un paraíso inviolable. ¿Le había impedido cometer un error fatal? ¿Se equivocaba al afirmar que aquello era una trampa? Lo único positivo: había mantenido la situación bajo control. El venerable le había cedido el paso. Él, el individuo más desconcertante que había conocido fuera de su monasterio. Al monje no le cabía la menor duda sobre la vocación satánica de los masones, pero aquél no se parecía en nada a sus congéneres. Hablaba como un monje de la Regla... ¡la Regla

que consideraba su principal secreto! Allí había un formidable misterio que el monje se había jurado que esclarecería. Si forzaba al venerable a bajar la guardia cada día un poco más, acabaría lográndolo.

La luz del día había invadido el patio. Los soldados marchaban. Un vehículo arrancó, subió la rampa del garaje y abandonó la fortaleza por el gran pórtico, que rápidamente se cerró. Nada fuera de lo normal.

—Un calambre —dijo el venerable.

—Gire el pie en todos los sentidos —le recomendó el monje.

—No pienso dar el espectáculo. Me obligarán a caminar. No tengo elección. Yo salgo corriendo hacia las duchas. ¿Y usted?

El monje se reprochó su vanidad. Creía haber sometido al venerable, pero se había equivocado. No se sentía capaz de quedarse allí, de brazos cruzados, mientras que él se precipitaba... No quería conceder al venerable el privilegio de morir en combate. Dios no se lo permitiría.

—Siento haberles hecho esperar —dijo Klaus, el jefe de las SS, interponiéndose entre los dos hombres y la entrada de las duchas—. Un contratiempo técnico. Nos faltaba desinfectante.

El alemán exhibía un rostro alegre. El venerable dejó de contener el aliento. El monje miró hacia el suelo.

Una forma ágil, ligera, rápida y vestida de negro entró en el barracón de las duchas con un pesado bidón. El venerable la había reconocido, pese al uniforme. Era ella, la chica rubia de la casa. Su aliada. Se había recogido en un moño los cabellos rubios, que disimulaba bajo una gorra cuya visera le tapaba la frente. Debía de prestar pequeños servicios a las SS a cambio de protección; a no ser que formara parte del personal militar. Pero el venerable no podía aceptar que ella participara de aquella locura.

La desinfección duró sólo unos minutos. La joven volvió a salir, saludó torpemente al jefe de las SS y se escabulló. Con un gesto, Klaus ordenó al monje y al venerable que pasaran al interior del barracón.

Una sala de duchas para una decena de personas. Se quitaron la ropa. De las alcachofas salía agua fría; congelada, según el venerable, que no tardó en habituarse a aquella sensación. Lavarse, purificarse... eso era bueno. El monje había elegido la ducha del fondo. De pronto, se puso en cuclillas y arrancó una baldosa. Apareció una cavidad y, en su interior, un saco de tela.

El agua dejó de correr. El monje, todavía mojado, se precipitó hacia su ropa, se la puso y disimuló el saco aplastándolo contra el pecho. Luego se ajustó el rosario a modo de cinturón para impedir que se le escurriera. El venerable se volvió a vestir.

—¿Se lo ha traído ella?

El monje ignoró la pregunta. Fue el primero en salir del barracón de las duchas,

con paso precavido.

El contenido del saco de tela estaba esparcido por la cama improvisada, en el cuartucho de la enfermería. Minúsculos bollos de pan rellenos de queso.

—Mi tesoro —explicó el monje—. Por esto arriesga esa chica el pellejo cada vez que viene a desinfectar las duchas. A los enfermos les encantan. Los prepara ella misma. Pero usted no los toque, aunque se muera de ganas.

El venerable se encogió de hombros.

—¿Y no le procura nada más útil?

—Nunca se lo he pedido. Actúa como bien le parece.

—¿Cómo ha descubierto usted ese escondite?

—La primera vez que tuve derecho a la ducha solo, ella lo había dejado abierto.

—¿No teme una provocación?

—Sí... pero he pensado en los enfermos. Algo es algo.

—Podríamos intentar obtener medicamentos a través de ella...

El monje empezó a distribuir los bollos de pan, que los enfermos engulleron con avidez, casi sin masticar. Aroma a queso con sabor de libertad y de días felices.

—Deje en paz a esa chica —recomendó el monje—. Ya mucho hace.

El venerable dio de comer un bollo de pan al astrólogo nizado. Seguía agonizando. Los labios se le apergaminaban.

—Todo va a arder —murmuró, masticando a duras penas—. Todo... El fuego caerá del cielo, nadie saldrá con vida... ¡nadie!

El astrólogo se incorporó, arqueó el busto, repitió las mismas palabras una decena de veces y luego se desplomó, inerte, con los ojos clavados en el techo de la enfermería.

El monje y el venerable hicieron lo de cada día: asear a los enfermos, limpiarles las camas, suministrarles algunas curas y pronunciar fórmulas de consuelo que ya no engañaban a nadie.

—¿Por qué no vienen a buscarlo? —preguntó el monje—. ¿Sus revelaciones les han bastado?

La puerta del barracón se abrió. Era Klaus, el jefe de las SS. El venerable le miró a los ojos.

—No vengo a buscarlo a usted. El comandante espera a fray Benoît.

Capítulo 13

El comandante del campo estaba almorzando. Ensalada verde, cordero asado, queso de cabra. Un envío especial de diario, una necesidad para conservar la moral de un hombre al que el Reich había confiado una misión decisiva. Cada noche, en un silencio casi absoluto, el comandante redactaba un largo informe en el que analizaba minuciosamente el comportamiento del venerable, de los hermanos de su logia y del monje. Era indispensable tocar estos tres registros a la vez.

Los primeros resultados obtenidos parecían interesantes. Todavía estaban lejos de alcanzar su objetivo, pero la progresión era constante. Las defensas del venerable se desmoronaban; sabía que había caído en la trampa y no veía escapatoria. Su debilidad, la logia. No abandonaría a sus hermanos, y tampoco tenía derecho a sacrificarse por ellos. De manera que se sentía obligado a revelar los diferentes aspectos de la Regla. Sin duda, aprovechaba el tiempo para retrasar las últimas confesiones, la divulgación de los secretos que conferían a «Conocimiento» su carácter único y sus excepcionales poderes. Los hermanos, encerrados en el barracón rojo, vivían horas cada vez más penosas. Apartados de su líder, ignoraban por lo que éste pasaba, se imaginaban lo peor; y eso les haría perder el resquicio de esperanza que todavía les daba fuerzas para continuar. Dadas las circunstancias, serían incapaces de mantener su unión. La muerte de Pierre Laniel los había quebrantado, pero el comandante quería más: dividirlos, oponerlos los unos a los otros, demostrar al venerable que la logia se descomponía. Ése sería un golpe decisivo.

El comandante seguía indeciso sobre las circunstancias de la muerte de Pierre Laniel. ¿Ataque de locura? ¿Intento de suicidio? ¿Accidente? No había explicación satisfactoria. Una trama urdida por los hermanos, pero ¿con qué intención? ¿De qué les podría servir la muerte de Laniel? ¿Acaso se habían desembarazado del eslabón más débil de la cadena? Sin embargo, Pierre Laniel no daba la impresión de ser frágil. En teoría, una logia como aquélla no debía comportarse de manera tan brutal hacia uno de los suyos. Aun apartado de sus hermanos, el venerable seguramente ejercía cierta influencia sobre ellos. ¿La desaparición de Laniel entraba en un plan que él habría establecido de antemano?

Estas lagunas incomodaban al comandante, que tenía la vaga sensación de pasar por alto un elemento importante. No obstante, él seguía siendo el maestro de ceremonias. Creaba las reglas a su antojo.

El cordero asado se le deshacía en la boca. Una delicia.

—Su visita —anunció el ayudante de campo, embutido en su uniforme de gala.

El comandante dejó el tenedor y retiró el plato. El ayudante de campo quitó la mesa y le sirvió un vaso de Saint Émilion, que el superior degustó con ansia mientras que la pesada silueta del monje, flanqueada por dos agentes de las SS, entró en el

despacho. La barba tupida, el sayal en un sorprendente estado de pulcritud, el rosario que llevaba por cinturón con las cuentas brillantes... fray Benoît llenaba la sala con su presencia.

—Hace mucho que no tengo la ocasión de consultarle, padre. ¿Todo bien?

—No. Me faltan medicamentos.

—¡Pero todavía estamos con este problema de intendencia! El doctor Branier ya me lo indicó... olvidémoslo ahora. Hay temas más interesantes que tratar. ¡Helmut!

El ayudante de campo hizo salir a los dos agentes de las SS, cerró la puerta del despacho y se colocó en un rincón de la sala, con las manos cruzadas detrás de la espalda.

—El único tema que me interesa —insistió el monje— es la posibilidad de curar a los enfermos. Me niego a hablar de otra cosa.

—Usted no tiene que negarse a nada, padre. Absolutamente a nada.

El monje no bajó la mirada, y el comandante apreció aquella reacción de orgullo. Le gustaban los seres que se le intentaban resistir, incluso si ya habían perdido la partida. Hacer añicos a este monje entraba en sus planes. Aquel hombre tenía infinidad de recursos, entre ellos la innata astucia de los religiosos. Sin el menor remordimiento, el comandante había firmado la orden de ejecución de muchos de ellos. Charlatanes de discurso vacuo, sin interés. Los creyentes le aburrían. En cambio, aquel benedictino tenía unos poderes fuera de lo común: practicaba artes secretas que los técnicos del Reich transformarían en ciencias eficaces.

—¿Cómo va su colaboración con el doctor Branier?

El monje ni se inmutó, como si no hubiera entendido la pregunta.

—Yo creo que es un médico excelente... ¿y usted, padre?

—Tenemos que cumplir con nuestro deber, él y yo. Y sin medicamentos, fracasaremos.

El comandante se volvió a servir él mismo un vaso un vino.

—Tengo la impresión de que se le escapa un detalle, padre. Entiendo sus dificultades... pero su deber es respetar y acatar las reglas de esta fortaleza. Al Reich no le gustan los enfermos. De hecho, lo que me ha impulsado a hacer de ésta una enfermería modélica ha sido mi espíritu humanitario. En cuanto a los medicamentos... los conseguiré, a condición de que usted se muestre más cooperativo.

El monje frunció su poblado entrecejo. De buena gana habría ahogado al nazi en su propio vaso de vino y estampado contra la pared a la ladilla de su ayudante de campo.

—El doctor Branier es el más temible de los terroristas —prosiguió el comandante—. Masón, anticlerical, miembro de la Resistencia... ha matado y ha dado orden de matar a decenas de inocentes. Gracias a sus primeras declaraciones,

hemos podido dismantelar numerosas redes de saboteadores: sacerdotes y religiosos confundidos por la propaganda. Branier es un hombre valiente, pero decidido a salvar el pellejo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

El monje adoptaba una expresión severa, desaprobadora. El comandante hizo chasquear la lengua contra el paladar: el Saint Émilion era fresco y ligero, a pedir de boca.

—François Branier es venerable de una logia masónica, única en su especie. Guarda secretos que interesan al Reich. No creo que Branier confiese, pero usted podría animarlo a que le haga alguna confidencia... si es que no se las ha hecho ya.

El monje levantó la mirada hacia el techo.

—Dios es mi único confidente.

—Padre, si quiere medicamentos, dígame todo lo que Branier le revele sobre su secreto.

—¿Quiere usted que haga de chivato? —la voz del monje se había vuelto ronca.

—Las palabras poco importan. Espero sus informes.

—Branier y yo sólo hablamos de temas médicos. Esa clase de individuos no despierta en mí ninguna simpatía, y tampoco siento el menor deseo de conversar con él. Es peor que un pagano. No me interesan las confidencias de ese hombre.

—Padre, tendré que forzarlo si realmente desea curar a sus enfermos... ¿Retomamos el curso de radiestesia?

El comandante abrió un cajón del escritorio y de su interior sacó una varita de mago en madera de avellano. Se levantó y se colocó al lado del monje. Agarró el extremo de la varita con el pulgar y el índice y se la puso delante.

—¿Así está bien?

El monje rectificó la posición.

—Relájese. Coloque la varita a la altura del pecho. Y luego déjela vibrar.

El comandante siguió las indicaciones.

—¡Helmut!

El ayudante de campo se acercó al escritorio, sobre el que depositó cinco naipes cubiertos.

—Busco el as de picas —dijo el comandante.

Recorrió cada uno de los naipes con la punta de la varita. Ésta se tensó ligeramente sobre la segunda, empezando por la derecha. Le dio la vuelta, con la mano algo temblorosa.

Un as de picas.

—Vamos progresando, padre.

El monje sintió que lo invadía una oleada de pesimismo.

Guy Forgeaud no había visto pasar las horas del día. En el taller del sótano de la torre, le habían confiado la reparación de un motor de todo terreno y la torreta de una auto ametralladora en penoso estado. A los alemanes les faltaban técnicos. Forgeaud propuso emplear la soldadura, y el agente de las SS encargado del material no le puso objeción. Pero el masón también se las estaba ingeniando para sabotear a conciencia unas soldaduras que, pese a su buen aspecto, se rompieran al primer tiro. Forgeaud era un profesional en este tipo de trabajo, así que operó con extrema lentitud y mucho cuidado.

Sólo había un inconveniente: un minucioso cacheo a la entrada y a la salida del taller hacían que fuera difícil robar nada. Si a Forgeaud le permitían trabajar en el local con regularidad, ya encontraría la manera de lograrlo.

El taller estaba demasiado limpio. Pocas herramientas. Forgeaud creía estar soñando. Moverse en su entorno preferido, en el interior de una prisión... Su sorpresa fue mayor cuando lo dejaron solo. No se privó de explorar todos los rincones. Mientras buscaba unas varillas fileteadas en un estrecho pasillo de almacenaje, descubrió una pequeña puerta con una inscripción en tiza: *Waffenschmiedsladen*, Armería. Un simple candado impedía el paso. Forgeaud no se entretuvo demasiado por aquellos lares. Cuando regresó al taller, varillas fileteadas en mano, entró el jefe de las SS.

—¿Satisfecho con sus nuevas funciones, Forgeaud?

—Haré lo que pueda... su auto ametralladora está podrida. Aquí tengo, como mínimo, para un mes de trabajo. Hay que cambiar todas las varillas fileteadas y rehacer todas las soldaduras.

—Bien, bien —asintió el jefe—. Se le proporcionará lo necesario. Trabajaré aquí diez horas al día, sin interrupción.

El venerable, sentado en su mesa de trabajo con la cabeza entre las manos, no se decidía a escribir. Habían ido a buscarlo a la enfermería antes de que el monje regresara. Más valía no despertar ninguna sospecha. Pero una sorda angustia impedía que François Branier se concentrara y hallara palabras que no traicionaran y que dieran, a la vez, la sensación al comandante de estar haciéndose por fin con la Regla secreta de la masonería.

El aprendizaje. La entrada del iniciado en la comunidad. El primer paso. La pluma del venerable empezaba a correr sobre el papel. Casi se alegraba de poder meditar, detener la frenética carrera del tiempo y volver a los orígenes de su aventura espiritual.

Había sido un aprendiz rebelde, contestatario. Desobedecía las órdenes que le parecían arbitrarias. Exigía mucho de quienes se decían «maestros» y no respondían a sus preguntas. François Branier había desesperado de la iniciación, llegando incluso a

pensar en abandonar la logia donde el viejo profesor, su padrino, le había recomendado que entrara. Pero durante una entrevista con el segundo vigilante, encargado de los aprendices, se produjo la conversión. Éste le había reprochado ser demasiado él mismo. Demasiado él mismo... Pero ¿qué quedaba de la comunidad que había soñado? Un profano decepcionado vestido de iniciado, que acusaba a sus hermanos de no ofrecerle lo que él exigía. Un monstruo de egoísmo y vanidad que olvidaba criticarse a sí mismo. François Branier había entendido que se estaba convirtiendo en su principal adversario, su mayor obstáculo en el camino de la iniciación. Entonces se consagró a lo esencial: los símbolos y los ritos que le habían sido transmitidos. Había tenido una revelación. El aprendizaje había comenzado.

El primer secreto era el dominio de los elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego. Símbolos para designar las fuerzas vitales del universo que el iniciado aprendía a conocer. Cuántas noches, cuántas horas para despertar a estas complejas nociones, para vivirlas, para descifrarlas. Jean Serval, el escritor, era el último superviviente de una generación de aprendices con rigurosa formación; mientras que los maestros de las demás logias se sentían a disgusto en su presencia, por lo mucho que los superaba en cuanto a la profundidad de sus ideas y el conocimiento de la Regla.

El venerable escribió largas páginas sobre los rituales que iniciaban al aprendiz en el conocimiento de los elementos. Las releyó, titubeó, estuvo a punto de hacerlas añicos y finalmente le parecieron lo bastante ambiguas. Extraña vuelta atrás... El período de aprendizaje había sido tan penoso como excitante: el descubrimiento de un nuevo mundo, el de la logia; pero también la sensación de perderse por caminos sin fin, en paisajes ignotos. El aprendizaje, el tiempo del silencio, del desprendimiento de su propia imagen.

El rostro de la joven alemana acudió a la mente del venerable. ¿Por qué asumía riesgos tan grandes, si no era hostil a los nazis? Encarnaba la estrecha puerta de la liberación. Tenía que hablar con ella. Pero su relación con el monje era enigmática.

Se abrió la puerta del despacho. El jefe de las SS avanzó a zancadas hacia la mesa de trabajo y se apoderó de las páginas escritas por el venerable.

—El comandante le espera.

El venerable permaneció cerca de media hora en pie ante el escritorio del comandante. Éste último, sin alzar la cabeza ni un solo segundo, leía atentamente el documento que Klaus le había entregado.

—Es usted un hombre preciso —concluyó al fin—. Preciso pero oscuro. Estas páginas son las de un filósofo; no las de un hombre de acción.

El comandante se levantó y se paseó entre su escritorio y una ventana que daba al gran patio. Plantado en un rincón del despacho, el ayudante de campo observaba,

imperturbable y silencioso.

—Su disertación me ha parecido interesante, venerable. Pero creo que no nos hemos entendido. Le exijo que me revele el secreto de lo que usted denomina «Regla». De su manera de actuar sobre el mundo. Nada de discursos esotéricos.

—Es usted quien me ha malinterpretado.

El comandante se colocó ante la ventana, de espaldas a su interlocutor.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque nuestra manera de actuar sobre el mundo empieza por los discursos esotéricos. Ése es el primero de los secretos. Formar primero al iniciado para sus futuras tareas, lejos de la apariencia. Como si se preparara a un atleta para que batiera un récord sin el menor entrenamiento físico. Todo se basa en la actitud interior.

El venerable quería parecer convincente. El comandante se volvió con brusquedad, agarró el fajo de papeles y los agitó en las mismísimas narices de François Branier.

—¿Me está usted diciendo que este galimatías contiene el secreto de su logia?

El venerable sostuvo la mirada furibunda del comandante.

—Ésa es la verdad. Soy incapaz de formular la Regla de otro modo.

El alemán volvió a sentarse.

—Por qué no, después de todo... quiero creerle. Pero debo ser prudente. Por eso he enviado a su hermano Guy Forgeaud al taller de mecánica. Un maestro masón tiene poderes. Él nos lo demostrará mal que le pese.

El venerable palideció. ¿Qué más había ideado aquel demonio? Al aislar a Forgeaud, reducía la comunidad, le restaba poder. Sin duda, había decidido quebrantar a los masones uno a uno, distribuirlos por el campo semana a semana...

Guy Forgeaud lograría resistir. Conservaría la calma. Aprovecharía las circunstancias.

—Su hermano Forgeaud es un mecánico excelente —prosiguió el comandante—. Le hemos propuesto que repare una auto ametralladora para comprobar su buena voluntad. Espero que no cometa la imprudencia de sabotearla.

Guy Forgeaud no tenía manera de saber la hora más que por su fatiga muscular. Seguramente llevaba trabajando medio día sin parar. Delante tenía la torreta de la auto ametralladora que había desmontado. Sabría disimular su sabotaje, incluso a ojos de un experto. Unas malas soldaduras enseguida se habrían notado. Era impensable que no hubiera un mecánico competente en la guarnición de las SS.

¿Qué querían de él? ¿Querían hacerle caer en la trampa identificándolo como saboteador? No es que Forgeaud dejara volar la imaginación. Tal vez la realidad se le antojaba así de simple... la necesidad de un mecánico de oficio de reparar material defectuoso. Su verdadera preocupación era la logia. Tenía que conseguir el material

necesario para celebrar una «tenida» y entrar en la eternidad del símbolo, en el interior de una fortaleza nazi. Hizo inventario del material que habían puesto a su disposición. Una auténtica mina. Pero les faltaba la tiza... detalle tonto. ¿Es que no había ni una barra de tiza en aquel taller? Buscó por todas partes. Nada. La conseguiría. La necesitaba. La logia la necesitaba.

Dondequiera que se encontrara, Guy Forgeaud sentía el impulso de identificar las aberturas que dieran al exterior. Ver lo que pasaba fuera, eso ya era libertad. Arañó las paredes en busca de un respiradero camuflado, de una ventana tapiada. Le tocó el premio gordo. Muy cerca del techo, encima de un andamio oxidado, había una rejilla obstruida por mugrientos trapos; sin duda, para combatir el frío. Antes de tocarlos, Forgeaud los contempló detenidamente y memorizó su disposición exacta. Cuando los quitó, un viento gélido le pegó en la cara. Se estaba haciendo de noche. No se observaba nadie en el patio.

Un agente de las SS controlaba el trabajo de Forgeaud a todas horas. Éste último se acostumbró enseguida, hasta tal punto que el instinto lo avisaba de la llegada del nazi. Sólo le quedaba esperar que los alemanes no cambiaran sus hábitos. Si alguna vez lo sorprendieran en la cima del andamio, mirando al patio...

El monje y el venerable estaban codo con codo en el cuartucho.

—Me he ocupado de los enfermos yo solo. Esta vez el comandante lo ha retenido mucho tiempo.

Había un tono de sospecha en la voz del monje. Como si el venerable le ocultara algo.

—¿Y cree que eso me divierte?

El monje, irritado, manipuló las cuentas de su rosario.

—¿Qué quería?

—Siempre lo mismo. El secreto de la logia. No le han gustado las últimas páginas que he escrito.

—Va a hacer que se lo coman crudo —manifestó el monje, desabrido—. Hace mal en jugar al gato y al ratón con ese tipo. Él pone las reglas, no usted. ¿Sabe siquiera si sus hermanos siguen con vida?

—En el caso de Forgeaud, sí. Por lo que respecta a los demás, no. Pero usted... usted debe de saberlo.

El monje enrojeció. Se volvió hacia el venerable, que lo estaba mirando.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Todavía me trata de traidor?

—¿Por qué piensa así, padre? Quiero decir que usted podría averiguarlo fácilmente.

—¿Cómo?

—Preguntádoselo a la chica rubia.

—¿Usted cree que tengo ocasión de hablar con ella?

—De hablar... tal vez no. Pero bastaría con hacerle preguntas usando el escondite de las duchas. Ella circula libremente por el campo. No me extrañaría que hubiera tramado con ella otros trapicheos. En cuanto a los medicamentos...

—¡Déjeme en paz con los dichosos medicamentos! —gritó el monje.

El venerable, sorprendido, lo miró de reojo.

—¿Ya no los necesita?

—Habrá que pagar un precio demasiado elevado.

—¿De cuánto hablamos?

—Eso no es asunto suyo.

El monje se enfurruñó, mientras se preguntaba por qué había decidido no traicionar a aquel masón que despreciaba a Dios y se burlaba de los creyentes. El más miserable de sus enfermos valía diez veces más que él, y necesitaba tanto aquellos medicamentos... Pero no se convertiría por ello en el peor de los cabrones. Ganarse la confianza del venerable para filtrar información al comandante del campo. Ganarse la confianza del venerable... ¿acaso era posible? Aquel hombre achaparrado, fortachón, de frente ancha y despejada, hombros enormes y paso tranquilo como si no fuera presa de ninguna pasión, de ninguna emoción. No había perdido un ápice de su equilibrio. Por un instante, fray Benoît pensó que François Branier habría podido ser un buen monje. Luego desechó aquella absurda idea.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó el venerable.

—No tengo ni idea. Nunca he oído el sonido de su voz. Vino aquí una vez, como una sombra.

El monje desvelaba uno de sus «pequeños secretos». El venerable apreció el detalle. Él también se inquietó. ¿Cuántos más datos de esta importancia guardaba el benedictino para sí? ¿Acaso no depositaba la menor confianza en su «aliado» masón, como sería lógico? ¿No estaría urdiendo un plan tortuoso, señalando falsas pistas que lo llevaran hasta un avispero? El monje, como cualquier otro preso de la fortaleza, pensaba primero en salvar el pellejo. Y en hacer que triunfara su dios. Si revelara al comandante el secreto del venerable, tendría más probabilidades de salir indemne. Era, en cierto modo, un *collabo* de derecho divino.

El venerable se reprochó la bajeza de sus sospechas. Él solía fiarse. Los maleficios de la fortaleza empezaban a surtir efecto. Le estaba prohibido ser crédulo. No era su propio destino lo que estaba en juego, sino el de la logia. En aquel infierno, todos intentarían salvar el pellejo, incluido el monje. Yendo más lejos todavía, ¿acaso no le interesaba ver morir la última logia iniciática?

Contribuir a su destrucción sería para él un título de gloria. El monje era el peor adversario de la logia, más temible aún que el comandante de las SS.

—Vino hace más de un mes —prosiguió el monje—. Los agentes de las SS estaban almorzando, y la vigilancia se había relajado. Ella llevaba puesto el uniforme.

Al entrar, se puso un dedo delante de la boca en señal de silencio. Dejó en el suelo una cajita llena de medicamentos y se fue. Un soplo de aire fresco. Una aparición. Hoy se me ha agotado la reserva. Y ella no ha vuelto, puede que a causa de su presencia.

—¿Quiere que me sacrifique? —interrogó el venerable.

—Usted tiene la respuesta. Faltaría que el sacrificio sirviera de algo.

—¿Alguna idea?

—Sobre todo, no quisiera influir en su decisión.

—Gracias por su humanidad, padre. No esperaba menos. ¿Le queda un poco de sopa fría?

El venerable tenía hambre. En su interior renacía una formidable energía, porque la situación al fin le parecía clara. Había identificado a su principal enemigo, el más vicioso. El monje era el señor del infierno.

Capítulo 14

El venerable esperaba. Klaus, el jefe de las SS, había venido a buscarlo temprano, para llevarlo al despacho de la torre en el que debía anotar los secretos de la logia «Conocimiento». Pero sobre la mesa de trabajo no había papel. La pluma de oro también había desaparecido. No quedaba el menor rastro de escritura.

¿Broma sádica? ¿Descuido? ¿Una nueva prueba concebida por un cerebro enfermo? El venerable dejó de interrogarse en vano. La única solución era seguir esperando. Soportar el aislamiento, aceptar la presencia del mal, convencerse de que se reuniría con sus hermanos para celebrar una «tenida» en honor del Gran Arquitecto del Universo.

El venerable se sentó en la única silla del cuarto desnudo, frente a la mesa de trabajo. El vacío. François Branier tenía la paciencia pegada al cuerpo. El tiempo no lo asustaba. Dejaba que pasara por él, sin resistirse. La vida iniciática le había enseñado que, en verdad, el tiempo no existía. Estaban el día y la noche, las estaciones, el envejecimiento, los ciclos... pero siempre era la primera mañana del mundo, el primer instante en que los destinos de los seres se fundían en uno, en que la vida no se degradaba. François Branier, como todo iniciado, albergaba en su interior una juventud que se regeneraba. Sus muertos vivían en él; su mujer, el anciano profesor de francés, Pierre Laniel... ellos lo animaban a resistir, a domesticar las tinieblas.

Antes de celebrar los misterios, los hermanos de «Conocimiento» habían mencionado en varias ocasiones la posibilidad de una detención y hasta de la destrucción de su obra por la barbarie. El venerable no había dado respuesta a las inquietudes expresadas. No reconfortaba. No ocultaba la realidad. Con honda satisfacción, había constatado que sus hermanos estaban listos. Les asustaba la prueba, pero no se dejaron llevar por el pánico. El Mal estaba en el orden de las cosas. El suelo de la logia se denominaba «pavimento de mosaico», por estar compuesto de cuadros negros y blancos. Camuflada en el blanco, una parcela de negro; escondida en el negro, un destello de blanco. La fortaleza nazi pretendía ser el Mal absoluto. Sin embargo, había una parcela de luz en aquella oscuridad. Le correspondía al venerable distinguirla y hacer uso de ella. Después de todo, ése era su cometido.

Lo más insoportable era la ausencia de «sesiones». Vivir en comunión con sus hermanos, celebrar los ritos, trabajar en honor del Gran Arquitecto, formar la cadena de unión, avanzar paso a paso por el camino del conocimiento con la Regla como guía... aquellos momentos lo embriagaban. Para ellos no había otro paraíso. El venerable entendía a los antiguos que acompañaban el año con los ritos y dedicaban días, e incluso semanas enteras, a recrear lo sagrado, a vivir en armonía con las leyes

del Universo. Esta realidad, que pocos hombres conocían, el venerable la había vivido en lo más secreto de la logia. Los iniciados no trabajaban para sí mismos. Como los monjes de la Edad Media, laboraban en el silencio de una comunidad que resplandecía sin ostentación, manteniendo el equilibrio del mundo. Como los monjes... Este pensamiento disgustó a François Branier.

La llave dio vueltas en la cerradura. Klaus, el jefe de las SS, abrió la puerta.

El venerable contuvo una exclamación hostil. Junto al jefe, estaba la joven rubia, con un uniforme de las SS. Así que ella lo había traicionado. Lo vendía a los nazis con la mirada; le seguía el juego al monje. Sacrificaban al masón. Herido en lo más hondo de su ser, el venerable adoptó una expresión impasible.

—¿Algún problema, señor Branier?

El venerable se apartó, para ir a apoyarse a la mesa de trabajo.

—Necesito hacer un poco de ejercicio. Si hay que recoger hierbas, me ofrezco voluntario.

Esperaba una reacción inmediata por parte de la joven. Pero ella seguía callada detrás del jefe.

—Los paseos sanitarios no me competen a mí, señor Branier. ¿Algún otro deseo?

El venerable negó con la cabeza. Klaus se divertía, como un gato que se prepara para dar el zarpazo. Con un testimonio directo como prueba, acusaría al venerable de tentativa de evasión o de cualquier otra cosa.

—Vamos.

La orden sonó como un restallido. La joven se dirigió hacia François Branier. Él no la miró, para facilitarle la labor. Denunciar a alguien violenta al menos durante un instante al peor de los traidores. Además, sólo quería guardar de ella un recuerdo claro, una sonrisa en un bosque inundado de luz.

Ella alargó el brazo hacia la mesa de trabajo y se alejó, nerviosa, hasta volver a ocupar su lugar detrás del jefe de las SS.

—Que trabaje bien, señor Branier —dijo Klaus al salir, acompañado de su secuaz.

Sobre el escritorio, la joven le había dejado hojas de papel y un bote de tinta negra.

—Hay que averiguar dónde tienen encerrado al venerable —exigió el aprendiz Jean Serval.

—Pues no veo cómo —confesó Dieter Eckart.

—Yo montaré guardia todo el tiempo que me sea posible. Acabará por verlo en el patio —manifestó Guy Forgeaud.

Dos soldados de las SS habían devuelto a Forgeaud a su barracón entrada la noche. Durante una hora larga, y antes de caer en un profundo sueño, el mecánico había descrito su primera jornada de trabajos forzados. Los hermanos estaban de

acuerdo: la puerta de acceso a la armería escondía una trampa. Pero Forgeaud no perdía la esperanza de comprobarlo sin dejarse atrapar. Estaba satisfecho con las primeras soldaduras que había hecho en la auto ametralladora. El sabotaje era invisible. Faltaba comprobar su eficacia.

—Si Guy logra traernos armas —dijo el compañero Raoul Brissac—, pasamos a la ofensiva.

—Lo cachean a la salida del taller —objetó Dieter Eckart—. Sería una locura asumir semejante riesgo. Ya hemos perdido a uno de nuestros hermanos.

—¡Pues iremos todos al matadero si actuamos como mansos corderitos! —se dejó llevar Brissac.

—Yo no creo que un compañero deba emplear ese tono ante un maestro —espetó Eckart, con mucha frialdad.

Un doloroso silencio se instaló en el barracón rojo. El aprendiz Jean Serval y el compañero Spinot desviaron la mirada de su hermano Brissac. Éste último se dio la vuelta.

—No he querido ser agresivo —explicó, crispado—. Estoy seguro de que nuestra supervivencia pasa por la acción. Y empieza por hacer pagar a esos cabrones la muerte de Pierre.

—Tú no eres quien para tomar ninguna decisión, hermano mío.

Esta intervención puso fin a la discusión. Pero Dieter Eckart no era tonto. La ausencia del venerable pronto se convertiría en un obstáculo insuperable. No tardarían en desmembrarse.

«Cuánto los necesito», se decía a sí mismo el venerable, incapaz de escribir. Sólo los rostros de los hermanos de su logia le permitían salir del pozo sin fondo hacia el que se veía arrastrado. «Cuánto los necesito, porque ellos existen de verdad, porque han nacido en la conciencia, en la vida real».

Como cada noche, el venerable recordó el rostro de cada uno de sus hermanos, uno tras otro. Estudiaba sus posibilidades ocultas, sus trabas, los progresos que habían hecho en el camino, las causas de sus éxitos y también de sus fracasos. Los éxitos, los debían sólo a sí mismos y a sus esfuerzos. De los fracasos, él se hacía responsable. No había sabido entenderlos en el momento adecuado, indicarles la dirección, la manera en que deberían haber actuado. Muchas veces, pasaba largos minutos meditando sobre la logia, olvidando el sueño, olvidándose de sí mismo.

Se pasó la mano derecha por la cabeza. Sí que era pesada la carga de venerable que los maestros de la logia se transmitían de generación en generación. Ningún rey, ningún emperador, ningún presidente de ninguna República podía imaginar lo que descansaba sobre los hombros del venerable de una logia iniciática. Según la Regla, éste último no compartía su carga con nadie. Al término de la vida comunitaria en la

que cada hermano encontraba el apoyo que necesitaba, independientemente de las circunstancias, estaba esta inmensa soledad, este desierto en llamas donde faltaba el alimento, ese país ignoto donde todos los caminos eran vírgenes. Maravillosos, los tiempos en que aún no era venerable, en que pedía consejo a los maestros, a los vigilantes, al maestro de la logia. Ahora ya no había intermediarios entre él y el Gran Arquitecto del Universo. «El venerable es el mediador entre el cielo y la tierra», afirmaba la Regla. ¿Qué quedaba del individuo François Branier, de sus gustos, de sus fantasmas, de sus ambiciones? Todavía existían, sin duda; pero lejos de él, en una esfera exterior a la de su persona. La función de venerable se le había impuesto. No se sentía ni triste ni orgulloso por ello.

Formaba parte de los riesgos y las necesidades del oficio. Un venerable dejaba de ser él mismo, pasaba a estar al servicio de la comunidad. Y servir significaba darlo todo. François Branier no era ni un místico ni un romántico. No le quedaba opción, y en aquella ausencia de opción residía la libertad. Él ya no se preocupaba de sí mismo. Se había unido a un destino, sin fatalismos. El futuro de la logia dependía, en gran parte, de la vía recorrida por el barco que él tripulaba.

A veces, le habría gustado abandonar el timón, confiárselo a un hermano más experimentado, más competente. Maldecía sus carencias, su vanidad, su mediocridad ante la gran misión que correspondía. Pero la Obra continuaba, su logia evolucionaba, sin darle tiempo a recrearse en sus miserias. Aquí, en esta fortaleza donde el tiempo humano había desaparecido, resurgían como sombras distorsionadas. ¿Qué valor tenía un venerable privado de su comunidad? Ninguno, sin duda. ¿Cómo percibir el camino de la luz? Si se degradaba él, degradaba la logia. Pero tampoco tenía derecho a engañarse, a considerarse un superhombre, a inventar motivos de esperanza. Sólo el ritual hacía de él un venerable.

Ahora más que nunca, la logia le pedía que hiciera de venerable; ahora que le era imposible.

El monje había terminado la ronda matutina de «visitas». Había aseado a los enfermos encamados, limpiado las camas, suministrado curas. Auténticas curas. Porque la joven rubia de uniforme nazi había vuelto, al rayar el alba, para entregarle más medicamentos. El monje sólo había percibido una silueta. Luego había manipulado con delicadeza el pequeño paquete que esperaba en el suelo de la enfermería. Ya tenía con qué aguantar unos días más, con qué conseguir algunas victorias sobre el sufrimiento.

¿Cuánto hacía que el monje no salía a recoger plantas? No lo sabía. Se había olvidado de contar. Mala señal. Alguna negligencia más como aquélla y se hundiría en la resignación, la peor de las dimisiones.

Fray Benoît tenía el hábito de cumplir sus obligaciones. En el último monasterio

en el que había vivido, el de Saint Wandrille (Normandía), se hablaba de él como futuro abad, función que ya ejercía de manera oficiosa debido a la avanzada edad del titular. Pero aquel recuerdo ya no le atañía. Se limitaba a revivir sus paseos por el inmenso parque, las horas de meditación en el bosque, la presencia divina, los goces del trabajo manual, el placer de la lectura. Lo que más echaba en falta era el refectorio. Una sala romana del siglo **XI** con proporciones tan perfectas que santificaba a todo aquél que entraba. Las mesas estaban dispuestas en forma de T. Al fondo, el abad. Los cubiertos siempre estaban puestos, como si unos seres invisibles celebraran un banquete mientras los monjes de carne y hueso atendían sus trabajos cotidianos. En cuanto Benoît ponía el pie en el refectorio, se sentía transportado a otro mundo, lejos de bajezas y mezquindades. Entre aquellas paredes eternas había mucho más que bienaventuranza: armonía. Cuando cada monje ocupaba su lugar experimentaba una beatitud que borraba fatiga, preocupaciones, dudas. El hecho de comer juntos, beber juntos, pensar juntos, reportaba a la comunidad una luz que perduraba largo tiempo en el interior y en la soledad de las celdas.

El monje estaba convencido de que sólo los benedictinos conocían este secreto, hasta el instante en que conoció al venerable. Benoît, que no creía que una logia masónica tuviera nada en común con una comunidad monacal, se quedó sorprendido ante la exigencia espiritual que impulsaba a aquel hombre, ante su respeto a una Regla que parecía considerar su bien más preciado.

Un ataque de tos sacudió el enorme pecho del monje. La falta de aire, sin duda.

Capítulo 15

—Venerable, no estoy nada satisfecho con su trabajo.

Con las narinas apretadas, los labios pálidos y los ojos inquisidores, el comandante del campo miraba a François Branier como un profesor furioso por el mal ejercicio de un alumno. Entre sus manos, tenía las páginas que el venerable había redactado a lo largo del día con letra fina, apretada y regular.

—Lo que usted acaba de leer es totalmente exacto. Le doy mi palabra.

—Ya lo creo, venerable. En revelar detalles sin importancia no hay quien lo supere.

—¿Sin importancia, el plano de la logia de aprendiz? ¿La significación simbólica del malleto y del cincel, del pavimento de mosaico? Le he señalado elementos esenciales en nuestra vida iniciática.

El comandante tendió los papeles a su ayudante de campo, que los archivó cuidadosamente.

—Sólo habla de iniciación, de simbolismo, de búsqueda... inservible. No es lo que yo le pido.

—Pues no sé hacer otra cosa.

En pie ante el escritorio del comandante, François Branier hacía gala de una calma absoluta. El de las SS mentía. Por fuerza estaba interesado en el esoterismo y la búsqueda iniciática. Sabía que aquello formaba parte de la Regla. Además, le habían asignado la misión de investigar aquellas cuestiones. Se enojaba porque hacía frente a un obstáculo imprevisto: el tiempo. Su mejor baza se volvía contra él. Ahora, parecía tener prisa por llegar a la esencia, al secreto de la logia, a sus aplicaciones prácticas.

¿Por qué tanta urgencia? ¿Por qué el tiempo se convertía en el adversario de quien creía controlarlo? ¿Acaso a los alemanes les había entrado miedo de perder la guerra? ¿O es que los libertadores se acercaban a la fortaleza? Una nueva esperanza. Si la hipótesis era acertada, el venerable podía considerar que había ganado la partida; o que la había perdido demasiado rápido, si no... En el supuesto de que el comandante se sintiera acorralado, habría recurrido a métodos más bárbaros para lograr sus objetivos.

—¡La Regla! ¡Es lo único que sabe decir! Una máscara para ocultar su verdadero secreto. Estoy harto de sus símbolos, venerable. Son cortinas de humo.

—Sabe perfectamente que no es así.

La voz de François Branier, autoritaria, había resonado como durante una «tenida», para rectificar o desviar una intervención errónea. El comandante se llevó un breve sobresalto.

El venerable lo había provocado expresamente, para intentar corroborar la

pertinencia de su hipótesis. Los ojos del alemán brillaron, pero su reacción se quedó en eso. Cogió un cigarrillo de un estuche nacarado. El ayudante de campo se lo encendió.

—Hablaremos de símbolos y esoterismo más tarde, mucho más tarde, cuando haya obtenido resultados. Ése será el postre, venerable. El plato fuerte es la organización secreta de su logia y la red que ha tejido por toda Europa. Pero no cambiemos de tema... ¿Y si reconstruyéramos sus viajes?

El venerable creyó discernir un resplandor de diversión en la mirada normalmente apagada de Helmut, el ayudante de campo.

—Efectivamente, me he movido mucho para atender asuntos profesionales. Con el estallido de la guerra, se creó una internacional de médicos combatientes y...

—Deje eso a un lado —interrumpió el comandante—. No me lo creo. Usted ha utilizado esta coartada para acometer una misión secreta. Eso es lo que vamos a reconstruir juntos, empezando por Berlín, el día siguiente a la declaración de guerra. Viajaba con el nombre de Hans Brunner, cardiólogo. ¿El de la foto es usted, verdad?

El ayudante de campo presentó al venerable una fotografía ampliada. En el interior de un restaurante lleno de humo, se observaban a numerosos oficiales nazis y a algunos civiles. En una mesa, François Branier y dos ancianos de cabello cano.

—¿Para qué negar lo evidente?

—Excelente respuesta, venerable. ¿Quiénes son esos dos hombres, por qué ocultaba usted su verdadera identidad, y qué hacía en Berlín por aquellas fechas?

—Dos colegas a los que quería ayudar a abandonar el país.

—¿Por qué no? —rió sarcásticamente el comandante—. Pero esos colegas, en efecto médicos, también eran miembros de dos logias berlinesas que habían sido desmanteladas dos meses antes. ¡Esos dos masones, ex venerables, habían logrado escapar a la persecución e, incluso, se habían atrevido a permanecer en los límites del partido! Los detuvimos unas semanas después de su visita, y murieron sin revelar más que tonterías. ¿De qué habló con ellos, señor Branier?

El venerable estaba al corriente de la muerte de sus dos hermanos. Formaban parte de quienes conocían el «Número», la Regla secreta de la masonería. Aquel mismo día, en el momento en que el nazismo se disponía a invadir Europa, le habían indicado el itinerario que debía recorrer para reconstituir los elementos dispersos destinados a preservar la existencia de, al menos, una logia capaz de transmitir la integridad de la iniciación. Branier había asumido todos los riesgos para reunirse con los hermanos alemanes que se negaban a abandonar el país y a quienes podían seguir siendo útiles.

—Hablamos de las logias francesas y alemanas pertenecientes al Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Los masones por fin tomaban conciencia de la gravedad de la situación. Pensábamos...

—¿Me está tomando el pelo? —gritó el comandante, al tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa. Esos dos hombres eran revolucionarios. Lucharon contra el Reich, negaron la verdad predicada por el *Führer*. ¡Ellos le confiaron la misión de combatir el pensamiento nazi, de utilizar la masonería como una red de sabotaje y subversión! Ésa es la realidad. Usted es el jefe secreto del movimiento de resistencia más poderoso del nuevo orden. Utiliza armas y hombres que nosotros debemos destruir. Su logia es el último foco de oscurantismo.

El comandante aplastó el cigarrillo en el reborde del cenicero. Al venerable le pareció nervioso, inquieto. Recurría a una retórica pomposa, como para sosegar y animarse.

—¿Cómo iba a ser tan poderosa una pequeña logia como «Conocimiento»? —preguntó el venerable—. Sus últimos hermanos son vuestros prisioneros. El poco poder que tenemos está en sus manos.

—Análisis superficial. Los hermanos que usted ha iniciado siguen en libertad en diferentes países. Ha dejado en pie nudos de resistencia. Y yo quiero hacer una buena limpieza. En estos momentos, no hay ni una sola una logia en Alemania, y nunca más volverá a haberla. Así debería ser en todas partes.

El comandante se calmó. Prosiguió con su reconstrucción de los hechos.

—Después de Berlín, viajó a Roma y a Bolonia. Allí, se presentaba como el doctor Renato Sciuzzi, miembro influyente del movimiento fascista. Durante una ceremonia de condecoración celebrada en Roma, contactó con un ingeniero y, en la Pascua de Bolonia, con un ebanista. Siempre el mismo método: ocultarse entre la multitud, en manifestaciones oficiales, atreverse a aparecer en público con agentes subversivos... Soberbia táctica, señor Branier. Con un solo fallo: la fotografía. Ha dejado pistas. Tan visibles, en la prensa, que nadie había reparado en ellas. Excepto yo, hace menos de un año. Realizadas las comprobaciones, he visto demasiadas veces su cara junto a la de esos agentes subversivos. ¿Qué hacía usted en Italia, señor Branier?

El venerable recordó momentos dramáticos que había pasado en una Italia soleada, cálida, radiante. Roma, la apasionada; Bolonia, la secreta... un país a la deriva, presa de una oleada de violencia. Una etapa más que decepcionante en el periplo de François Branier. Los masones temblaban, pero no creían en lo peor. Consideraban que el reino del *Duce* permitiría la supervivencia de la masonería y no habían adoptado ninguna precaución especial para proteger los archivos; simplemente los habían trasladado fuera de la capital, precisamente a Bolonia, donde François Branier había consultado los documentos concernientes a la Regla. Al poco tiempo de hacerlo, unos masones declarados «peligrosos» habían sido ejecutados sumariamente y aquellos documentos, destruidos.

—Me reuní con hermanos a los que había conocido en París. Intenté hacerles ver

la tragedia que acabaría con ellos. En vano. Fueron conversaciones sin importancia.

—En Roma, se entiende... Pero ¿por qué Bolonia, si no para contactar con una célula clandestina?

El ayudante de campo anotaba con mecánica regularidad las palabras pronunciadas por los dos interlocutores. El comandante las releería de noche con objeto de hallar un desliz en la argumentación del venerable, una indicación que a él le hubiera pasado inadvertida.

—No existen células de masones iniciados. Únicamente logias. Nosotros no funcionamos como los comunistas. En Bolonia, ni siquiera había logias; solamente el más grande historiador italiano de nuestra hermandad.

El comandante del campo sacó una fotografía de la carpeta que tenía sobre la mesa.

—¿Este hombre?

Un rostro atractivo de sexagenario, con el cabello plateado, gafotas de carey y un fino bigote blanco.

—Exacto —respondió el venerable.

—Murió dos días después de su visita y unas horas antes de llevar a cabo nuestro registro. Curiosa coincidencia. En su casa, encontramos mandiles rituales, medallas, emblemas... pero ni un solo documento sobre su organización subversiva. ¿No lo habrá eliminado usted mismo porque él no quería seguirlo y corría el riesgo de traicionarlo?

El venerable conservó la calma. Aunque estuviera de pie, no sentía el cansancio.

—Usted conoce perfectamente nuestros ritos. El masón que rompe su juramento, está muerto. Se condena a sí mismo. No es necesario ejecutarlo.

—¿Quiere usted decir que se suicidó?

—Yo no quiero decir nada. Está muerto.

—¿Insinúa que su visita a Bolonia fue en vano?

—En absoluto. Allí descubrí un antiquísimo rito de iniciación en el grado de compañero basado en los poliedros, los cuerpos platónicos y el pitagorismo. Gracias a él, la logia «Conocimiento» tiene previsto restituir este grado en su pureza original.

El comandante, harto ya, encendió otro cigarrillo.

—¿Y no estableció usted contacto alguno con los comandos antifascistas?

—Durante una estancia tan breve, habría resultado difícil... y yo nunca he pertenecido a la masonería política. Mis peores enemigos se lo confirmarán.

El alemán pasó una página más de su informe.

—En los años cuarenta, se le pierde la pista a menudo. No me consta que haya viajado al extranjero. ¿No salió de Francia?

—Recorrí casi quinientas ciudades. Cada noche dormía en una cama diferente.

El comandante se relajó. Le dio una larga calada al cigarrillo.

—¡Ya está!... Ponía a punto su red terrorista a partir de logias masónicas de las que usted había pasado a ser el jefe secreto.

El venerable no pudo evitar sonreír, por lo diferentes que eran sus recuerdos.

—No precisamente... Deseaba contactar con hermanos deseosos de salvaguardar la iniciación pese a las dificultades. Esperaba encontrar al menos un centenar en toda Francia. Y en todas partes fui rechazado como un apestado. Los supuestos hermanos se escondían. Temían las denuncias. Me tomaban por un provocador. Y, sobre todo, ni el término de «iniciación» ni su vocación masónica tenían ningún sentido para ellos. La guerra había hecho añicos su humanismo de pacotilla. Entonces entendí que la masonería estaba muerta, que sólo unas pocas logias merecían ser salvadas; porque de ellas renacería la vida iniciática.

Al venerable le había faltado decir «una sola logia». Eso habría sido confesar que «Conocimiento» había sido elegida depositada del secreto. Ahora bien, nada urgía más que sembrar la confusión en el espíritu del comandante. La verdad era tan simple, tan desconcertante... Al de las SS le costaría creerla.

—¿Completó usted este periplo sin resultados? ¿Y sostiene que su objetivo era de orden estrictamente iniciático?

—No sabría resumirlo mejor.

—Hace mal en subestimarme, venerable. Usted era un agente de enlace perfecto para la Resistencia. Su paso por las ciudades de Francia coinciden con atentados, sabotajes, asesinatos de oficiales alemanes... ¿Cuestión de azar, tal vez?

—Seguramente. Soy incapaz de manipular un explosivo sin hacerme saltar a mí mismo por los aires.

El comandante rió con sarcasmo.

—Normal... usted incita, dirige, no escucha. Los de la Resistencia me divierten. Nos hemos infiltrado en sus organizaciones. ¡Y luego los franceses son tan amigos de la delación! En la lista no figura su red de logias. La necesito.

—Yo sólo puedo ofrecerle mi logia.

—¿Nada más que revelar sobre la actividad subversiva de la masonería?

—No tiene que preocuparse a ese respecto.

El comandante guardó silencio durante un minuto largo, indiferente. Pasó una página más de su informe.

—De enero a marzo de 1942, estuvo en Inglaterra... y no precisamente solo. Lo acompañaba Dieter Eckart. Siempre por motivos... ¿espirituales?

Con la punta del cortapapeles, que había agarrado como un puñal, el comandante trazó unas figuras sobre un papel secante que había en el extremo del escritorio.

—Por supuesto. Teníamos que contactar con la gran logia de Inglaterra para rendirle cuentas de la situación. En Francia, me había decepcionado la cobardía de los masones. Y en Inglaterra, cogí una buena rabieta ante su insondable estupidez.

Mucho decorado, muchas medallas, muchos notables anclados en sus reglamentos del siglo XIX, apartados de sus orígenes. Momias. Logias de momias. Dieter Eckart estaba atónito. Mantuvimos más de diez entrevistas con quienes pretendían dirigir la masonería y lo habían dejado correr.

El comandante estaba confuso. Se preguntaba si el venerable no estaría diciendo la verdad, por muy disparatada que le resultara. En vez del jefe secreto de una red de hombres dotados de temibles poderes, ¿no sería más bien una especie de dinosaurio, uno de los últimos iniciados? Suprema estrategia. Hacerse pasar por menos que nada; reducirse a la posición de un espiritualista leal y bondadoso, apolítico, consciente de los problemas que acucian su época. ¡La actitud del venerable, su humildad teñida de autoridad y su serenidad hacían que el personaje resultara tan verosímil! Menos para uno de los grandes responsables del Aneherbe, encargado de detectar los poderes ocultos de las sociedades secretas y usarlos en pro de la victoria del Reich. El comandante ya casi había olvidado el tiempo que había perdido en su interminable interrogatorio para llegar al fondo de la cuestión, a este François Branier, tan peligroso por sí solo.

—¿Entonces su estancia británica se saldó con otro fracaso? ¿No organizó usted la menor base terrorista?

—Nada de nada.

—¿Corrió mejor suerte en Escocia, adonde se dirigió en la primavera de 1942 y de donde no se retiraría hasta el final del verano?

—No exactamente —respondió el venerable—. Ya no me hacía muchas ilusiones. Pero quería ir a Kilwinning. Allí nació la forma medieval del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Una especie de peregrinaje. Una manera de recobrar las fuerzas.

A François Branier se le pasó decir que prácticamente todos los hermanos de «Conocimiento» habían acudido a Kilwinning para celebrar una «tenida» excepcional y regenerarse en la matriz de su rito.

El comandante del campo pasó mecánicamente las páginas restantes de su informe, una treintena de hojas en las que había entremetidas fotografías y recortes de prensa.

—Supongo que es inútil recordar sus otros viajes a España, Grecia, Bélgica, Países Bajos, Noruega... ¡porque la respuesta siempre será la misma! ¡Ninguna actividad revolucionaria, nada de maquinaciones subversivas ni de redes terroristas! ¡Una misión iniciática para reagrupar a los hermanos dispersos!

—Así es —confirmó el venerable—. Sólo que la palabra «misión» no es acertada. Yo no busco la conversión de nadie. Los iniciados son constructores y testigos, ni más ni menos.

El comandante se quedó helado.

—Señor Branier... ¿acaso espera convencerme? ¿No será tan ingenuo como para

creer que me voy a tragar ese cuento de hadas? ¿Y la coartada médica? En sus viajes sólo se ha cruzado con médicos. He estudiado muy de cerca los lugares en los que residió y las personalidades con las que se reunió. Muchos físicos, industriales, especialistas en tecnología punta. En cada país, visitó al menos una fábrica y un laboratorio de investigación. Y ahora que conozco a los miembros de su logia entiendo por qué.

El venerable echó mano de su poder de concentración para no doblegarse ante el ataque final que el comandante se preparaba a lanzar.

—Pierre Laniel —explicó el de las SS—, era industrial, gran conocedor de la metalurgia. El profesor Eckart es uno de los principales especialistas del mundo en historia técnica. Hay empresas francesas y alemanas dispuestas a contratarlo como asesor. André Spinot no sólo se dedica a fabricar gafas; se pasa el tiempo estudiando sistemas de propulsión. Es autor de numerosas patentes, algunas de las cuales han sido retenidas por organismos oficiales. Raoul Brissac tiene predilección por un aspecto en concreto: la resistencia de los materiales. Su experiencia como compañero le ha enseñado «trucos» de profesión que ningún ingeniero conoce. Jean Serval es el hijo de un eminente físico francés. Él mismo ha recibido una formación científica muy avanzada. Su tesis doctoral versaba sobre la propagación de las ondas. La literatura es una mera coartada. En cuanto a Guy Forgeaud, su mecánico, mantiene la apariencia de un buen peón sin habilidades especiales. Salvo la del camuflaje. En total, un equipo coherente del que usted es el moderador. Un equipo que ha recibido la orden de concebir y fabricar un arma ultramoderna para derrotar a Alemania. ¿Cuál, señor Branier?

El comandante creyó haber mermado las últimas defensas del venerable. Pero éste último permaneció inerte, ausente.

—No sé a qué se refiere... aparte de la medicina, sólo tengo una cultura científica muy limitada.

El tono del de las SS resultaba amenazante:

—¡Espero que me haya escuchado bien! Su mayor astucia es la de aparecer en primera línea, usted que no es ni técnico ni científico. Utiliza la masonería para disimular un equipo de saboteadores, y se ha creído que nadie descubriría sus manejos. Ha olvidado que el *Führer* dio orden de destruir las sociedades secretas, reductos del mal.

El venerable dio un paso hacia el escritorio. El comandante contuvo el aliento. El ayudante de campo sacó el revólver con gesto nervioso y apuntó con él a François Branier.

—Me cuesta entender semejante rosario de estupideces —dijo el venerable, presa de un arrebató de cólera.

—Hablarán. Usted y sus cómplices.

—Sólo le podemos hablar de la logia, la Regla y la iniciación. Porque no hay nada más.

—Su posición pronto será insostenible, señor Branier. Como la de su hermano Forgeaud.

—¿Qué le ha hecho?

El venerable se mostraba amenazador, como si pudiera ejercer algún tipo de poder. El comandante sonrió.

—Lo he trasladado a su medio natural. Un taller mecánico. Pronto sabremos si es sólo un modesto operario.

Capítulo 16

—Si me lo permite, venerable, lo veo nadando en la sopa.

El venerable estaba postrado, y no había dicho palabra desde que los agentes de las SS lo habían devuelto a la enfermería. El monje lo había dejado un buen rato en ese estado, sin siquiera pedirle que se ocupara de los enfermos. Pero aquello no podía ir para largo. Le horrorizaban los depresivos.

—Me gustaría saber por qué...

La voz del monje era apremiante. El venerable levantó la mirada hacia él.

—Quieren cargarse a un hermano.

—¿A quién?

—A Guy Forgeaud, el mecánico. El comandante lo ha enviado al taller.

—¿Con qué intención?

—Para tenderle una trampa. Ignoro cuál. Ayúdeme.

El monje, incómodo, se atusó los pelos de la barba.

—¿Yo? ¿Cómo?

El venerable miró fijamente al monje con tal intensidad que lo hizo casi estremecerse.

—La rubia... estoy convencido de que ella y usted han organizado una red en el interior del campo. Arriésguese a utilizarla para prevenir a Forgeaud. Que mantenga la calma y juegue al mecánico cifrado de mollera.

El monje tosió varias veces.

—¿Le ha cogido el frío?

—No. Una vieja bronquitis que se resiste. No lo entiendo. ¿Por qué Forgeaud debe hacerse el incompetente?

—Es un mecánico genial. Es capaz de reparar lo que sea, incluso aquello que desconoce. El comandante está convencido de que, en realidad, es un ingeniero de alto nivel.

—¿Y se equivoca?

—Evidentemente.

—¿Y a usted, por quién le toma?

—Por el coordinador de un equipo de terroristas que se esconde tras el velo de la masonería.

—En esto no va tan desencaminado —apreció el monje.

Al venerable le había parecido correcto decir la verdad. Si el monje estaba conchabado con los alemanes, le costaría reconocer que Branier había sido sincero. El venerable había titubeado. Pero sólo existía una manera de prevenir a Forgeaud: utilizando al monje dándole los menos datos posibles. Tratar de despertar su curiosidad, obligarlo a transmitir un mensaje para intrigar a Forgeaud. Una estrategia

más bien miserable y peligrosa. Con escasa probabilidad de éxito. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Tiene usted la talla para dar semejante golpe —determinó el monje—. Su masonería es de pacotilla. Una engañifa. En cambio, usted y su equipo... me habría gustado formar parte de un comando de élite como el que usted dirige.

—¡No somos un comando de élite! —profirió el venerable—. ¡Somos una logia, que ha caído en las manos de locos criminales!

El monje se rascó la mejilla, con aire apenado.

—Usted no confía en mí, venerable. A lo mejor se cree que he firmado un pacto moral con los nazis.

François Branier guardó silencio. El monje sacaría sus propias conclusiones. Mientras la duda persistiera, no sabría cómo actuar.

—¿Qué mensaje quiere hacer llegar a Forgeaud?

—Que no toque nada —respondió el venerable.

Guy Forgeaud se acostumbraba al ceremonial. Cada mañana, las SS venía a buscarlo con el alba para llevárselo al taller. Y cada mañana, como si éstos no existieran, él daba a sus hermanos el abrazo fraternal.

Cuando la puerta del taller lo aisló del exterior, Guy Forgeaud no le prestó atención. Su mirada se vio atraída por el objeto gris acerado que alguien había dejado en el caballete. Un cilindro metálico, una especie de turbina en miniatura, provista de alerones, que recordaba a un cohete futurista. Enseguida despertó la curiosidad del mecánico. Creía haber visto los motores y propulsores más extravagantes, pero aquello... dio una vuelta alrededor del artefacto con respeto, y se fijó en que tenía varias abolladuras. Sintió unas ganas tremendas de desmontarlo, la imperiosa necesidad de ver lo que aquel monstruo llevaba dentro. Forgeaud puso la palma de su mano derecha sobre el metal helado, como para acariciarlo.

Entonces retrocedió. ¿Y si aquella máquina saltara por los aires? ¿Y si se le echaba encima? Puede que los nazis hubieran decidido ofrecerle una bella muerte mecánica, por diversión.

Dominó su miedo. Y recuperó el anhelo de desmontar pieza por pieza, de comprender. Si saltaba por los aires, saltaba por los aires. Antes de empezar, Forgeaud se subió a su puesto de vigilancia para ver qué pasaba en el patio. Una bocanada de evasión. Un pellizco de libertad robada. Se entretuvo en lo alto del andamio.

Un «clic» muy débil, casi inaudible. Se abrió la puerta del taller. Forgeaud, paralizado, no tuvo tiempo de bajarse de la percha. Había caído en la trampa. Entró el primer uniforme, y el maestro masón se abalanzó sobre él. Se lanzó al suelo y se encontró cara a cara con una mujer.

—No toque ese artefacto —articuló en un francés chapurreado.

Luego dio media vuelta y abandonó el taller. La puerta se cerró tras ella, y él volvió a quedar aislado del exterior.

El monje dormía a pierna suelta, agotado tras una dura jornada de trabajo. Dos muertos. Había colocado los cadáveres en el umbral de la enfermería, con los pies por delante. Las SS se los había llevado al caer la noche.

El venerable había pasado el día en el habitáculo de la torre que le servía de despacho. No le habían dado ni de beber ni de comer. Lo habían despojado de pluma y papel. Sus confesiones ya no parecían interesar al comandante. François Branier había dormido como un gato, continuamente alerta, despertándose al menor ruido. Un falso sueño, un falso reposo. La sensación de absoluta soledad era dolorosa. Dejó la mente en blanco y se redujo a una existencia vegetativa, a un estado primitivo en el que recuerdos y deseos quedaban anulados.

Cuando los dos agentes de las SS lo devolvieron a la enfermería, ya hacía un buen rato que el sol se había puesto. Al pasar por el patio, el venerable había captado un perfume de flores primaverales. En los alrededores de la fortaleza, el invierno se retiraba. Dentro del barracón, su olfato enseguida se vio asaltado por la muerte, la enfermedad, el sufrimiento. Procuró no despertar al monje. Iba a acostarse cuando oyó que alguien lo llamaba desde el fondo de la enfermería. Era la voz desarticulada del viejo astrólogo nizardo.

Estaba incorporado, con el busto erguido. Se aferraba a la sábana con rabia, como si fuera su último vínculo con la vida. François Branier lo agarró por las muñecas. El anciano, sorprendido, se quedó con la boca abierta.

—¿Quién anda ahí? —murmuró, espantado.

—El doctor Branier. Voy a curarle. Cálmese.

El astrólogo intentó levantarse, pero el venerable se lo impidió.

—Quiero irme. Quiero volver a Niza.

—Cuando se recupere. Ahora está demasiado débil para viajar.

El enfermo alzó los ojos hacia el techo de la enfermería, como si hubiera oído una voz celestial.

—Es una ciudad muy bonita, Niza. Tiene sol, mucho sol... y flores, también... ¿sabe cómo aman, las flores? Esperan que pase la noche y luego se abren, pétalo a pétalo, para no perder ni una gota de luz. El zodiaco es una flor. Se abre cuando se observa al trasluz. Yo he visto el futuro. Fuego. Moriremos todos quemados, calcinados como la madera vieja carcomida por los gusanos. Sólo yo conozco la fecha y la hora.

Había tanta pasión, tanta emoción en la voz del anciano, que el venerable le siguió la corriente.

—¿Y por qué sólo usted?

El astrólogo sonrió. Al fin le hacían la pregunta correcta.

—Porque soy el único que ha augurado el estallido de esta guerra... y también su fin. Pero nadie verá más que fuego, una bola de fuego en el cielo.

François Branier cogió al astrólogo por los hombros y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Cuándo? ¿Cuándo se acabará esta pesadilla?

El astrólogo contuvo el aliento.

—Un fuego, una hoguera, pronto... este mundo está perdido.

—¿Pronto? ¿Qué significa «pronto»?

—En el caso de los astros, no es un mes... ellos no viven el mismo tiempo que nosotros.

Un loco. Un pobre loco. Por un instante, el venerable había creído que el anciano era un vidente, que había presentido un acontecimiento futuro. Pero no hacía más que divagar, seguir caminos sin salida en el paisaje de su demencia.

De repente, colocó las dos manos temblorosas alrededor del cuello de François Branier y apretó. El venerable no forcejeó.

—¡No tiene derecho! ¡No tiene derecho a destruir este mundo, aunque esté podrido... Júreme que usted tampoco escupirá fuego!

—Cálmese —recomendó el venerable, mientras notaba que las uñas se le clavaban en la carne.

—Entonces... ¿es usted el incendiario? ¿Quién prenderá fuego al mundo?

Lo que quedaba de vida en aquel cuerpo enfermo y demacrado se concentró en la punta de los dedos. François Branier entendió que el anciano había decidido luchar. Para eliminar el peligro; para convencerse de que acabaría con la desgracia anunciada. El venerable ya no podía respirar. Las manos del estrangulador se endurecían en un último esfuerzo.

El venerable le dio al astrólogo un puñetazo en el pecho. Pero éste último no lo soltó. Al contrario, el golpe leve le sirvió de acicate. El cuello de François Branier se iba perlado de sangre. Con la mano izquierda, apartó bruscamente al anciano.

El astrólogo se desplomó sobre su lecho. Tuvo suaves estertores y luego cerró los ojos. El venerable puso la oreja derecha en el pecho del anciano. Ya no percibía los latidos de su corazón.

Cuando el venerable despertó, el sol lucía en lo alto del cielo. Un rayo se filtraba bajo la puerta de la enfermería.

—Le he dejado dormir —dijo el monje—. El campo parece muerto, esta mañana. Algo raro pasa. Ni siquiera han venido a recoger el cadáver que he dejado fuera.

—¿El astrólogo nizado?

—No. Uno más joven. Un vidente.

—El astrólogo también está muerto.

El monje pareció sorprendido.

—Le he dado de comer, hace menos de una hora.

El venerable se levantó y se dirigió al fondo del barracón. En su lecho, el anciano tenía estertores casi imperceptibles. François Branier se paró unos minutos a escuchar aquella respiración de ultratumba que parecía interrumpirse a cada instante y que continuaba, incansable.

Después regresó al cuartucho donde el monje preparaba los medicamentos.

—Anoche su corazón había dejado de latir.

—Los milagros existen, venerable. Incluso aquí. ¿En qué punto estamos con el comandante?

—Calma absoluta. Mis revelaciones ya no le interesan.

—Desengañese. Es una táctica como otra. Él las prueba todas. Quiere su secreto. Es su razón de vivir. Tiene casi todos los triunfos en la mano.

—¿Por qué dice «casi todos»?

—Porque se hace ilusiones... Y sólo hay un secreto. El conocimiento de Dios.

—Demasiado místico, padre. No olvide que yo dirijo una célula de terroristas encargados de poner a punto la nueva arma que acabará con Alemania.

Fray Benoît se encogió de hombros.

—Puede. Pero sería demasiado que a los masones se les ocurriera una idea tan genial. Usted es un verdadero masón: cree en su iniciación. Y me temo que su logia es sólo un montón de valientes perdidos en el mal camino.

El venerable hundió la cabeza entre los hombros y miró al suelo. Aquel discurso lo había oído miles de veces. El monje era demasiado sutil para pronunciarlo sin segundas. Predicaba lo falso para saber la verdad. Lo empujaba al fallo, como un jugador de ajedrez que comete un error aparente.

—¿Y dónde está el buen camino?

—Su Gran Arquitecto lo abandona. Normal. El buen camino es Dios. Él es la puerta, la verdad y la vida. Todo aquél que renuncie a Él está condenado a morir.

—Es usted un intolerante, padre. O convierte, o excomulga. Yo sólo quiero ser testigo. Testigo de la luz.

—¿Qué va a saber usted de la luz divina?

—Al menos lo mismo que usted; y seguramente un poco más, porque usted no es un iniciado —respondió el venerable—. Ha seguido un mal camino y ya no tiene el valor de retroceder.

—Hemos hecho una apuesta, venerable.

—La mantengo, padre. Sólo tengo una palabra.

—Haría bien en renunciar. Dios le perdonaría.

—El Gran Arquitecto no aprecia a quienes renuncian.

En el exterior se escuchaba ruido de botas. Delante de la enfermería, el murmullo de un cadáver al que arrastran por los pies. Órdenes en alemán.

—La vida sigue —observó el monje.

Capítulo 17

—Felicidades, señor Branier —dijo el comandante, en tono sentencioso.

El venerable había sido conducido a su despacho poco después del anochecer. Llevaba en la enfermería desde la noche anterior. Un trabajo agotador, y más enfermos: astrólogos y videntes checos, la mayoría en un estado lamentable. Aquellos hombres habían sido torturados. Ninguno sobrevivía mucho tiempo. El monje les había dado la extremaunción.

—Es usted un excelente líder —prosiguió el comandante—. Aun estando ausente, sus hermanos lo obedecen. Estoy convencido de que mantienen un contacto... telepático.

Los ojos le brillaban. Pasaba una y otra vez aquellos dedos sobre una bola de metal que le servía de pisapapeles. Helmut, el ayudante de campo, tomaba nota en un gran cuaderno que tenía apoyado sobre un atril.

—No domino esa técnica —replicó el venerable.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y cómo se explica usted que su hermano Guy Forgeaud haya rechazado la magnífica turbina que yo le había ofrecido como cebo? ¡Un modelo ultra secreto sobre el que un técnico como él habría tenido que abalanzarse!

François Branier sonrió, sin insolencia, como una fiera que se divierte con la carantoña de alguien más débil que ella.

—Eso demuestra que Guy Forgeaud es un simple mecánico sin habilidades especiales.

—Olvide ese estúpido argumento, señor Branier. ¡Prefiero que me diga que mi estrategia era ordinaria, que mi trampa era ingenua!

—No sé...

Un silencio sostenido siguió a las palabras del venerable. El ayudante de campo dejó de escribir, esperando la reacción del comandante. Éste posó la bola de metal en la mesa, encendió un cigarrillo y empezó a pasearse ante la ventana de su despacho. Se movía como una maquinaria bien regulada.

—Hay otra explicación, venerable. No es cuestión de telepatía ni de ingenuidad. Existe una red de espionaje en el interior de la fortaleza. La experiencia demuestra que ni las peores mazmorras impiden que los presos se comuniquen entre ellos. No será demasiado difícil identificar a los culpables. ¿Qué le parece?

El venerable estaba en apuros. El comandante jugaba a ganador. Si Forgeaud hubiera cometido la imprudencia de sabotear la turbina, habría revelado sus competencias. Al no tocarla, desvelaba la existencia de una organización resistente en el mismísimo interior de la fortaleza. Pero ¿en verdad lo ignoraba el comandante?

¿No dejaría actuar al monje, a la joven alemana y a algunos otros para controlarlos mejor? A menos que el monje fuera el peor de los traidores y colaborara con el comandante. En ese caso, la joven alemana era su cómplice. ¿Y cómo estar seguro de que Forgeaud no había caído en la trampa? La información procedía del comandante, fuente poco menos que dudosa.

Una vez más, había que detener el huracán, encontrar un punto de referencia, un anclaje. La víspera de su iniciación, el padrino de François Branier le había dicho: «Llegará un día en que no tendrás ninguna certeza, ninguna esperanza, ningún deseo. Estarás perdido en una negra noche y no podrás recurrir a nadie, porque serás el maestro de la logia. Tus hermanos lo esperarán todo de ti. Serás el hombre más solo que la tierra haya acogido jamás. En ese momento, o te hundirás, o empezarás a entender qué es la iniciación».

El momento anunciado por el viejo sabio había llegado.

—¿Qué sabe usted de esa red, señor Branier?

—Estoy al corriente de todo —respondió el venerable.

El comandante titubeó un instante, y luego reanudó su marcha mecánica.

—Le escucho.

La decisión se impuso fulgurante al venerable. Se había llevado por delante los argumentos razonables. Poco importaba saber si se trataba de un error; en ese caso, la decisión sería definitiva. François Branier no disponía de un clima de reflexión. El mero hecho de aplazar su respuesta habría sido un indicio. El comandante no dejaba nada al azar; ése era un concepto ajeno a su manera de pensar. La menor palabra, el más anodino de sus gestos estaban calculados. El venerable conocía bien aquel método por haberlo usado. Pero allí, en aquellas condiciones, sería incapaz. Su única arma era la espontaneidad, la visión instantánea con el máximo riesgo. Como solía decir Pierre Laniel: «el todo por el todo».

—Esa red no existe.

—Ándese con cuidado, señor Branier. No aceptaré...

—Es mucho más simple que lo que usted se imagina. Ninguno de los hermanos de mi logia actúa sin una orden formal por mi parte. Forgeaud tampoco. Cuando se les presenta una dificultad, esperan.

—Es usted un auténtico dictador —observó el comandante, escéptico.

—La logia funciona según una jerarquía indiscutible. ¿Lo entiende, no?

El de las SS siguió con su vaivén.

—¿Y cómo les hace llegar sus órdenes formales?

—Mediante signos.

—¿Cuáles?

El venerable le puso la mano derecha sobre el hombro izquierdo, muy cerca del cuello.

El ayudante de campo enseguida esbozó un croquis en el gran cuaderno.

—Eso no es masónico. Es un signo cualquiera.

—En efecto, no se trata de un signo habitual. Es propio de mi logia. Una simple medida de seguridad.

—¿No tienen mensajes codificados para comunicarse entre sí?

—Sí. Siempre que lleguen.

—¿Y qué código usan?

—Cruces y puntos en una casilla. El más clásico, con unas variantes. Lo ponían en práctica en las logias alemanas. Seguramente ustedes tengan algunos ejemplares en su poder. Pero yo no he vuelto a ver a Forgeaud y, por lo tanto, no he podido hacerle llegar el menor mensaje. Al igual que los demás, no hará nada mientras que no reciba instrucciones mías y solamente mías.

El comandante se sentó a su despacho y abrió una carpeta.

—Helmut, que devuelvan el venerable a la enfermería.

—Menuda paliza —constató Raoul Brissac al ver a su hermano Forgeaud, con el rostro cubierto de magulladuras.

El mecánico acababa de despertarse, tras haber pasado una noche agitada. Tenía golpes por todo el pecho.

—¿Por qué no lo han enviado a la enfermería? —preguntó el aprendiz Serval.

—Seguramente para que no vea al venerable —avanzó Dieter Eckart.

Guy Forgeaud, con un ojo a la funerals, el labio superior reventado y los pómulos amoratados, esbozó una sonrisa.

—Hermanos, he cometido una gran estupidez.

Los supervivientes de la logia «Conocimiento» rodearon a su hermano, que estaba tendido en el suelo del barracón rojo.

—Antes, la comida —exigió André Spinot.

No habían tocado su última ración de col hervida para reservarle un festín a Forgeaud. Lo ayudaron a incorporarse y comer. Masticó cada bocado con la alegría de seguir vivo.

—Estupendo —valoró.

Su elocución dejaba que desear. Pero sus hermanos no se perdieron ni una de sus explicaciones.

—No he tocado su maldito artilugio: una especie de bomba volante provista de aletas metálicas. Me apetecía desmontar aquella cabronada, pero habría dejado pistas forzosamente. Presentarme aquella máquina como una tarta de cumpleaños, era cuando menos un poco fuerte. Luego apareció una joven con uniforme de las SS que me recomendó no tocar nada y desapareció. El problema fue la inacción. Había terminado el sabotaje de mi encargo, y ya sólo me quedaba abrir la armería. No me

pude resistir. Nada de armas, sólo botellas de vino blanco. No tuve tiempo de probarlo. Los agentes de las SS se abalanzaron sobre mí. Me sacudieron duro. Caí redondo. Y cuando volví en mí ya estaba aquí. Al ver vuestras caras, ¡creía haber llegado al paraíso de los masones!

Por quinta vez en un mismo día, el monje recitó la plegaria de los muertos. Evocaba el reino celeste que, en su mente, adoptaba la forma de las construcciones de la abadía de Saint Wandrille, del refectorio donde los monjes celebraban el banquete ritual, de la biblioteca donde descifraban las escrituras, del claustro donde ponían en orden sus ideas caminando con un paso eternal, de las celdas donde vivían un cara a cara con la Presencia. Se superponía a aquellas imágenes la del cementerio escondido en un bosque, sobre la colina que dominaba la abadía. Allí estaban enterrados los hermanos, descansando al ritmo de las estaciones, en el silencio de días y noches que incitaba a las plegarias rituales. Aquel cementerio donde a fray Benoît tanto le habría gustado descansar.

Muy cerca, había un oratorio bajo los robles. Algunos hermanos venían allí a meditar durante largas horas, con la mirada perdida en la lejanía del valle. Benoît, el más forzado de la comunidad, el más trabajador, el más enérgico, también era el más contemplativo. Llegaba a olvidar las santas horas en que los hermanos rezaban. Y entonces enviaban al más joven a buscarlo.

El monje ya nunca volvería a experimentar la felicidad absoluta de aquella luminosa soledad. Se reprochaba aquella falta de fe, el rechazo de un milagro todavía posible. Dios cumplía Su voluntad, no la de un individuo. Si aquel mundo tenía que ser destruido, ¿para qué rebelarse? Tal vez había llegado el fin de los tiempos. Ser testigo de semejante acontecimiento, del regreso de lo creado al Creador, no debía llevarlo a la desesperación. ¿Acaso la humanidad había tocado el fondo del horror? ¿Se trataba de un final o del principio de atroces convulsiones que harían desaparecer los últimos vestigios de armonía? Benoît pensaba en la primera comunidad de monjes que había civilizado un Occidente presa de las peores barbaries. Cruel había sido el día en que los hermanos, demasiado numerosos, habían tenido que escindirse en dos comunidades. Menudo el dilema que surgió en la abadía: designar a los hermanos que se marcharían a tierras lejanas para fundar un nuevo monasterio. El monje se sentía exiliado en un lugar extraño, en un mundo de tinieblas donde tenía órdenes de descubrir una parcela de luz. ¿Acaso le habían asignado una misión? Él no se vanagloriaba de ello, porque hacerlo no cambiaría la realidad. Pero Dios no era aficionado a los juegos de azar. Si había metido a un monje en aquel infierno, seguramente era para demostrar que el Mal no era absoluto.

Sufrimiento, esperanza, vida, muerte, luz, tinieblas... en la gran ruleta del destino, todo estaba decidido. A excepción de una incógnita: la presencia de aquel venerable. El monje debía admitir que había imaginado de otra manera al peor de los secuaces

de Satán. El venerable. Tal vez el venerable también cumpliera una misión, pero ¿cuál? ¿Qué peso tendría el Gran Arquitecto frente al Dios todopoderoso? El monje, seguro de ganar la apuesta, se aclaró la voz, nervioso. Al hacerlo provocó otro ataque de tos, que se confundió con el siniestro aullido de sirenas de la fortaleza.

Capítulo 18

Raoul Brissac, el picapedrero, mantenía el ojo pegado a la abertura practicada en la parte inferior de la pared del barracón rojo que daba al gran patio. Esperaba, incansable. Habría esperado durante siglos. La herida en la oreja todavía le producía agudas punzadas, pero no tenía cura. El cabrón que le había robado el anillo de compañero y que había matado a Pierre Laniel lo pagaría con su propia vida. De momento, el intendente parecía intocable. Un carnicero de mirada ausente cuyo rostro obsesionaba a Raoul Brissac. No podría vivir tranquilo mientras aquel tipo existiera. La muerte de un hermano no queda impune.

Era imposible actuar solo. Ni hablar de poner a otros hermanos en peligro. Raoul Brissac acechaba pacientemente, observaba durante horas. Esperaba la mejor ocasión. Llegaría. La deseaba con tanta fuerza que propiciaba las condiciones como por arte de magia. En la logia «Conocimiento», durante la iniciación al grado de compañero, se revelaba el uso del poder personal, el manejo de las energías interiores. Ahora tenía la capacidad de modificar el curso de las cosas sólo de manera infinitesimal; y, pese a ello, de modificarlas proyectando su voluntad hacia el objetivo que quisiera alcanzar. El venerable posiblemente hubiera reprochado a Brissac el uso de un poder, el desvío de una fuerza espiritual hacia la materialidad. El compañero rechazaba aquella crítica de antemano. La protección de la logia pasaba por el combate. Había que atacar, destruir la maquinaria del adversario, demostrarle que su sistema no era infalible. Y, para empezar, vengar la muerte de Laniel.

Los acontecimientos ocurrieron tan rápido que Raoul Brissac no tuvo que pensárselo dos veces. Se dejó llevar por el instinto. Vio que un hombre salía tambaleándose de la torre central. Estaba envuelto en llamas. Ya no le quedaban fuerzas para gritar. Lo seguían dos agentes de las SS, también en llamas, con una enorme marmita de aceite de la que salían humo y llamaradas. Uno de ellos, un coloso, logró recorrer unos metros a costa de un increíble esfuerzo. Las manos se le quedaron pegadas al metal ardiendo. Finalmente, se desplomó contra la pared de un barracón que enseguida se incendió.

Las sirenas de la fortaleza se activaron en el preciso instante en que los primeros deportados abandonaron el barracón para evitar ser quemados vivos. Los agentes de las SS salieron de su caserna, arma en mano. Dispararon a los detenidos que, locos de esperanza, intentaban escalar los muros de la fortaleza. Otros empezaron a evacuar los barracones y obligaron a los presos a concentrarse ante la torre, junto a los lavabos. Los masones fueron los últimos en salir.

Durante unos minutos, reinó el caos. El fuego que se extendía, los quemados que gritaban, los equipos de emergencia que se organizaban con demasiada lentitud, los insensatos que intentaban huir sin importar adónde, la manga de incendio que no

funcionaba correctamente, los cubos que no se encontraban, los agentes de las SS que disparaban al aire para no abatir a sus camaradas, los cabecillas que tomaban la precaución de abandonar las filas en cuanto éstas se formaban.

Raoul Brissac había localizado al intendente. En la mano derecha, el compañero sostenía una varilla de metal procedente del pequeño arsenal que la logia había improvisado. Brissac avanzó ligeramente encorvado y a paso ligero, invisible, entre las sombras del incendio.

Un barracón totalmente destruido, otro medio calcinado, cadáveres salidos de la fortaleza: aquél era el único balance que los hermanos de «Conocimiento» podían trazar. Disipado el pánico, se formaron filas de presos en el gran patio bajo la supervisión de los agentes de las SS. Klaus, el jefe, había restablecido el orden en menos de un cuarto de hora. El incendio estaba controlado.

Los masones habían vuelto a su barracón conducidos por una decena de agentes crispados. Cada uno de los hermanos sentía un extraño malestar. Por mucho que el incidente pareciera zanjado, les rondaba la angustia, como si el incendio fuera sólo el preludio de una tragedia. No se les distribuyó la ración de cena.

—¿Nadie ha visto al venerable? —preguntó Dieter Eckart.

Serval y Spinot negaron con la cabeza. Ellos habían ayudado a Guy Forgeaud a desplazarse, mientras Dieter Eckart observaba lo que ocurría a su alrededor para prevenirlos del peligro.

—¿Y tú, Raoul?

El compañero Brissac estaba más enfurruñado que el día en que había sufrido el primer «interrogatorio» que decidiría su futuro iniciático. Aquel hombre, de frente baja y ojos juntos, se encerraba en sí mismo.

—Raoul... te he hecho una pregunta —insistió Dieter Eckart, asombrado ante el mutismo de su hermano.

—No. No he visto al venerable.

Se perdía el último rayo de esperanza. Por primera vez, los hermanos de «Conocimiento» habían visto a sus camaradas de infortunio, a los otros deportados. Al menos trescientos. Muchos ancianos.

—Dios mío, ¿dónde puede estar? —estalló Guy Forgeaud, cuya energía apenas parecía mermada por las heridas.

—¿No crees que a lo mejor...? —preguntó André Spinot, con voz ansiosa.

—Tampoco he visto al monje —observó el aprendiz Jean Serval.

—Puede que los hayan liquidado a los dos —dijo Brissac, sombrío.

—La enfermería no se ha quemado —objetó Dieter Eckart—. No han hecho evacuar a los enfermos.

—Un incendio —dijo el monje.

—Cualquiera diría que ha cundido el pánico.

El monje y el venerable oyeron gritos, órdenes en alemán, martilleo de botas, ráfagas de disparos.

—Tengo la impresión de que van a dejar que nos aseamos aquí, con los enfermos.

—Son capaces —valoró el monje—. Voy a bendecir a nuestros protegidos.

Cuando el pesado corpachón del benedictino se tambaleaba en dirección de las camas, se volvió hacia el venerable.

—¿En su logia no se preparan para la muerte?

—La vivimos simbólicamente durante la iniciación al grado de maestro. Es la única manera de conocerla desde el interior. Cuando un hermano muere, celebramos una sesión fúnebre. No honramos al individuo, sino su mandil de iniciado. Para nosotros, no está muerto; pasa al Oriente eterno. Su ser se convierte en luz. Es una estrella que guía a sus hermanos en la tierra.

El monje adoptó la actitud severa que habían conocido perfectamente algunos novicios a los que había procurado la formación.

—Lo suyo es la poesía, el paganismo, el...

—¿Por qué, padre? ¿No fue una estrella lo que llevó a los magos hasta Cristo?

El monje masculló una respuesta imprecisa.

—Desprecia usted la humanidad, venerable. Sólo da importancia a sus hermanos.

François Branier se cruzó de brazos, en una actitud bien conocida por los jóvenes hermanos a quienes había orientado hacia los misterios.

—¿Usted admite a todo el mundo en su cementerio, padre? Yo diría que sólo reúne allí a los hermanos del monasterio... Ustedes también forman una élite. Siempre he envidiado esa manera de vivir el reposo eterno. He visitado algunos cementerios benedictinos, perdidos entre la maleza, aislados en los flancos de una colina, inmersos en el silencio. Todos aquellos que han vivido, trabajado y rezado juntos están allí, unidos por siempre jamás. Cuando un hermano va a meditar a las inmediaciones, vuelve a ver sus rostros. Llora por dentro, pero así alarga su existencia, los continúa.

—Ocupémonos de los enfermos —interrumpió fray Benoît.

Klaus y cuatro agentes de las SS irrumpieron en la enfermería. Empujaron fuera al monje y al venerable, obligaron a los enfermos a levantarse y les hicieron avanzar a culatazos en los riñones. Tres de ellos, incapaces de moverse, fueron ejecutados de un disparo en la sien.

Delante del barracón de los lavabos, los agentes de las SS habían apiñado sin orden ni concierto los cadáveres de los quemados y los restos de madera calcinada, todavía humeantes. Captó la atención del monje y del venerable el estrado sobre el que yacía el cuerpo de un agente. Al lado estaba el comandante de la fortaleza,

envarado en su uniforme impecable, con las piernas ligeramente separadas y las manos cruzadas detrás de la espalda. Lo acompañaba su ayudante de campo.

Los presos abandonaron sus barracones en largas y resignadas hileras, y fueron realineados en una veintena de filas, de cara al estrado. El monje y el venerable se hallaban en el extremo izquierdo de la primera fila. François Branier giró la cabeza en vano para localizar a sus hermanos. Y ellos, que estaban en la cola, tampoco vieron al venerable. Los agentes de las SS hicieron mantener un alineamiento impecable, y luego se colocaron ellos mismos en cuadrado alrededor de los deportados.

Sonó un plañido musical. La obertura de *El buque fantasma*, de Wagner. Dos presos hablaron y se movieron. Enseguida fueron señalados por el jefe, sacados de la fila y molidos a palos. El comandante permaneció inmóvil hasta el final de la obertura. El monje rezó. El venerable invocó al Gran Arquitecto del Universo. Ni el uno ni el otro clamaron una gracia concreta; sólo buscaban intensificar una presencia.

La música se extinguió. Las piernas de algunos se volvían pesadas. Los enfermos se derrumbaban. El comandante esperó a que el silencio fuera absoluto. Tomó la palabra:

—Se ha cometido un monstruoso crimen. Un soldado del Reich ha sido vilmente asesinado, apuñalado por la espalda. Que el culpable se entregue de inmediato. De lo contrario, cada minuto, haré ejecutar a dos presos. Klaus, empiece la cuenta atrás.

El jefe de las SS miró el reloj. El monje se preguntaba quién estaría lo bastante loco para llevar a cabo un acto semejante. Seguramente el comandante no se contentaría con una sola víctima expiatoria. Tal vez cerraría la enfermería, suprimiría las raciones, instituiría un régimen de trabajos forzados y multiplicaría los servicios. Sin duda, había sido un pequeño grupo que había aprovechado la confusión para vengarse de un cabo de vara, y que así creía actuar de manera heroica. El monje sólo vio una solución: entregarse antes de que acabara la cuenta atrás. Y mostrarse convincente para explicar cómo lo había hecho. Sería una lástima perder así una apuesta ganada de antemano. Pero tenía muchas vidas que salvar.

Habían transcurrido treinta segundos. El venerable estaba seguro de que los hermanos de «Conocimiento» eran responsables de aquel atentado. Indudablemente, el preludio de una tentativa de evasión abortada. Lo habían dado por muerto y no habían querido morir como perros. No habría una segunda oportunidad. El venerable se veía obligado a declararse culpable del asesinato.

Esperaba salvar a sus hermanos. El maestro de la obra tenía el deber de intervenir cuando los obreros se vieran amenazados. Perdería su apuesta, y el secreto del Número quedaría sepultado en las tinieblas.

Veinte segundos más. El jefe de las SS empezó a desgranarlos en voz alta. Diecinueve, dieciocho, diecisiete... El comandante sabía que el o los culpables se entregarían. ¿La reacción de unos desaprensivos? ¿Un golpe de fuerza? En menos de

quince segundos, saldría de dudas. Imaginaba al asesino muerto de miedo, dudando si abrir la boca. Seguramente tendría que ejecutar a algunos presos para persuadirlo.

El monje había tomado una decisión. Se manifestaría cinco segundos antes del plazo. Pero una hipótesis lo atormentaba. ¿No se trataría de una comedia? ¿El comandante no habría ordenado aquel asesinato para poner a los masones en un aprieto?

Treinta segundos, doce, once...

—¡He sido yo!

Una voz potente eclipsó la del jefe de las SS. Raoul Brissac salió de la última fila y se abrió paso entre los presos, empujando a quienes no se apartaban lo bastante rápido. El efecto sorpresa fue tajante. Los agentes, en espera de una orden que no llegaba, no dispararon. Brissac se paró en seco a un metro del comandante que no había alterado su posición.

—Yo liquidé a ese asesino.

—¿Cómo? —preguntó el comandante.

Raoul Brissac contempló el cadáver, tendido boca abajo. En la base del cuello, tenía una varilla de metal clavada hasta el fondo.

—¡Así! —gritó el compañero, abalanzándose sobre los restos mortales del agente de las SS que había matado a Pierre Laniel y que le había robado el anillo.

Arrancó la varilla de metal y la clavó repetidas veces en el cadáver. Mientras lo hacía, su mirada se cruzó con la del venerable.

Fue su última visión. Agentes de las SS arremetieron contra él.

—Ejecución inmediata —ordenó el comandante.

Raoul Brissac no había vacilado. En sus ojos anidaba el salvaje orgullo que François Branier había visto en su futuro hermano desde su primer encuentro. Brissac era un hombre de palabra, término ridículo que ya no tenía razón de ser. Pero, al compañero Brissac, las modas le traían sin cuidado. Anteponía el honor de la logia y de sus miembros a cualquier otra consideración. Por su carácter demasiado independiente, no había soportado aquel atentado a cuerpo y alma. Una vez más, había cometido un error que le impediría seguir su camino hacia la maestría: actuar solo, por su cuenta y riesgo, sin consultar a la comunidad.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó el monje.

Todos los detenidos habían sido devueltos a sus respectivos barracones. La enfermería estaba medio vacía. François Branier parecía ausente. Aquélla era la primera pregunta que el monje se atrevía a hacerle pasadas dos largas horas.

—Consideraba que ése era su deber.

—Pues mire adónde lo ha llevado...

El venerable miró al monje con una severidad que le dio escalofríos. Una

presencia... eso era lo que le evocaba aquel masón. Una inmensa presencia, comparable a la del primer abad que había conocido.

—Eso lo ha llevado al Oriente eterno, padre. Allí resplandecerá para ayudarnos a sobrevivir.

Brissac el indómito, Brissac el indomable... Había abandonado el espacio y el tiempo para fundirse en la luz.

—Le agradezco lo que tenía intención de hacer —dijo el venerable.

Aquello cogió desprevenido al monje.

—¿De qué me está hablando?

—De la decisión que había tomado. Lo llevaba escrito en la cara. Se declararía culpable para evitar una masacre. Tiene usted agallas, padre.

El monje tosió.

—¿Acaso no había considerado usted la misma solución?

—Pero, en su caso, se sacrificaría por un masón...

—¡No sabía que uno de los suyos había dado el golpe! Si no...

—¿Si no qué?

El pecho del monje se estremeció con otro ataque de tos.

—Debería cuidarse, padre. Si quiere un diagnóstico...

—No lo necesito. Jamás he ido al médico. No veo por qué iba a empezar precisamente hoy. Me curaré yo solo. Y ahora será mejor que vayamos a dormir.

El religioso se acostó de lado, inquieto. La muerte de Raoul Brissac lo había impresionado enormemente. Su mirada también se había cruzado con la última del compañero que, sin ayuda de nadie, había desafiado el poderío nazi. En cierta manera, había triunfado. La primera brecha en la fortaleza había que atribuírsela a él. El comandante era consciente del peligro, por mínimo que fuera. ¿Y cómo reaccionaría? Al monje le habría gustado prever los golpes, pero su espíritu no se separaba de la persona de Raoul Brissac, aquel masón que había elegido su propio destino con inquebrantable determinación.

La masonería era una fuerza dañina. No hacía falta volver sobre ello. Pero los masones de aquella logia... ¿a qué categoría pertenecían? ¿Cómo no reconocer que se comportaban como verdaderos hermanos? Puede que el espíritu de comando bastara para explicarlo. Sin embargo, en los ojos de Raoul Brissac, el monje había captado aquella luz que sólo algunos monjes excepcionales habían sabido generar en su interior.

El venerable se pasó la noche entera postrado. Pierre Laniel, Raoul Brissac... dos hermanos, un maestro, un compañero. Un hombre maduro, uno joven. Se conocían muy poco, no habían entablado amistad. El compañero apreciaba del maestro su sentido de la decisión, su compromiso tan discreto como eficaz, su espíritu de síntesis. Al maestro le gustaba del compañero su sentido de la dignidad, su exigencia,

su capacidad de trabajo. Dos hermanos irremplazables. François Branier jamás volvería a dormir como antes. A escasos pasos de él, el cadáver de Raoul Brissac se balanceaba en el viento nocturno, colgado de una horca instalada ante la enfermería.

Capítulo 19

Durante tres días sólo tuvieron derecho a beber un vaso de agua. Nada de comida. Tres enfermos fallecieron. El monje y el venerable tenían menos trabajo, pero la provisión de medicamentos se agotaba. Entre los casos más graves había una crisis de uremia, una hemiplejía y un tumor.

El viejo astrólogo nizado todavía respiraba. Los alemanes lo habían dejado olvidado en su cama. Varias veces al día, pronunciaba una retahíla de incomprensibles palabras y luego recaía en su entorpecimiento. ¿Por qué las SS le habían perdonado la vida? ¿Por la voluntad de mantenerlo con vida a causa de los dones que se le atribuían? ¿O por mera negligencia?

El monje y el venerable habían limpiado la enfermería con los medios de que disponían; esta sensación de proximidad los reconfortó. Estaban habituados a aquel reducto, a aquel horizonte cerrado.

—Este ayuno me ha sentado muy bien —manifestó el monje apurando el fondo de su vaso de agua—. Tenía que perder unos kilos.

—Los benedictinos tienen fama de vividores.

—¡No nos damos las comilonas de los masones!

—Término inexacto, padre. Celebramos banquetes rituales que forman parte integrante de nuestras «tenidas» de trabajo. Alimento espiritual y alimento material son indisolubles. ¿No comulga usted con el cuerpo y la sangre de Cristo?

—¡No empecemos a mezclarlo todo! Sus supuestos banquetes rituales no son más que una ocasión para vaciar botellas y cantar estupideces.

El venerable se rascó el mentón.

—En la mayoría de los casos, es cierto. Pero no en lo que respecta a mi logia. Un masón borracho es sólo un desgraciado. Cada uno bebe lo justo. Es cuestión de conocer sus propios límites. No me sea beato, padre. Sus hermanos no han rechazado ninguno de los placeres mundanos.

—¡Usted blasfema! No tiene ni idea de la ascesis que nos imponemos.

El monje volvía a enrojecer. El venerable tenía el don de hallar fórmulas irritantes.

—Pese a las apariencias, no debe de ser muy diferente de la nuestra. Todo se basa en la Regla. Si seguimos vivos, es gracias a ella.

El monje miró al venerable con atención.

—¿De dónde viene su famosa Regla? ¿No será de nosotros?

Los ojos del monje brillaron con un resplandor casi malicioso.

—¿Insinúa que el mayor secreto de la masonería es de origen cristiano? Sabe perfectamente que somos los últimos paganos irreductibles. Si viera usted nuestra fiesta de San Juan de invierno, tras la toma de posesión del venerable y de sus

oficiales... en el banquete se sirven las mejores carnes y los mejores vinos. Pasamos toda la noche sentados a la mesa.

El monje puso cara de duda.

—¿Únicamente entre masones?

—San Juan de invierno es la fiesta secreta de la logia.

—Dicho de otro modo, venerable, ¿su comilona tiene un carácter sagrado? ¿No seleccionan lo mejor para honrar a su Gran Arquitecto? ¿No dedican esa noche a la meditación comunitaria, en vez de a entonar canciones del cuerpo de guardia?

El venerable bajó la cabeza para que el monje no viera que los ojos se le empañaban. El ataque del benedictino lo había sorprendido. Esperaba críticas y sarcasmos, no una intuición de la verdad.

El recuerdo del último San Juan de invierno acudía a su mente como una oleada de sol. Estaban todos reunidos, los veinte hermanos de «Conocimiento», en su templo del extrarradio parisino desconocido por las autoridades administrativas de la masonería. Una inmensa residencia, especialmente acondicionada por uno de los hermanos a quien el compañero Raoul Brissac había dado las indicaciones técnicas necesarias. Tras su nuevo nombramiento como venerable, François Branier había hecho entrar en el templo a compañeros y aprendices para anunciarles la composición del Colegio de «Oficiales», los hermanos llamados a desempeñar un oficio iniciático. Luego, por orden jerárquico, la comunidad se dirigía hacia la mesa del banquete, puesta por los aprendices. Fuagrás, salmón, adobo, roquefort, sorbetes, Château Latour y champán... El maestro de los banquetes había vaciado las cajas del hermano tesorero para aquella velada que todos consideraban especial, antes de que llegara el apocalipsis. La fiesta exigía que estuvieran presentes los alimentos más suntuosos. François Branier había celebrado el ritual de los «trabajos de mesa», que acababa con el triple homenaje al Gran Arquitecto, a la logia y a la iniciación. Luego los hermanos de «Conocimiento» se expresaban, uno tras otro, sobre la manera en que vivían su experiencia. Tenían la aguda sensación de que se preparaba una tragedia a escala mundial, pero ni el miedo ni la angustia distorsionaban sus testimonios. El venerable no les había ocultado que, en su opinión, la logia se reunía, intacta, por última vez. Pronto empezaría la lucha secreta por la supervivencia. Las noticias que llegaban de Alemania eran claras: la masonería sería destruida en todas partes; y sus miembros, ejecutados sin juicio. ¿Cuántos de ellos se sentarían a aquella mesa después de la tormenta? Si es que amainaba algún día...

—¿No me quiere contestar, venerable?

François Branier salió de sus recuerdos.

—Puede que tenga razón, padre.

El monje parecía afligido.

—Por momentos, me resulta casi simpático. Usted y sus hermanos tenían buenas

intenciones; pero cometieron el error de alejarse de Dios para cambiarlo por una imagen sin sentido. No están tan lejos de la verdad. ¿Por qué no dar el paso?

—Deje de predicar —intervino secamente el venerable—. Hemos hecho una apuesta. Esperemos el resultado. Pero antes dígame...

Dos agentes de las SS entraron en la enfermería. El venerable se encogió, dispuesto a levantarse. Pero los soldados lo ignoraron y empujaron al monje fuera.

Los presos del barracón rojo estaban deprimidos. El aprendiz Serval había ocupado el puesto de observación de Raoul Brissac y desde allí había contemplado su cadáver, colgado durante un día entero antes de ser bajado y quemado. André Spinot, el óptico, guardaba un silencio casi absoluto, sin apenas alimentarse. Brissac era su hermano y su amigo, la persona que le había despertado el deseo iniciático al revelar su verdadera naturaleza. Él lo había ayudado, animado, orientado. Brissac sólo admiraba el trabajo bien hecho. Gracias a él, André Spinot había aprendido a mostrarse exigente consigo mismo. Ahora, con el venerable y Raoul Brissac desaparecidos, le faltaban puntos de apoyo.

—¿Ninguno de vosotros ha visto al venerable? —preguntó Dieter Eckart por décima vez.

—Me ha parecido divisarlo a lo lejos —respondió Guy Forgeaud, que se recuperaba lentamente—. Pero estaba confuso... no sé si lo habré soñado.

Nadie corroboró la intervención del hermano Forgeaud. Eckart, Spinot y Serval recordaban el lamentable estado en el que lo habían arrastrado al exterior del barracón rojo. Forgeaud, medio inconsciente, era incapaz de tenerse en pie. Los ojos se le cerraban sin quererlo. Sus hermanos sabían perfectamente que, contra toda realidad, intentaba devolver a la logia un rayo de esperanza.

—¿Y si intentamos celebrar una «tenida», a pesar de los pesares? —preguntó Serval—. De lo contrario, ¡moriremos como ratas!

—Mientras yo no tenga pruebas fehacientes de la muerte del venerable, aquí no se celebrará nada de eso —contestó Dieter Eckart.

André Spinot abrió la boca, pero de ella no salió ni un sonido. ¿De qué servía gritar que jamás volverían a ver a François Branier?

—Yo mismo iré a buscar al venerable —dijo Guy Forgeaud.

Una vez dispensadas las curas a los enfermos, el venerable se sentó en el cuartucho. Un par de días más, y se quedarían sin medicamentos. Hacía muchas horas que el monje se había ido. A él, las SS nunca lo habían retenido tanto tiempo fuera de la enfermería. ¿Una buena lección de radiestesia para el comandante? ¿Un informe detallado sobre las palabras y los actos del venerable de «Conocimiento»? ¿Un

exhaustivo interrogatorio sobre su auténtico rol durante el incendio? François Branier no creía haber cometido un gran error, pero el benedictino tenía percepciones fuera de lo común. Su auténtico rol era difícil de determinar. El monje resultaba enigmático, insaciable. Para él, reconocer el valor de la iniciación masónica equivalía a socavar los cimientos sobre los que su universo se había construido. El venerable sólo podía aparecérsese como un mercenario del espíritu o un terrorista a secas. Sobre todo, tenía pendiente aquella apuesta en la que Dios había comprometido, de alguna manera, su reputación. Y no aceptaría perderla.

François Branier se sobresaltó. Una silueta entró en la enfermería. Una sombra rápida, que se desplazaba sin hacer ruido alguno. No era propio de las SS. Se levantó y se dirigió hacia la entrada del barracón.

Era ella. La joven que, con su uniforme nazi, depositaba una caja cerrada en el suelo. Se quedó petrificada en cuclillas. Dejó que él se acercara y retirara la tapa. Medicamentos.

—¿Quién es usted? ¿Y por qué hace esto?

Ella se enderezó, esquiva. Pero él la agarró por la muñeca.

—La necesitamos. Ayúdenos a salir de aquí.

Ella se soltó, reuló con vivacidad y se fue. François Branier enseguida puso a buen recaudo el tesoro que le había traído. Serviría para alargar algunas vidas.

El aire enojado del monje no presagiaba nada bueno. La conversación con el comandante de la fortaleza debió de haber sido dura. El venerable, sentado, había puesto ante él una hoja de sierra y unas tijeras.

—¿Dónde ha encontrado esto?

—En la caja de medicamentos que iba destinada a usted, padre. Me pregunto dónde ha escondido todo el arsenal de las demás ocasiones. No he tenido tiempo de registrar a fondo la enfermería.

El monje hizo rodar algunas cuentas de su rosario entre los dedos.

—Creo que Dios me consentiría romperle la cara.

—Su lado militar... a la Iglesia le gusta eliminar a quienes la incomodan.

—Lástima que haya olvidado exterminar a todos los masones.

El monje estaba que ardía, cerraba los puños. El venerable se disponía a encajar el golpe.

—No veo por qué mi hallazgo lo enfurece. Ha montado usted una red con esa muchacha y prepara una evasión.

—Imaginaciones tuyas. Este material nos servirá para curar a los enfermos.

El venerable dejó clara su decepción:

—Quiere huir solo, padre... esto demuestra una absoluta falta de caridad cristiana.

—No hable por hablar. No busco nada para mí. Que usted lo piense o no, es otra historia.

—Yo no tengo el poder de confesar, y tampoco querría tenerlo. Pero como venerable, escucho los secretos de mis hermanos y procuro quitarles un buen peso de encima.

Aquellas palabras dejaron al monje sin respiración. ¡Un pagano anticlerical le proponía confesarse con él para aliviar la conciencia!

—¿A quién se dirige, venerable?

—A quien quiera entender, padre. Está convencido de que el secreto de mi logia es peligroso para la supervivencia de todos. Lleva razón. Puesto que trabajamos juntos, está usted implicado mal que le pese. El comandante lo utiliza. ¿Cómo? Ése es su secreto. Debe de ser terrible; si no, me hablaría de su conversación con el nazi. Sin duda, prefiere no tener que mentir.

El monje desgranó lentamente su rosario. Una buena técnica para mantener la sangre fría. El venerable poseía la calma de un luchador en reposo, maestro de un poder que sólo utilizaba en el momento preciso.

—No tengo ninguna confianza que hacerle, venerable. Lo que el comandante espera de mí no le concierne.

—Reduce usted su colaboración al mínimo, padre. Reconozca que su respuesta es ambigua.

El monje empezó a clasificar los medicamentos que había traído la joven.

—Hace mal en ser tan desconfiado, venerable. Yo también podría serlo. Las largas horas que pasó con el comandante, sus pseudo revelaciones... ¿Y si estuviera usted negociando con él? ¿Y si cambiara su pellejo por el de los demás presos?

François Branier palideció.

—Dos de mis hermanos están muertos. ¿Acaso imagina que voy a vender a los demás para salvar el pellejo?

El monje volvió la espalda al venerable. Su voz se hizo sorda y pesada.

—Le he contado tonterías. Pero usted me acaba de dar un empujón.

El venerable se puso en pie.

—De acuerdo, padre. Olvídelo. Estamos empatados por nuestras tonterías. Fiémonos el uno del otro. Que el Gran Arquitecto del Universo nos permita luchar juntos.

—Que Dios nos inspire algo mejor —deseó el monje.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Durante un buen rato.

El frío del amanecer cortaba la carne del venerable. Los agentes de las SS lo habían sacado de la enfermería con los primeros rayos de sol para llevarlo a la herbosa pendiente donde había efectuado su anterior cosecha. Serpol, celidonia y

acónito estaban húmedos del rocío. Los dedos rechonchos de François Branier trabajaban mal, rompían los tallos. En poco más de un cuarto de hora, lo llevaron de regreso al campamento.

Entonces comprendió la razón de aquella precipitada cosecha. La casa donde vivía la joven rubia ya no existía. No quedaba más que una pequeña pila de tablas calcinadas ante las cuales un agente de las SS montaba guardia, sin duda para impedir que algún fantasma fuera testigo del crimen que allí se había producido. Así que la habían detenido. La aliada del exterior había desaparecido.

—Hay un herido —anunció Klaus, el jefe de las SS—. Imposible trasladarlo.

Acompañado de dos soldados, había dado la noticia sin la menor emoción. Cuando los alemanes entraron en la enfermería, el monje y el venerable hacían ingerir quinina a dos enfermos. Con un gesto rápido, disimularon los medicamentos en las ropas de sus pacientes.

—Ya voy —dijo François Branier.

El jefe de las SS le cortó el paso.

—No. Usted no. El monje.

El venerable presentía un duro golpe. El de las SS no elegía al azar. El monje cogió unos apósitos. Él también estaba preocupado. Por lo general, se llevaba a enfermos y heridos a la enfermería. ¿Y por qué excluir al doctor Branier de manera tan contundente?

El gran patio estaba inundado de luz solar. Un viento gélido lo barría. El invierno todavía no se había retirado. Flanqueado por los agentes de las SS, el monje se dirigió hacia la torre central. Lo hicieron bajar al taller mecánico. Ante la mesa de trabajo, Guy Forgeaud gemía en cuclillas, con la mano izquierda ensangrentada arrimada al pecho.

—¿Qué le ha pasado?

—Un accidente...

El masón le enseñó la mano izquierda. El dedo meñique, triturado, estaba en carne viva. La herida era terrible. El monje echó mano de una caja y la colocó de manera que Forgeaud se pudiera sentar con la espalda apoyada contra la mesa.

—Habría que trasladarlo a la enfermería —dijo el monje al jefe de las SS.

—Imposible —respondió el alemán, muy bruscamente.

¿Crueldad gratuita? De ella, Klaus no andaba escaso. Pero el monje se olía que la razón era otra.

—Entonces, lo dejo morir aquí. No tengo nada para curarlo como es debido.

El alemán parecía contrariado.

—Dígame qué necesita. Iré a buscárselo. Arrégleselas para que Forgeaud vuelva al trabajo lo más rápidamente posible.

El monje pidió compresas, desinfectante, analgésicos... Klaus se lo transmitió en alemán a un agente que salió corriendo a buscar los productos a la enfermería de la caserna. El jefe de las SS se quedó allí, cerca de Forgeaud, mientras que el monje se ocupaba de la herida. Como el religioso suponía, era imposible intercambiar ni una palabra con el masón.

El monje lo había entendido. Guy Forgeaud se había mutilado voluntariamente para que lo llevaran a la enfermería. Allí, habría visto al venerable; o bien habría sabido que estaba muerto. El sufrimiento del masón debía de ser abominable. Apretaba los dientes hasta hacerlos rechinar.

—Apártese —dijo el monje al jefe de las SS—. Me molesta.

Klaus vaciló por un instante, sorprendido ante la arrogancia de su preso. Pero el monje había empezado a hacer el vendaje y lo iba a pisar si no se movía. El jefe, muy tieso, dio reculó hacia un lado.

Guy Forgeaud aprovechó para levantar los ojos hacia el monje. En su mirada se leía una pregunta: «¿El venerable está vivo?». Pero Klaus ya había recuperado su posición y los observaba a los dos con una intensidad que helaba la sangre. El monje no tenía la posibilidad de cometer la menor torpeza: corría el riesgo de condenar al herido.

Terminó el vendaje y sintió la desesperación de un masón que creía haber sufrido en vano.

—Listos. Todavía no está muerto.

Capítulo 20

—El venerable está vivo —anunció Guy Forgeaud a sus hermanos.

Los ojos del maestro masón brillaban de fiebre. Su dedo triturado era un volcán. Si no hubiera tenido a sus hermanos alrededor, si no se hubiera visto obligado a mantener su rango de maestro, se habría estrellado contra una pared.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó André Spinot, tentado de disimular su esperanza con un tono ácido.

—Por el monje. Cuando me estaba curando, pronunció esta frase... «Todavía no está muerto».

La decepción dejó huella en el rostro de Dieter Eckart, de André Spinot y de Jean Serval, que esperaban un hecho concreto.

—¿Es que no me creéis? —se sorprendió Guy Forgeaud.

—Sí, sí... —respondió Eckart—. Pero no te equivoques... esa frase sólo se refiere a ti.

Guy Forgeaud se mordió los labios hasta hacerlos sangrar para no gritar.

—No... no hablaba de mí... no tenía por qué expresarse así... con la mirada me transmitía un mensaje concerniente al venerable. Está vivo. Y juro que iré a buscarlo. No... no hagáis nada... mientras tanto.

Guy Forgeaud cayó de costado, inconsciente.

El barracón rojo se sumió en tinieblas. André Spinot cuidaba de Guy Forgeaud, que tenía una agitada pesadilla. El compañero no conciliaba el sueño. Estaba seguro de poder permanecer despierto durante siglos. Por miedo. No quería morir sin ver el rostro de su asesino, y no sabía cuándo, ni el día ni la hora; sólo sabía que se acercaba el momento.

Jean Serval, el aprendiz, se arrimó a Dieter Eckart, sentado en un rincón del barracón.

—Quiero hablar contigo, Dieter —dijo Serval con voz temblorosa.

—Dime.

Serval titubeó. Afortunadamente, estaba oscuro, y Eckart no le veía la cara.

—Quiero morir, Dieter. Ya no puedo más.

—Todos estamos igual, hermano.

Jean Serval se estremeció.

—Quiero morir ya. No me quedan fuerzas para continuar.

—Eso no importa —respondió Dieter Eckart.

El aprendiz se sintió avergonzado, casi insultado.

—¿Cómo puedes decir eso...?

—Lo que tú pienses y sientas, hermano aprendiz, carece de interés. Tu deber es obedecer y callar; silenciar en ti tus excesos y tu falta de armonía.

Jean Serval, furioso, cerró los puños.

—Eso son sólo discursos. ¿Es que no te das cuenta? ¿No ves dónde estamos, no sabes...?

—Lo veo y lo sé —le interrumpió secamente Dieter Eckart—. Tu revuelta es inútil. Te hace perder una energía preciosa, y nos debilita a todos. ¿Quieres suicidarte? Hazlo. No hables de ello. Pero ten en cuenta que privarás a la logia de uno de sus elementos esenciales. Si abandonas esta vida como un profano desesperado cualquiera, nos habrás traicionado. Te habrás traicionado a ti mismo.

Jean Serval hundió la cabeza entre las manos y se echó a llorar.

El monje y el venerable degustaban lentamente un tazón de sopa de col. Llevaban dos días confinados en la enfermería, como si el comandante del campo ya no se interesara por ellos. Habían muerto cinco checos, a raíz de las torturas sufridas allí o en algún otro lugar.

El monje había dedicado una hora larga a limpiar su sayal, y el venerable lo había imitado cepillando el traje gris que le recordaba la libertad de otrora. El monje y el venerable eran los únicos presos de la fortaleza que llevaban puesta su propia ropa, como si el comandante hubiera querido aislarlos aún más, singularizarlos.

El venerable pasó la tela entre el índice y el pulgar. Aquel traje ya no era presentable, de tanto sudor y tanto polvo; pero todavía aguantaba el tipo.

Los dos hombres se miraron con insistencia, como si nunca se hubieran visto.

—¿Por qué decidió hacerse monje? —preguntó François Branier.

El benedictino desgranó el rosario que le servía de cinturón.

—Por deseo de Dios y por conocimiento de los hombres.

—¿Harto de ellos?

—Para nada. He constatado sus límites. He conocido a tipos extraordinarios, pero sólo se ocupaban de sí mismos. Ninguno sabía dar.

—¿No le bastaba con ordenarse sacerdote?

El monje bajó la cabeza como si lo hubieran cogido en falta.

—He conocido a muchos sacerdotes... yo buscaba otra cosa. Una existencia más comunitaria, más fraternal. Estaba terminando mi carrera de medicina cuando me tropecé con un viejo monje, por casualidad, en una librería del barrio latino. Se dirigió a mí, tomándome por un vendedor. Me pidió una obra sobre hierbas medicinales. Al principio, creí que desvariaba, y me mostré más que desagradable. Él insistió. Discutimos. Luego cenamos juntos y pasamos la noche entera hablando. Al amanecer, reemprendió el camino de vuelta al monasterio. Lo seguí. A sus setenta años de edad, estaba en una forma física impecable, y eso que había bebido y comido por cuatro. La fatiga no había hecho mella en él. En cambio, yo estaba destrozado. Aquel anciano me fascinaba. Por él he adoptado la vida monástica, empezando por

Saint Wandrille. No volví a ver a mi interlocutor hasta el final de un largo retiro; y entonces supe que se había convertido en abad. Él me lo ha enseñado todo.

François Branier se había emocionado con el relato del monje. Tenía la sensación de redescubrir su propia existencia.

—¿Sigue vivo?

—Murió hace cinco años —respondió fray Benoît—. Desde entonces, he viajado de monasterio en monasterio, incapaz de superar su ausencia. Luego me taché de cobarde y pedí autorización para volver a Saint Wandrille. Me la concedieron. Allí, he intentado llenar el vacío. De convertirme en hombre y monje, nada de nada. He servido a mis hermanos; he cumplido las funciones que se me asignaban. Cuando el prior me hizo saber que yo sería el próximo abad, creía que se estaba burlando de mí; pero aquél no era su estilo. Se había declarado la guerra. Los monjes se dispersaron. Yo quedé al cargo de Morienvall, una abadía romana de Oise. Las SS me detuvo allí mismo. ¡No por mi Fe, sino porque me acusaba de usar mis poderes sobrenaturales! Imagínese... ¡Magnetismo y radiestesia! ¡Como si eso fuera sobrenatural! Los benedictinos llevan siglos practicando esa medicina. Usted también, venerable; usted tiene poderes...

François Branier se sobresaltó. Fascinado por las palabras del monje, había perdido la noción de su propia realidad.

—Usted espera que algún día sea abad y yo no lo espero.

—¿Y eso por qué?

—Dirigir una comunidad es la más inhumana de las tareas. Ninguna experiencia, ninguna competencia es suficiente. En realidad, nadie sabe si el hermano designado para guiar a sus hermanos está capacitado. Aceptar ese cargo es asumir el mayor riesgo que un humano puede correr. Y yo lo creo capaz, padre.

Desconfiado, el monje miró al venerable de reojo. Se preguntaba si no se estaría burlando de él. El tono del masón parecía sincero, se percibía su emoción.

—He apostado a Dios, venerable. Estoy tranquilo. No como usted.

—¿De qué tengo miedo, según usted?

—Teme no resistir, no mostrarse a la altura de su función. Porque no confía en su Gran Arquitecto.

—Siento decepcionarlo, padre. ¿Que no aguantaré el tipo? Es muy probable. Mi resistencia tiene unos límites, como la suya. ¿Que no soy un buen venerable? No me corresponde a mí decirlo. Mis hermanos decidirán. Ellos me han reelegido hasta el próximo San Juan de invierno. Yo no tengo elección. Debo dirigir la logia. ¿El Gran Arquitecto del Universo? Está más allá de la creencia. Confiar o no en él, ¿qué más da? Él crea el mundo a cada instante; de nosotros depende saber interpretarlo.

—Una creación muy teórica.

—No, padre. Yo no consigo hacérsela sentir. Pero le juro que en ella está la

felicidad, la verdadera felicidad.

El benedictino sintió un escalofrío que, curiosamente, lo hizo entrar en calor. Estaba a la defensiva, pero sabía que vivía un momento inefable. Enclaustrado en aquel barracón, respiraba aire puro. La felicidad evocada por el venerable, la conocía, porque la había experimentado en el monasterio, entre sus hermanos. ¿Cómo podía un masón tener acceso a tales misterios?

Un largo ataque de tos lo obligó a combarse ligeramente.

—Casi es usted médico —observó el venerable—. ¿No cree que es hora de curar esa... bronquitis?

—Cada uno lleva su cruz. Yo me las apaño con la mía.

Un rayo de sol penetró en la enfermería e iluminó el rostro de los dos hombres. Klaus, el jefe de las SS, había empujado la puerta sigilosamente, a diferencia de como solía hacerlo. Avanzó unos pasos y se plantó ante el venerable.

—Sígame —le ordenó a François Branier—. Tengo una sorpresa para usted.

Capítulo 21

El venerable esperaba someterse nuevamente a un interrogatorio. Un sol resplandeciente, que brillaba en lo más alto del cielo, recalentaba la atmósfera. Siguió a Klaus hasta la torre central. François Branier levantó la mirada hacia la cima, de donde sobresalían los cañones de metralletas pesadas. El jefe de las SS parecía nervioso. Empujó a uno de los dos SS que vigilaban el acceso a la torre y subió a la segunda planta, seguido de su preso. Se detuvo ante una puerta, que no daba al despacho del comandante, y llamó. Le abrió Helmut, el ayudante de campo, que hizo entrar a François Branier y volvió a cerrar la puerta. El jefe de las SS se quedó fuera.

El venerable descubrió una sala totalmente tapizada de terciopelo rojo y débilmente iluminada por el resplandor de unas velas. Al fondo, había una cama baja sobre la que estaba tendido el comandante.

—Un mareo —explicó su ayudante de campo—. He hecho que lo trajeran a su habitación. Examínelo.

Por instinto, François Branier se inclinó sobre el enfermo. De repente se vio sumido en la tibia atmósfera de las visitas a domicilio en las que hacía de confidente. Sólo que aquel domicilio era una prisión; y el paciente, un verdugo.

—¿Por qué no acude a un médico nazi?

—El comandante era el único médico alemán del campamento, señor Branier.

Un colega... El venerable se preguntó si Helmut le estaba mintiendo, si el comandante no había organizado una macabra puesta en escena.

—No tiene usted derecho a negarse a prestar auxilio —insistió el ayudante de campo.

Aquél era precisamente el dilema del doctor Branier. El comandante tenía la mirada perdida, la tez muy pálida, los labios finos. Sin duda, una insuficiencia cardiaca.

—¿Tiene medicamentos?

El ayudante de campo abrió la puerta de un armario con las estanterías repletas de remedios. Había con qué curar las afecciones más graves. Dejar morir al comandante, deshacerse del ayudante de campo, trasladar a la enfermería el contenido del armario, curar, sanar... un sueño imposible. El venerable sería abatido por los agentes de las SS nada más salir de la torre.

—Decídase, señor Branier. De lo contrario, haré venir al monje.

El benedictino sabría mostrarse caritativo, sin duda. Ocuparía el lugar del venerable si éste último se negaba a examinar al comandante. François Branier abrió el cuello del uniforme del enfermo y le examinó el fondo del ojo.

—Salga de aquí —exigió, volviéndose hacia Helmut—. Nada de curiosos mientras yo hago mi trabajo.

—Pero...

—O eso o me cruzo de brazos.

El ayudante de campo vaciló. Llamar al monje era la última solución. Pero él no confiaba en los poderes del religioso.

—Le concedo cinco minutos.

El agente cerró la puerta.

El monje rezaba. Pero la plegaria no la hacía tan sereno como de costumbre. La angustia lo tenía atormentado. Tal vez porque el viejo astrólogo nizardo acababa de morir, presagiando una vez más la llegada inminente del fuego destructor; o, a lo mejor, porque su instinto le anunciaba una prueba tan terrible que ni él mismo sería capaz de superar.

A cada ataque de tos, el monje se iba debilitando. Y no sólo físicamente. Echaba demasiado en falta el monasterio, sus hermanos, las horas rituales, la vida comunitaria. Hasta el momento, había sabido capear el temporal. Pero ahora se desmoronaba. El venerable bastaría para curar a los enfermos. Por lo demás, ¿de qué servía luchar? Abandonarse a Dios, perderse en él, dejarse absorber por su inmensidad... ¿no sería ése el mejor camino? En todo caso, el más rápido para regresar a su verdadera patria.

El monje rechazó la tentación. Peor aún: la dimisión. La coartada... Problemas de salud. Empezaba a buscar excusas, a mentirse a sí mismo. La verdad es que Dios lo rehuía. Pero ¿por qué? ¿Por qué ya no respondía a sus plegarias? ¿Por el diálogo que había mantenido con el masón? ¿O simplemente porque su deseo de luchar se mermaba y lo condenaba a convertirse en un deportado más?

—No estamos tan lejos del objetivo —afirmó Guy Forgeaud—. Casi disponemos de lo mínimo para celebrar una «tenida». Estaría bien encontrar esa maldita tiza...

La capacidad de resistencia del mecánico asombraba a sus hermanos. No lo habían derribado ni heridas ni golpes. Se recuperaba muy rápido, como un convaleciente mimado.

—Siempre y cuando el venerable esté entre nosotros —le recordó Dieter Eckart.

El compañero André Spinot cumplía su turno de guardia, con el ojo pegado a la abertura que había en el muro del barracón. No pensaba en nada más. Se olvidaba de la fortaleza, del miedo, de la muerte vil. Sólo miraba.

Serval, el aprendiz, trabajaba. Los dos maestros le habían pedido que reflexionara sobre un paso esencial en la iniciación al primer grado, la purificación mediante el fuego; y que lo hiciera teniendo presente el instante en que el venerable ordenaba al nuevo iniciado con el malleto y la espada flamígera.

—Lo sé, Dieter —contestó Forgeaud—. Sólo hay tres posibilidades: o el venerable se encuentra en la enfermería, o está enfermo en la torre central, o... está

muerto.

—No...

Forgeaud puso la mano en el hombro de su hermano maestro.

—No te preocupes, Dieter. De un venerable como él, no se librarán tan fácilmente.

—Ojalá pudiera creerte, Guy... ojalá.

—Si tú te hundes, los demás también. Sin François, tú eres nuestro punto de equilibrio. Todos sabemos que lo ocurrido no ha hecho mella en ti. Esta «tenida» tendrás que presidirla tú.

—No tengo derecho a hacerlo, Guy. Ni siquiera aquí. Ni siquiera en estas circunstancias.

Forgeaud bajó la cabeza. Dieter Eckart estaba en lo cierto.

—Guy, sabes que François Branier no es un venerable como los demás. He conocido a decenas de ellos: buenos, malos, flojos, fanáticos. Y ninguno se le parecía. Nuestro venerable es un maestro espiritual, hombre. Un tipo de la talla de los viejos abades que construyeron Occidente. Sólo él sabe adónde nos lleva. Yo lo seguiré hasta el final. Como el resto de nosotros. Porque él nos obliga a superarnos, a convertirnos en lo que todavía no éramos.

Guy Forgeaud respiraba las palabras de Dieter Eckart como un aire vivificante. Percibía la verdadera talla del venerable como si oyera hablar de un ser lejano, tan inaccesible y tan cercano a la vez.

—¡Es él —gritó André Spinot—, es él!

El compañero abandonó su puesto de observación y se arrojó a los brazos de Guy Forgeaud.

—En el patio —hipó Spinot, con la voz quebrada por la emoción—, el venerable... con el jefe de las SS... ¡El venerable está vivo! ¡Vivo!

François Branier abrió la puerta de la habitación del comandante. El ayudante de campo esperaba en el pasillo, paseándose de un lado a otro. Miró el reloj. Habían transcurrido cinco minutos.

—Sobrevivirá —anunció—. Reposo absoluto durante unos días y cuidados intensivos.

—Gracias, doctor Branier. ¿Es muy grave?

—Mucho. Habría que hacerle unos reconocimientos exhaustivos.

Helmut parecía confuso. Un ruido de botas resonó en el pasillo. Klaus se dirigió en alemán al ayudante de campo:

—Me han dicho que el comandante está enfermo.

François Branier miró hacia otro lugar. Se suponía que no entendía aquella lengua.

—Sí —respondió el ayudante de campo.

—¿Está en condiciones de ejercer sus funciones?

—Necesita reposo y...

—En ese caso —sentenció el jefe de las SS—, me veo obligado a asumir el mando del campamento hasta nueva orden. Helmut, exijo un parte médico cada seis horas. Ocuparé el despacho del comandante. Espero que me traiga un informe inmediato de la situación.

El ayudante de campo chasqueó los talones e hizo el saludo de las SS. El venerable esperaba, sin mostrar impaciencia.

—Se quedará aquí, doctor Branier —indicó el jefe de las SS, pasándose nuevamente al francés—. A partir de ahora, lo considero el único responsable de su salud.

—Nadie puede hacer lo imposible. Tal vez requiera una operación.

—He solicitado el envío de especialistas. Pero, de momento, la vida del comandante está en sus manos.

En el interior del barracón rojo, los hermanos de la logia «Conocimiento» estaban atónitos. Contemplaban al compañero André Spinot, cuyos ojos reían y lloraban a un tiempo. No daban crédito.

—¿Estás seguro de lo que dices, André? —preguntó Jean Serval—. ¿Era el venerable?

—¡No me cabe ninguna duda! ¡No me equivoco, te lo juro! ¿Os dais cuenta? ¡El venerable, vivo!

El óptico no tenía la costumbre de mostrarse tan efusivo. El aprendiz Jean Serval vibraba en la misma onda, y Dieter Eckart exteriorizaba sus sentimientos.

—Pero eso no es todo —dijo Guy Forgeaud—. Va a haber que sacarlo de allí. ¿Los de las SS lo han llevado a la torre?

—Sí —contestó Spinot, exaltado—. No le quitaré los ojos de encima.

Forgeaud estaba pensativo.

—Si al menos tuviéramos un arma de verdad...

—Pongamos los pies en la tierra, Guy. Sólo podemos esperar y observar.

Serval se plantó ante Dieter Eckart.

—¿Y si yo intentara salir, esta misma noche? Bastaría con agrandar la abertura. Podría colarme en el interior de la torre y...

El maestro interrumpió al aprendiz.

—No cometeremos ningún suicidio, hermano. Permanezcamos alerta y apelemos a la presencia del venerable uniéndonos más. Eso hará que vuelva.

—Excelente, padre —observó el jefe de las SS, mientras inspeccionaba la enfermería—. Todo un ejemplo de pulcritud.

Los enfermos se hundían en sus lechos, alarmados. Temían verse expulsados de aquel infierno para caer en otro peor, si cabe más sombrío. El monje, sentado, desgranaba su rosario. Klaus se quedó inmóvil ante él.

—¿Para qué creer en semejantes supersticiones?

—Cada uno tiene su método para no olvidar a Dios... En su caso, tal vez sea el hecho de llevar uniforme.

Al jefe de las SS se le desencajó el rostro.

—Ahórrese sus palabras, padre. Pagaré muy cara su arrogancia, créame. Nadie tiene derecho a insultar al comandante de este campamento.

El monje no se atrevió a alzar la cabeza.

—¿Su predecesor está muerto?

Una tímida sonrisa animó los fríos labios del alemán.

—Nos hemos mostrado muy tolerantes con usted. Desde que ha llegado aquí no ha hecho más que mentir.

El monje, impasible, se puso a dar brillo a las mangas de su sayal frotándolas la una contra la otra. Un poco de saliva facilitaba la operación.

—¿Mentir, yo? Mi religión me lo prohíbe. Sería un pecado, y yo no tendría aquí a nadie con quien confesarme.

Klaus esperaba un error por parte del monje. Y acababa de cometerlo.

—Pues sí, padre... usted y el venerable Branier se confiesan mutuamente. Estoy convencido de que se lo han dicho todo, y de que él le ha confiado su secreto.

La enfermería cayó en un silencio casi absoluto. El monje se levantó, se ajustó el sayal, se colocó bien su rosario-cinturón y le plantó cara al jefe de las SS.

—Sólo un hombre de Dios puede confesar a otro hombre de Dios. Para que lo sepa, el venerable y yo no tenemos absolutamente nada que decirnos. Lo considero un pagano condenado a las llamas del infierno.

Klaus dio un paso atrás.

—Aquí, su Dios está fuera de lugar. Su presencia está prohibida. Por fuerza, usted y el venerable se han tenido que poner de acuerdo. Han llegado a un pacto. Conozco perfectamente la reacción de los detenidos. Sólo piensan en rebelarse, en evadirse, en urdir cualquier plan para hacerse la ilusión de volver a ser hombres libres. Los peores enemigos acaban por aliarse.

El monje sentía que se acercaba el momento tan temido.

—Se equivoca. El venerable y yo somos mucho más que enemigos. No existe ningún tipo de comunicación posible entre nosotros.

Klaus se dirigió hacia la puerta de la enfermería.

—Padre —dijo, volviendo la espalda hacia el monje—, le concedo una última oportunidad. Revéleme inmediatamente el secreto de la logia.

La voz del benedictino no se quebró.

—No hay secreto. El venerable no me ha confiado nada.

La puerta se cerró. El monje se arrodilló y rezó.

Capítulo 22

—El comandante ha muerto.

François Branier miró desconcertado al ayudante de campo.

—¿Cuándo?

—Hace una hora, doctor Branier. El jefe de las SS, Klaus, ha asumido el mando de la fortaleza. Sígame.

El venerable salió del cuartucho donde llevaba encerrado dos largos días, sin comida. Un rincón en el que había pasado la mayor parte del tiempo dormido.

¿Por qué aislarlo de aquella manera? ¿Por qué impedirle que curara al enfermo, que lo reconociera otra vez?

El venerable, flanqueado por los agentes de las SS, bajó la escalera de la torre y fue a parar al gran patio. Estaba abarrotado de detenidos con uniformes a rayas, divididos en dos grupos, que dejaban muy poco espacio entre sí. En el primer grupo, estaban los hermanos de la logia «Conocimiento»: Dieter Eckart, Guy Forgeaud, André Spinot y Jean Serval. Dos maestros, un compañero y un aprendiz. Los supervivientes.

Lo vieron. Pero no manifestaron ningún signo de alegría. Los agentes de las SS los vigilaban, apuntándoles con los fusiles. Una atmósfera apocalíptica. Nadie se movía. Los presos y sus carceleros parecían petrificados por siempre jamás.

La puerta de la enfermería se abrió. Dos agentes de las SS acompañaron al monje hasta el espacio existente entre ambos grupos. Hacía un buen día, casi húmedo.

La voz del jefe de las SS se alzó tras el venerable.

—Vaya a reunirse con el monje.

El venerable avanzó, seguido por centenares de miradas. Rodeó por la izquierda el grupo más cercano, caminando a paso lento. Aquel ritmo le recordaba las procesiones de San Juan cuando, precedido por el maestro de ceremonias, marchaba a la cabeza del Colegio de Oficiales hacia la mesa del banquete ritual. ¿Adónde se dirigía esta vez? ¿En qué laberinto se había extraviado?

El venerable llegó al centro del patio y se detuvo ante el monje. Ya no veía a los demás detenidos, reducidos a una masa oscura y lejana. El monje estaba serio. François Branier tenía miedo. Por primera vez en su vida se sentía rebajado a la condición de insecto.

—Este campamento necesita una reforma —anunció Klaus—. Todos ustedes realizarán trabajos de mantenimiento. Hace falta más orden. Limpiarán la enfermería. Está hecha una auténtica porquería. ¿Y dos médicos? Sobra uno...

El monje y el venerable giraron lentamente la cabeza hacia el jefe de las SS, apostado ante la torre central para que todos pudieran escucharlo.

Klaus dio una orden en alemán, y dos agentes fueron a buscar al monje y al

venerable.

—Les ordeno que se batan en duelo. El vencedor quedará a cargo de la enfermería. El vencido será ejecutado. A menos que muera durante el combate.

El monje reaccionó con vivacidad.

—Yo no me batiré contra nadie. Máteme si quiere. Estoy preparado.

El benedictino tenía la arrogancia de un abad al interponerse, solo, en el camino de las hordas bárbaras.

—Está bien, padre. Si me revela inmediatamente el secreto de la logia «Conocimiento» que el venerable le ha confiado.

—Un masón nunca se sincera con un beato como ése —protestó François Branier.

—Ese masón es el de la peor calaña —replicó el monje—. ¿Cómo se le ocurre pensar que lo haya podido escuchar ni un solo momento?

La mirada de Klaus pasaba del monje al venerable.

—Ya que tanto se detestan, ¿por qué no se pelean?

—Me niego a golpear a un religioso. Me resulta demasiado fácil.

El jefe de las SS, que hervía de ira, logró contenerse.

—Perfecto, señores. ¿Me jura usted por su Dios, padre, que ignora el secreto de «Conocimiento»?

El benedictino miró al cielo.

—Lo juro.

—¡Miente! —exclamó el de las SS—. ¡Están ustedes conchabados!

El monje y el venerable permanecieron impasibles. «Aguantar —pensaba el benedictino—. Aguantar hasta descorazonarlo, hasta hacerle desistir de su proyecto». «Negar y renegar —decía el venerable para sus adentros—, hasta que él mismo se convenza».

—Sé que se ha confiado usted al monje —prosiguió el jefe de las SS, dirigiéndose al venerable—. Con sus poderes, se apoyan el uno al otro. Pero eso se ha acabado. Uno de los dos va a desaparecer. El otro se encontrará solo y acabará hablando.

¿Cuál de los dos moriría? El monje pensó en su apuesta. Dios decidiría; acostumbraba a hacerlo. Adoptaría la solución acorde con su Amor. El benedictino no tenía nada que temer. Si aquél era el final del trayecto en la tierra, también sería el regreso a la patria celestial. Sin embargo, fray Benoît todavía se creía capaz de ofrecer actos venideros, mil y una plegarias para invocar lo divino. Pero no se rebelaba, y tampoco se sometía. Aceptaba la voluntad del Maestro de todas las cosas, porque su mirada llegaba más lejos que la suya.

¿Él o el monje? El venerable recordó su apuesta. El Gran Arquitecto del Universo actuaría según la Regla. No había ni azar ni compromiso; sólo un gigantesco plano a escala del cosmos donde cada elemento de la creación ocupaba su preciso lugar, aun cuando el hombre no entendiera nada de todo aquello. Puesto que el venerable debía

afrontar la muerte llegado el momento, debía hacerlo con dignidad. ¿Acaso no se preparaba para ello, desde el primer momento de su iniciación, desde aquella larga meditación en el «gabinete de reflexión» donde, frente a una cabeza de muerto, había descartado su destino profano?

El jefe de las SS exhibía una leve sonrisa, plenamente satisfecho de su plan.

—Cada uno de ustedes será responsable de la mitad de los detenidos —explicó—. Por eso los hemos dividido en dos «equipos». En el suyo he incluido a los católicos, padre; y en el suyo, venerable, a los miembros de la logia «Conocimiento» y los astrólogos. El vencido condenará su equipo a la muerte. ¿No era así en el mundo antiguo? ¡Eso debería incitarlos a la lucha... para salvar vidas!

El monje cerró los ojos. Primero, para borrar el horror; luego, para volver a centrarse. El venerable repitió hacia sus adentros las palabras que acababa de escuchar, para asumir la atroz realidad.

—Padre —dijo François Branier, con la garganta seca—, no nos queda más remedio que matarnos los unos a los otros.

El monje percibió un curioso resplandor en la mirada del venerable, que procuraba transmitirle una intención. El monje no lograba descifrarla, pero decidió fiarse.

—¿Está listo, padre? —insistió Klaus, impaciente—. A menos que uno de los dos se anime a hablar...

—Ese secreto sólo existe en su imaginación —afirmó François Branier.

—El venerable no me ha confesado nada —dijo el monje—. Renuncie a esta locura que no le llevará a ninguna parte.

Klaus retrocedió unos pasos. Se subió a un pequeño estrado y se dirigió a los detenidos en alemán, en checo y en francés, para explicarles lo que se jugaba en el combate. Hubo algunas exclamaciones, rápidamente acalladas con culatazos. Cientos de febriles miradas se posaron sobre el monje y sobre el venerable.

Los dedos de los hermanos de «Conocimiento» se rozaron y esbozaron una cadena de unión. André Spinot bajó la mirada. Jean Serval hizo lo propio. Dieter Eckart agarró firmemente la muñeca de Guy Forgeaud, que estaba dispuesto a precipitarse hacia el terreno cercado donde el monstruoso duelo tendría lugar.

—¡Desnúdenlos! —ordenó Klaus.

Agentes de las SS sujetaron al monje y al venerable. Unos rasgaron la parte de arriba del sayal, otros arrancaron la chaqueta y la camisa. Con el torso desnudo y los brazos colgando, los futuros adversarios sintieron el soplo de la brisa. Los dos tenían una poderosa musculatura y un torso fuerte, lo cual resultaba tranquilizador.

—¡Que empiece la pelea! —gritó el jefe de las SS—. De lo contrario, cada diez segundos haré ejecutar a diez presos de cada bando.

Murmullos de angustia recorrieron las hileras de los deportados. Una voz gritó:

—¡Vamos, cura! ¡A por él!

Todos pensaron que el que había gritado sería ejecutado. Pero los de las SS no reaccionaron. El agitador volvió a las andadas y pronto fue imitado por sus vecinos.

—¡Vamos, masón! —replicó un miembro del equipo de François Branier, que inauguró una serie de ánimos.

Durante más de un minuto se desató una estruendosa batalla verbal. Se oyó un disparo. En la primera fila, se desplomó un hombre de cada bando, con la cabeza volada por los aires. Se impuso un silencio aterrador.

—No quiero oír ni un ruido durante el combate —indicó el jefe de las SS—. Procedan, señores. Hasta que uno de los dos muera.

El venerable dio un paso hacia el monje, alargó bruscamente el brazo derecho y le encajó un puñetazo en todo el pecho. El monje sólo sintió un leve dolor. El venerable había frenado su golpe.

—Golpee, monje. ¡Golpee como yo!

François Branier había adoptado una expresión fiera, como si quisiera matar a su enemigo. Le golpeó en el hígado. El benedictino le siguió el juego: se doblegó, pero después asestó un codazo que dejó temblando al venerable y lo hizo recular, vacilante.

—Lamentarás tu impiedad —previno el monje, mientras ponía los puños en forma de martillo y los blandía sobre la cabeza del venerable.

Éste último intentó esquivarlo. Demasiado tarde. Recibió el golpe en el hombro izquierdo y lanzó un grito de dolor. Pero entonces se libró de su ataque propinándole al monje una patada en la rodilla. Se disponía a lanzar una ofensiva cuando Klaus intervino.

—¡Basta! ¡Están fingiendo! ¡Vamos, peléense de verdad!

Los agentes de las SS se apresuraron a disparar sobre las primeras filas de los dos «equipos».

La frente del monje se surcó de arrugas. Al venerable le costaba respirar.

—Esta vez, padre, será Dios o el Gran Arquitecto. Lo siento, pero debo intentar salvar a mis hermanos.

El monje le habría ofrecido de buena gana la otra mejilla, pero no consentiría que ejecutaran a decenas de pobres diablos que se veían obligados a depositar en él sus esperanzas de supervivencia. Ni Cristo ni Benoît se habían comportado como corderos degollados. Uno había venido a traer fuego al mundo; el otro había luchado contra los bárbaros. Él, como monje, tenía que derrotar a un venerable para salvar a los cristianos; aun cuando no le hiciera ninguna gracia golpear a François Branier.

El venerable sintió que pesaba sobre él la esperanza de sus hermanos. No los veía, porque estaban sumergidos entre las filas de su «equipo». Pero percibía su atenta presencia. Tenía que luchar por ellos, herir, matar a un hombre por el que sentía

admiración. Cualquier muerte hubiera sido preferible a aquel monstruoso duelo.

Los dos adversarios avanzaron el uno contra el otro. Cada uno de ellos quería asestar un golpe, y solamente uno, para que el suplicio acabara cuanto antes mejor. Ya sabían que jamás lo olvidarían. Se miraron de hito en hito y se hablaron en silencio, implorando su perdón respectivo. Ellos no se convertirían en bestias sanguinarias; se desdibujarían tras una función para volverse tormenta, tempestad y rayo que matan sin querer.

El monje propinó un cabezazo al venerable, que se desplomó, sin respiración. Consiguió levantarse, pese al insoportable dolor que notaba en el pecho. Rabioso, le devolvió el golpe. El monje sufrió un corte en la ceja izquierda. Corría la sangre a borbotones. No daría el espectáculo pataleando como un fanteche. Sólo le quedaba esperar, de pie, el golpe de gracia.

El monje tosía, derribado. Se incorporó, ya sin fuerzas. No distinguía más que la vaga silueta de su adversario, una forma que debía destruir. Con los puños en guardia, provistos de la fuerza de un leñador cuando empuña su hacha, se preparó para matar al venerable.

Un grito agudo lo inmovilizó. La voz de André Spinot.

—¡Soy judío! —gritó el masón—. ¡Soy judío! ¡A la mierda los alemanes! ¡Las SS morirá, perderá la guerra!

Durante unos segundos, los alemanes fueron incapaces de reaccionar. André Spinot se abrió paso entre las hileras de deportados, pasó corriendo ante el monje y el venerable y se abalanzó sobre el jefe de las SS.

Al sentirse amenazado, Klaus despertó de su letargo. Apartó a Spinot de uña patada en el vientre.

Más de cincuenta presos, locos de miedo, se precipitaron hacia los muros de la fortaleza, derribaron al venerable y arrollaron al monje. Otros, aterrorizados, se tiraron al suelo. Y otros atacaron a los agentes de las SS.

El jefe dio orden de disparar.

Capítulo 23

La muerte tenía gusto de noche. François Branier la saboreaba a fondo, dejándose transportar por los ruidos de voces que rompían su silencio. Observaba rostros que se perfilaban en la bruma. Eran Raoul Brissac, Dieter Eckart y Jean Serval. El venerable tendió la mano hacia sus hermanos, para tocar el vacío. Entonces se obró el milagro. Brissac sonrió, y Eckart lo cogió de la mano. Serval rompió a llorar.

—La logia... ¿vosotros, la logia?

Una revelación. Sus hermanos todavía eran incapaces de hablar. Dieron al venerable el tiempo de reconciliarse con la vida.

—¿Dónde estamos?

—En nuestro barracón —respondió Dieter Eckart—. Te desmayaste justo cuando el monje te iba a rematar.

François Branier se incorporó, inquieto.

—¿Y André? ¿Dónde está André?

—Muerto. Se delató como judío y provocó un motín. Fue una masacre. Abrieron fuego. Quemaron el cadáver de André en el centro del patio.

La voz de Dieter Eckart no se había quebrado. Decía la verdad, tal como la había visto. No acostumbraba a disfrazarla, por insoportable que fuera.

En cuanto al hermano André... El venerable y los maestros de la logia habían pasado mil trabajos para arrancarlo de su narcisismo y mostrarle el camino hacia la luz. André tenía problemas para sincerarse, para aliviar sus temores, para hallar el equilibrio que le habría permitido progresar más rápido. Por ser demasiado sensible, había tenido que contenerse para pasar de la afectividad a la fraternidad. A lo largo de su búsqueda, había hecho gala de un formidable coraje y engendrado cualidades que no tenía. Al declararse judío, había ofrecido su sangre al cuerpo sagrado de la logia, como si durante su iniciación se hubiera obligado mediante juramento al grado de aprendiz.

André Spinot había salvado a la comunidad, al apostar por su eternidad, por su incesante metamorfosis regida por el Gran Arquitecto.

Con André en el Oriente eterno, ya sólo quedaban cuatro hermanos.

Eckart no dudó en desgarrar la conciencia de François Branier.

—No hay tiempo para lamentaciones, venerable maestro. Tenemos cosas que hacer.

Dieter Eckart se explicó con su habitual autoridad. Con su actitud, trasladaba a sus hermanos lejos de la fortaleza nazi. Les recordaba los sótanos abovedados donde tantas «tenidas» habían celebrado, las piedras ancestrales, los edificios perfectos donde el hombre se sentía un poco menos mortal.

—¿Y el monje? —inquirió François Branier.

Sin darle una respuesta, Eckart y Forgeaud ayudaron al venerable a levantarse. Éste último logró tenerse en pie, pese a sentir dolores por todo el cuerpo y, especialmente, en el pecho. Pero el sufrimiento era llevadero.

—Podéis soltarme... debería poder yo solo.

El venerable vio al monje. Estaba estirado en el suelo del barracón, exánime. Los hermanos de «Conocimiento» le habían zurcido la sotana.

—¿Está...?

—No —respondió Dieter Eckart—. Respira. Lo han arrollado.

—¿Por qué lo han traído aquí?

—Ni idea.

El venerable creía saberlo. Habían dado al monje por muerto. En adelante, el jefe de las SS lo tomaba por un colaborador de los masones. Compartía su destino, a menos que los traicionara. ¿El benedictino, un traidor? François Branier se dejaba invadir otra vez por la duda. Si el monje había hecho de soplón, era con el comandante. Pero éste último había desaparecido, tal vez asesinado por Klaus. El jefe de las SS no tenía la sutileza del comandante. Impaciente y violento, no tenía la precaución de seguir enfrentando al monje al venerable; y tampoco esperaba nada de un conflicto que los habría destrozado. Prefería alinearlos en el mismo campamento.

Esta actitud no presagiaba nada bueno. El comandante era un monstruo frío y calculador. Klaus era una bestia imbuida de su nuevo poder.

—¿Ha sido el monje el que me ha molido a palos? —preguntó el venerable.

—¡Un sagrado forzado! —manifestó Guy Forgeaud—. Tú has caído el primero, pero no creo que él hubiera tenido fuerzas para rematarte. También estaba listo.

—Si André no hubiera intervenido, me habría matado.

El venerable se inclinó hacia el monje. El benedictino ni se había inmutado.

—¿Y la enfermería?

—Destruida —indicó Dieter Eckart—. Los últimos agitadores se refugiaron allí. Los de las SS la incendiaron y dispararon sobre quienes intentaban salir. En mi opinión, más de la mitad de los deportados han sido exterminados.

—¿Cuánto tiempo me he pasado inconsciente?

—Unas horas.

—¿Las SS os han dejado en paz?

—No hemos visto a nadie —dijo Guy Forgeaud—. El patio está vacío. Ni un ruido.

Los cuatro hermanos se sentaron.

—Hemos escondido material —dijo Forgeaud—. Sería una lástima dejar que se oxidara.

—¿Tienes un plan?

—No, venerable maestro. Precisamente te esperábamos para urdir uno.

—Venerable maestro —intervino Eckart—, creo que ya va siendo hora de...

—Lo sé, Dieter. Vamos a celebrar esta «tenida». Después, podremos morir tranquilos.

Jean Serval se angustió.

—Morir... ¿acaso creéis...?

—Tendrá que ser rápido —exigió el venerable—. Esta misma noche. Sin duda, Klaus ha eliminado al comandante. Puede que no haya tenido mucho tiempo de presentarse a sus superiores. Su mejor baza será sonsacarnos nuestro secreto con métodos radicales.

—La tortura —murmuró Serval.

—No perdamos ni un minuto más —dijo Forgeaud—. Tenemos las velas, una caja de cerillas y con qué simbolizar regla, escuadra y compás.

—Faltan el tablero y la tiza —observó Dieter Eckart—. No hay «tenida» posible sin trazar el plano en el tablero.

—Esta noche saldré a buscar lo que falta —propuso Forgeaud.

—Ni hablar —zanjó el venerable—. Pensemos otra solución.

El monje subía hacia las colinas de Saint Wandrille. Caminaba por entre la maleza, alumbrada con la fresca luz de la primavera. Se sentía ingrátido, casi inmaterial. Sólo los árboles tenían una forma distinta; más allá de sus troncos centenarios se desplegaban capas de bruma. El monje, irritado, abandonó el sendero, dispuesto a atravesar la niebla. El sol pronto se ocultó bajo sus pasos. Él trató en vano de aferrarse a una rama y cayó de espaldas. Una interminable caída, durante la cual quedó cegado por un sol que, poco a poco, se fue transformando en rostro.

El del venerable.

—Me alegro de volver a verle, padre.

El monje tenía los ojos abiertos. Enseguida notó un dolor fulgurante en la ingle. Lanzó un grito y se agarró a la muñeca derecha del venerable, que le ayudó a incorporarse.

—Estoy yo más molido que usted, padre. Tenemos la mano pesada, tanto el uno como el otro.

—Así que no he logrado deshacerme de usted...

—La carcasa es robusta.

François Branier contó al benedictino lo que había sucedido. Eckart y Forgeaud se mantuvieron al margen, en un rincón del barracón; veían al religioso como a un intruso. Jean Serval ocupaba su puesto de observación. Por el patio pasaban agentes de las SS. La caserna parecía presa de una gran agitación.

—Necesito su ayuda, padre.

El monje suspiró.

—¿Sus penas hacen que por fin se vuelva hacia Dios?

—Hemos decidido celebrar una «tenida» ritual aquí mismo. Al sacralizar este lugar, haremos renacer la luz, nuestro verdadero alimento. Luego, ya nada importará.

—Mejor para usted. Pero yo no veo...

—Necesitaría su rosario.

Con el rostro arrugado por las punzadas que le recorrían todo el cuerpo, el monje sacó fuerzas de la indignación.

—Nadie lo tocará.

—No tenemos la intención de quitárselo por la fuerza. Se lo pido de manera amistosa. Y se entiende que le será devuelto.

Los ojos del monje lanzaron rayos de furia. Puede que incluso sintiera no haber asestado el golpe decisivo que habría mandado al venerable al otro mundo. Forgeaud se preguntaba por qué el maestro de la logia se mostraba tan paciente.

—¿Pensaba usar mi rosario para alguna de sus prácticas satánicas?

El venerable sonrió.

—No empecemos, padre. Nosotros celebramos ritos, como usted. Satán no tiene cabida entre nosotros; no está libre ni de buenas costumbres.

Aquel argumento no hizo mella en el monje.

—Este rosario está consagrado por el último abad de Saint Wandrille. Es mi más preciado tesoro.

El venerable meneó la cabeza.

—Le comprendo. Para mí lo era el mandil transmitido de maestro de logia en maestro de logia. Pero tener algo, aquí... ¿es acorde con la voluntad de Dios?

—¡Métase en sus asuntos! —estalló el monje.

François Branier bajó la voz y habló sólo para el monje.

—Quería confesarle, padre... que me he dejado vencer porque no tenía ganas de pelear. He intentado odiarlo, ver en su lugar el dogma, la inquisición, el fanatismo religioso. Una pérdida de tiempo. Siempre aparecía usted, una persona más. Cuando su rostro se desdibujó, ya era demasiado tarde. Me sentía vacío, incapaz de defenderme. Su Dios había ganado.

—No del todo —protestó el monje—. Aquí estamos, el uno y el otro. Nuestra apuesta sigue en pie, y aún tengo intención de ganar.

El venerable miró al monje, procurando tocarle la fibra sensible.

—¿Le quedaban fuerzas para golpear una vez más? ¿Para matar?

—¿A qué viene eso?

Se desafiaron en silencio.

—Si su rosario es una reliquia sagrada, padre, no tiene nada que temer.

Al monje se le ensombreció el semblante.

—Este rosario no saldrá de mi cintura. Antes tendrá que pasar por encima de mi

cadáver.

—No insistiré. Peor para nosotros.

Los párpados del monje se cerraron. Estaba molido y necesitaba unas horas de sueño.

—Yo te traeré lo que haga falta —constató Forgeaud.

—¡No! —protestó Jean Serval—. Soy el aprendiz. Me corresponde asumir los riesgos.

A Forgeaud le ardía la frente. La herida le punzaba. Agarró a su hermano por los hombros. Le sacaba una buena cabeza.

—Escúchame bien, hermano aprendiz. Aquí y en el más allá vivimos según la Regla. Tú eres aprendiz y yo, segundo vigilante. Estás bajo mi inmediata autoridad. Tú te quedarás aquí y yo saldré ahí fuera. Y no se hable más.

Jean Serval volvió la mirada hacia el venerable. Pero éste último no tenía nada que añadir.

Acababa de caer la noche, mucho más lentamente que de costumbre. La primavera traía el buen tiempo. Jean Serval observaba el patio sin cesar, con el ojo pegado a la abertura. Normalmente, los agentes de las SS hacían el cambio de guardia delante de la caserna. Ningún otro movimiento. En el suelo del barracón se observaba una lima que Forgeaud había sacado del escondite. El monje dormía. Dieter Eckart estaba adormilado, tras dos días de vigilancia ininterrumpida.

—¿Te bastará, como arma?

—Me hará buena falta, venerable maestro —contestó Guy Forgeaud.

—¿Al taller?

—Me las arreglaré para abrir. Cogeré un cordel. Nos conformaremos con eso. Respecto a la tiza, lo intentaré.

—¿Seguro que quieres ir?

Guy Forgeaud tenía miedo. No tenía ni una posibilidad entre mil de lograrlo.

—No, prefiero quedarme. Sería lo más razonable. Pero nosotros no somos gente razonable. Nosotros queremos vivir nuestra iniciación en pleno infierno. Nosotros queremos recrear el plano de la logia; no nos basta con imaginárnoslo. Somos constructores. Por eso iremos a muerte. Yo, el primero. Con todos mis respetos, venerable maestro. Así es.

El venerable y el maestro Guy Forgeaud se dieron el triple abrazo fraternal.

—Vía libre —dijo Serval.

No se vía un solo agente de las SS en el patio. Los focos estaban apagados.

Guy Forgeaud se dirigió hacia la puerta del barracón. Iría reptando hasta el taller. Pero justo cuando se ponía en cuclillas para ponerse boca abajo, una mano se le posó sobre el hombro izquierdo.

Capítulo 24

La poderosa muñeca del monje inmovilizó a Guy Forgeaud.

—¿Mi rosario les es realmente indispensable? —preguntó el benedictino al venerable.

Éste último asintió con la cabeza.

—¿Qué van a hacer con él?

—Ponerlo en el suelo de este barracón y usarlo como símbolo.

Con mucho cuidado, como si manipulara material frágil, el monje se quitó el rosario que le servía de cinturón. En el momento de entregárselo al venerable, titubeó. Separarse de él era como abandonarse a sí mismo, casi como renegar de su fe.

Se reprochó aquella reacción fetichista. El rosario era sólo un objeto, sin más valor que el que se le daba. Agradeció al venerable que le hubiera arrebatado aquella parte profana de su ser.

Cuando vio su rosario en las manos del venerable, el monje experimentó la extraña sensación de entrar en otro mundo. Transmitía una plegaria a un ateo. ¿Cuántos dedos habían hecho rodar aquellas cuentas de ébano, que elevaban pensamientos hacia Dios mediante la simple repetición de un gesto? El rosario había sido el atento testigo de innumerables horas de soledad en celdas austeras iluminadas por la presencia divina. A veces, el monje se preguntaba qué hermano se lo quedaría a su muerte. Y ahora estaba en posesión de un venerable.

¿Por qué accedía a ayudarlo? Si Guy Forgeaud hubiera intentado salir, lo matarían. La logia no habría podido celebrar una «tenida» según la Regla. Pero la Iglesia no habría perdido nada. Pero ¿a qué Iglesia pertenecía un monje benedictino? ¿No se vinculaba, de manera intemporal, a las primeras comunidades en que mano y espíritu eran indisociables? ¿No buscaba construir al hombre como un capataz, con unos materiales llamados fe, plegaria y trabajo?

El venerable parecía incómodo.

—¿Le hace falta alguna cosa más? —inquirió el monje, enojado—. ¿Mi sayal, tal vez?

—Lo necesitaré a usted, padre. Para que participe en nuestra «tenida».

Al monje le pareció haber oído mal.

—Pierde usted la cordura...

—Deje que se lo explique. Todos los hermanos aquí presentes desean vivir esta «tenida». Dieter Eckar y Guy Forgeaud son maestros; así que ellos, y nadie más que ellos, celebrarán simbólicamente los oficios de la logia. Jean Serval es aprendiz y, cuando salgamos de aquí, preparará un trabajo para pasar al grado de compañero.

El monje y el aprendiz intercambiaron una mirada furtiva. Serval, loco de alegría,

se acababa de enterar de que le resultaría posible acceder a otros misterios. Nada podía alegrarlo más. Se sintió imbuido de nuevas energías. Sí, iban a salir de aquélla. El monje pensaba en los diez oficios monásticos que regían la vida cotidiana de su comunidad, en la paz del divino obrador. ¿Acaso los masones los habían imitado, o tal vez la propia organización jerárquica había sido transmitida y conservada por sus irremplazables virtudes?

—Sus secretos no me conciernen, venerable. Yo no necesito ninguna explicación.

—Nuestras «tenidas» deben celebrarse a cubierto —prosiguió François Branier, sin hacerle caso—. En un lugar como éste, necesitamos un retejador exterior, un oficial encargado de velar por la seguridad de nuestros trabajos. Él se queda en el exterior de la logia y previene a sus hermanos cuando descubre un peligro. Le pido que realice esta función, padre. No asistirá a nuestros misterios; pero permitirá que se desarrollen con total serenidad.

El monje, sofocado, olvidó su sufrimiento. Sabía que el venerable era un personaje temible desde el primer instante en que lo conoció; ahora bien, de ahí a proponerle que se convirtiera en masón...

—Creo haber hecho todo lo posible —contestó el benedictino—. Me pide demasiado.

—No me lo parece —insistió el venerable—. Esta «tenida» es vital para nosotros. El Gran Arquitecto se lo agradecerá.

El monje refunfuñó. El venerable lo sometía a una dura prueba. Se aprovechaba de su agotamiento, sin darle tiempo a recobrar el aliento.

—Le aseguro, padre, que nuestra «tenida» no contiene nada que pueda ofender a su Dios.

Los hermanos esperaban la respuesta del monje. Si uno de ellos se viera obligado a hacer de retejador exterior, no podría asistir a los trabajos. Y ése sería el más insoportable de los sacrificios. La cadena de unión sólo se completaría si el monje aceptaba la proposición del venerable.

El benedictino tomó asiento. La cabeza le daba vueltas. Tenía hambre; en cambio, su fatiga se atenuaba. Los golpes no habían mermado su energía vital. ¿Y si, al otro lado de la puerta de aquel siniestro barracón, estuviera el parque de la abadía de Saint Wandrille, con sus árboles y el gorjeo de sus pájaros? ¿Y si bastara con traspasar aquella frontera para regresar al paraíso terrenal?

Saint Wandrille estaba vacío. Ya no había más monjes en el monasterio. La guerra también había llegado hasta allí. Sus altos muros ya sólo albergaban la ausencia. El último paraíso era aquel barracón lleno de masones que todavía creían en lo sagrado. Aunque se equivocaran, aunque celebraran ritos paganos, olvidaban el horror y mantenían la esperanza.

—¿Y qué tendría que hacer? —quiso saber el monje, con la mirada perdida.

Los hermanos de «Conocimiento» rodearon al venerable.

—Nada más que mirar al exterior por la abertura que hemos hecho en la pared y prevenirnos si algún agente de las SS viene hacia nuestro barracón. Su ayuda es inestimable, padre.

—Dense prisa —instó el monje, mientras se disponía a ocupar su puesto.

Finalmente oficiaba de retejador exterior. El venerable y los otros tres supervivientes de la logia hicieron los gestos necesarios para construir el templo. El venerable se situó en el Oriente, Dieter Eckart a su derecha y Guy Forgeaud a su izquierda. Jean Serval se colocó en la columna de septentrión.

Guy Forgeaud destapó el escondite, y de allí sacó un martillo que entregó al venerable. Éste último dio un golpe en la pared del fondo.

—Que cada uno ocupe su lugar, hermanos.

Con esta simple frase, el mundo se volvía a poner del derecho. Cada hermano aceptaba su justo lugar en un universo sin tacha.

—Hermanos míos —prosiguió el venerable—, nuestra Regla nos exige que nos aprendamos nuestros rituales de memoria. Debemos recrearlos continuamente. Para sacralizar este lugar y abrir la logia, os pido que invoquéis conmigo al Gran Arquitecto del Universo. Ordenémonos, hermanos.

El venerable colocó el mallete improvisado a la altura del corazón. Eckart y Forgeaud hicieron lo propio. El aprendiz se puso la mano derecha en la garganta.

El monje sólo veía la noche. El patio estaba casi sumido en la oscuridad. En el interior del barracón, los hermanos apenas se distinguían. El benedictino estaba furioso. Furioso con el venerable, porque éste último había olvidado precisar que, si no veía nada, escuchara con atención; furioso consigo mismo por no haberlo captado a tiempo.

—Hermano primer vigilante, ¿qué se necesita para que una logia sea justa? —preguntó el venerable.

—Que esté iluminada —contestó Dieter Eckart.

—Y que él también lo esté.

Guy Forgeaud colocó tres velas en el suelo.

—Que la Sabiduría cree —dijo el venerable—, que se exprese y se materialice.

Guy Forgeaud rascó una cerilla y encendió con ella las mechas de las velas. A partir de entonces, tres estrellas brillaban en el firmamento del barracón rojo convertido en templo.

—Que los tres grandes luceros se revelen —ordenó el venerable.

Dieter Eckart echó mano de las herramientas que Guy Forgeaud había traído. Sobre la regla metálica, puso escuadra y compás, representados por las llaves inglesas.

—Que el hermano aprendiz trace el plano de la logia.

Jean Serval se adelantó, para situarse en el centro del triángulo formado por el venerable y los dos maestros. Simbólicamente, sólo el venerable podía realizar el acto de creación consistente en dar a conocer los símbolos. Por designación, esta tarea podía competir a un aprendiz. Así, la energía circulaba desde el maestro de la logia hasta el más humilde de sus miembros.

Jean Serval palideció. ¿Con qué iba a trazar el plano? Creyó que, arrastrados por el salvaje deseo de vivir su ritual, los hermanos habían descuidado ese detalle. Pasó el rosario del monje a Dieter Eckart, quien a su vez lo entregó al aprendiz. Serval colocó el objeto en el suelo, para completar un rectángulo. Ésta era la forma adoptada por la cuerda de agrimensor con sus nudos de apoyo, que delimitaba el espacio sagrado en el interior del cual se desplegaban las figuras mágicas.

El venerable inclinó la cabeza, queriendo decir al aprendiz que había hecho un buen trabajo y que ya podía volver a ocupar su lugar. El rosario del monje serviría, por sí solo, como plano de logia.

Jean Serval tuvo un movimiento impulsivo. Había que hacer lo posible por celebrar aquella «tenida» excepcional. Y él, con gesto violento, se apoderó de la lima que Guy Forgeaud había dejado tirada. Aunque temía el dolor físico, se raspó la piel del antebrazo izquierdo hasta sangrar. Tuvo que apartar la mirada, pero finalmente logró embadurnar el índice de la mano derecha en su propia sangre, luego se arrodilló y trazó los símbolos sobre los listones de madera usados.

Empezó con el triángulo, la primera forma geométrica posible. A septentrión, dibujó un sol con un punto en el centro y, a mediodía, una luna creciente. Después, las tres ventanas, el pavimento de mosaico a cuadros blancos y negros, el malleto y el cincel, la perpendicular, el nivel, las dos columnas, la piedra bruta y la piedra cúbica, la puerta del templo.

El aprendiz se levantó. La madera ya había absorbido su sangre.

—En honor del Gran Arquitecto del Universo —dijo el venerable—, declaro abiertos los trabajos de la logia. Hermanos míos, formemos la cadena de unión.

Los tres maestros y el aprendiz entrelazaron sus manos, y así reconstruyeron al hombre en su unidad. Mientras ellos saboreaban la plenitud de aquel momento, la puerta del barracón se abrió bruscamente.

Helmut, el ayudante de campo del difunto comandante, estaba de pie en el umbral.

Capítulo 25

El monje los había traicionado. Al ver que el de las SS venía hacia el barracón, no los había alertado. Tal vez le había hecho una señal al principio de la «tenida» para que los masones fueran sorprendidos en plena actividad.

—Rompamos la cadena, hermanos —ordenó el venerable.

Las manos se separaron, pero no los espíritus. El plano de la logia seguía visible. El monje se dio la vuelta y abandonó su puesto de observación. Tenía el rostro pétreo. En sus ojos, el venerable leyó sufrimiento y pesar.

El ayudante de campo entró y, acto seguido, cerró la puerta del barracón. François Branier se sentía humillado. El monje era casi un hermano para él. Se había equivocado al depositar en él toda su confianza. La logia iba a pagar muy caro su error.

Abrumado, no comprendió el gesto del monje. Pese a las heridas, el benedictino se levantó bruscamente, se abalanzó sobre el de las SS y le apretó la garganta hasta estrangularlo.

—¡No! —gritó el ayudante de campo—. ¡Soy uno de los vuestros! ¡Soy un hermano!

El monje titubeó por un momento y dejó de apretar. Eckart, Forgeaud y Serval, pasmados, esperaban la decisión del venerable. Estaban en plena sesión masónica. Nadie podía tomar la palabra por su cuenta.

—Si eres un hermano —dijo François Branier en alemán—, dame la contraseña de aprendiz.

El ayudante de campo miró fijamente al venerable. Los labios apenas se movieron. No articuló palabra.

Furioso por no haber cumplido su misión, el monje no quería dejar que nadie más se encargara de mandar al de las SS al infierno. Como no conocía la contraseña, estaba condenado.

—Déjelo, padre —exigió el venerable.

El monje cedió, sorprendido. El de las SS avanzó un paso hacia la escuadra y luego se detuvo, con los ojos clavados en el plano de la logia, trazado con la sangre del aprendiz. Dio dos pasos más y trazó con la mano derecha el símbolo de la orden.

—Venerable maestro —declaró—, soy el último superviviente de una logia de Berlín cuyos miembros han sido ejecutados o deportados. Al igual que ellos, creí en Hitler. He formado parte de la sociedad Thule, en la que había otros masones. Esto es lo que me ha salvado. Pero acabaron identificándome y, ahora, cada día espero ser detenido.

Dieter Eckart creía que aquello era una provocación. Pero el ayudante había asumido todos los riesgos al venir solo. Guy Forgeaud se emocionó. Así que en lo

más profundo del infierno, había un hermano al que no conocían. Jean Serval revivía el momento de su iniciación. Se sentía perdido, deslumbrado. La vida ya no se paraba a la puerta de aquella prisión.

—Alemania pronto perderá la guerra —declaró Helmut—. Mañana, pasado mañana, el mes que viene... pero perderá.

—¿No estás yendo demasiado lejos, hermano? —inquirió el venerable, con una pregunta ritual para descubrir el grado iniciático del alemán.

—Conozco los misterios de la estrella.

—¿Y no vas demasiado lejos?

—No, venerable maestro. Soy compañero y desconozco el secreto de los maestros.

—En esta logia están presentes los tres grados de la iniciación —concluyó el venerable—. Podemos trabajar en sabiduría, fuerza y belleza.

Una increíble alegría inundó el corazón de cada uno de los hermanos. Habían logrado evadirse de la fortaleza, de la guerra y de la desgracia.

—Padre —dijo el venerable—, ¿podría retomar sus funciones de retejador?

El monje no se ruborizaba desde aquel lejano día en que su abuela lo había sorprendido robando chocolate. Al dejarse llevar, había asistido a aquella «tenida» masónica y olvidado el hábito que llevaba. Casi se había visto seducido por la magia de las actitudes rituales. Avergonzado, dio la espalda a los masones para observar de nuevo lo que pasaba en el patio. Por desgracia, no podía taparse los oídos.

—¿Un hermano pide la palabra en beneficio de la logia?

El ayudante de campo levantó la mano.

—Tienes la palabra —le dijo François Branier.

—Klaus, el jefe de las SS, lleva más de dos horas reunido con sus principales subordinados. Ha logrado convencerlos de exterminar a todos los deportados y abandonar la fortaleza. La guarnición no es lo bastante numerosa para soportar un ataque inminente. La última cuestión que deben resolver es la de la logia «Conocimiento». Para sonsacarles el secreto, sólo les queda probar con la más brutal de las torturas. Doble o nada. Klaus y sus hombres llegarán de un momento a otro. Quería preveniros y morir con vosotros.

Cada uno encajó el golpe lo mejor que pudo. Se lo esperaban, pero deseaban que aquel espectro se alejara y que ellos pudieran convertirse en presos de excepción. Hasta entonces, los habían mantenido aislados mientras el venerable luchaba por la supervivencia de todos y cada uno de ellos. El castillo de naipes se desmoronaba. Cuando la puerta del barracón se abriera por última vez, dejaría entrar al cortejo de la nada.

—El retejador nos avisará de todo riesgo de intrusión —dijo el venerable—. Este peligro forma parte de nuestra iniciación. Hermanos, os invito a poner os manos a la

obra. Hermano Dieter, ¿todo es conforme a la Regla?

Dieter Eckart contempló el plano de la logia.

—Todo exacto y perfecto, venerable maestro. Cada uno de los hermanos se ha despojado de sus imperfecciones y cumple su función.

Las palabras rituales se propagaban como el fuego en el cuerpo de Jean Serval. Le abrasaban el alma. En tanto que aprendiz, permanecía en silencio durante la solemne «tenida». Una vez convertido en compañero, recibiría el don de la palabra si superaba la prueba. Entonces devolvería la energía que había recibido.

Ahora Jean Serval tenía la seguridad de que la puerta del barracón rojo no se abriría durante la noche. Aquella «tenida» duraría eternamente. El venerable tenía el rostro demasiado sereno para que fuera de otro modo.

—¿De dónde venimos, hermano segundo vigilante?

—De una logia de Jean, venerable maestro.

—¿En qué trabajan los iniciados?

—Desbastan la piedra bruta mientras practican la Regla.

—¿Los aprendices están satisfechos?

—La armonía reina entre ellos, venerable.

—Hermano primer vigilante, ¿los compañeros han descubierto la piedra bruta?

—La Fuerza reside en ellos, venerable maestro.

—Que los maestros transmitan la Sabiduría que les ha sido transmitida. Así nacerá la luz. Ocupad vuestro lugar, hermanos.

Cada uno de ellos buscó instintivamente el banco de piedra o de madera en el que acostumbraba a sentarse. Se conformaron con sentarse en el suelo del barracón con las piernas cruzadas.

—Hermanos —prosiguió el venerable—, nuestros últimos trabajos se habían basado en los deberes del iniciado respecto al Gran Arquitecto del Universo y, más concretamente, en el secreto del Número del que nuestra logia es depositaria.

«Así que —pensó el monje— los de las SS no se equivocaban».

—De manera excepcional —continuó François Branier—, he tomado la decisión de transmitir este último secreto de la iniciación. Ninguno de vosotros es venerable, pero me dirijo al venerable que lleváis dentro. Esta noche os convertiréis, como yo, en custodios del Número que hace inmortal nuestra hermandad.

Dieter Eckart pidió la palabra.

—Venerable maestro, esta postura no me parece conforme a la Regla. Ninguno de nosotros está capacitado para recibir ese secreto y, mucho menos, para transmitirlo. Moriremos desempeñando nuestra función, no pedimos más. Tenemos el inmenso placer de celebrar esta última «tenida». Si nuestro secreto va a desaparecer con nosotros, será porque el Gran Arquitecto así lo habrá querido. Y te recuerdo que hay un profano... casi entre nosotros.

El monje no era tan ingenuo para creer que el venerable había olvidado su presencia. Se disponía a darse la vuelta, a saludarlo y a abandonar el barracón. No tenía intención de escuchar más de la cuenta.

—Nuestro retejador exterior hace su trabajo a la perfección —indicó François Branier—. Oye lo que se dice en el interior del templo; pero, al igual que nosotros, está obligado a guardar el secreto.

El monje giró la cabeza. Su mirada se cruzó con la del venerable, que leyó en ella un asentimiento. Esta vez, el monje sintió que el venerable depositaba en él una confianza absoluta. Le tendía una trampa. Así lo obligaba a quedarse, a guardar un secreto que no había querido compartir.

—El hermano Dieter lleva razón —constató Guy Forgeaud después de haber obtenido la palabra—. Sólo puedes transmitir el último secreto a tu sucesor, venerable maestro. Ése no es el objetivo de esta «tenida».

Aunque el compañero y el aprendiz compartieran la opinión de los maestros, guardaron silencio.

El venerable nunca había estado en desacuerdo con su «Cámara del medio», integrada por maestros de la logia. Era fácil respetar la Regla de la unanimidad, en la medida en que los hermanos vivían en armonía.

—Tal vez uno de nosotros sobreviva —insistió François Branier—. Tan cerca de la destrucción de nuestra logia, es preciso que todos estemos al corriente de lo esencial. Sé que ésta es una propuesta excepcional, que contradice la Regla. Pero debemos agotar todas las posibilidades de sobrevivir.

Dieter Eckart volvió a pedir la palabra.

—Debemos rechazar todo aquello contrario a la Regla. ¿Cuántas veces nos has repetido que allí se encontraban todas las respuestas a nuestras preguntas? ¿Por qué hoy iba a ser diferente?

—Porque hoy es nuestro último día, hermano.

Guy Forgeaud levantó la mano.

—No importa, venerable maestro. La iniciación no puede desaparecer, aunque nosotros muramos. Si este mundo está podrido hasta el punto de permitir el asesinato de un venerable, mejor morir. No violemos la Regla bajo ningún pretexto.

El monje comprendía la tentativa del venerable. Ante todo, transmitir la Regla, incluso en las peores condiciones. Nada de preguntarse si un hermano es digno o indigno; simplemente pensar que es un hermano y que esta mera cualidad le permite transmitir los secretos más inaccesibles.

El venerable había fracasado. Era imposible cambiar la opinión de los dos maestros. La jerarquía no se rompería, la Regla no se transgrediría... pero solo él cargaría con el secreto.

—Entonces deduzco que rechazáis mi proposición —manifestó el venerable—.

Vamos a...

Las palabras de François Branier se perdieron en un silbido agudo que se amplificó a una velocidad extraordinaria hasta volverse ensordecedor. Los hermanos se taparon los oídos por instinto.

Luego todo explotó.

Capítulo 26

Una bomba. El fuego del cielo que el viejo astrólogo nizardo tantas veces había anunciado.

Atacaban la fortaleza nazi.

Mil ideas se habían arremolinado en el espíritu del venerable, durante las escasas décimas de segundo que habían separado el fin del silbido y el estallido de la bomba. Había caído justo ante la puerta del barracón rojo. Luego otro silbido, otros dos, otros diez...

El barracón rojo había saltado por los aires. François Branier había salido disparado hacia atrás. Su único reflejo, protegerse los ojos con los antebrazos. El impacto frontal de las tablas le produjo heridas en la espalda, y el polvo lo cegó. Pero consiguió levantarse.

Un montón de ruinas. El monje tenía el rostro ensangrentado, pero se mantenía en pie.

El aprendiz Jean Serval, con el brazo izquierdo inmóvil, trataba de ayudar a Guy Forgeaud, sepultado bajo las tablas. A su lado estaba Dieter Eckart, con la cabeza destrozada. Su cadáver yacía sobre el de Helmut, el ayudante de campo, el hermano aparecido en pleno infierno.

El monje parecía incapaz de avanzar. Se tambaleaba, como una estatua a punto de caer de su pedestal. El venerable lo agarró del brazo. Serval levantó a Forgeaud.

—Estoy ciego —dijo el maestro.

Se aceleraba el ritmo de las explosiones.

—¡Larguémonos de aquí! —instó Guy Forgeaud—. Ahora podemos huir.

François Branier no tenía ganas de dar el menor paso. Deseaba quedarse allí, junto a Dieter Eckart.

—Vamos —le dijo el monje—. Su hermano tiene razón. Hay que intentarlo.

Avanzaron arrastrándose el uno al otro, franqueando los restos de piedras y escombros. El venerable quiso detenerse, hablar con Dieter Eckart, pero el monje tiró de él.

—No servirá de nada —murmuró el benedictino.

Jean Serval y Guy Forgeaud ya habían llegado al patio. El aprendiz, pese a su brazo roto, guiaba al maestro ciego, cubierto de polvo y sangre.

Las explosiones se espaciaban. El ataque perdía intensidad. La fortaleza agonizaba. Ya no quedaba ningún barracón en pie. La caserna de las SS ardía en llamas. La torre central estaba destripada. En la muralla, todo eran grietas y agujeros. Unos deportados corrían y otros se peleaban con los agentes de las SS que habían sobrevivido, para arrebatárles las armas. Disparos. Gritos. Muerte. Llamas que encendían la noche.

El venerable caminaba a duras penas. Cada esfuerzo alargaba su sufrimiento. La herida que tenía en la espalda debía de ser grave. En cambio, el monje se recuperaba. El gusto de la libertad le devolvía las fuerzas.

—Déjeme, padre... empiezo a ser una carga.

—Un retejador no abandona a su venerable. Deje de decir disparates y camine.

No lejos de allí, explotó una bomba que los tiró al suelo. Una densa humareda los aisló. Perdieron de vista a Serval y Forgeaud, que se dirigieron hacia una de las brechas que había en la muralla.

—¡Ya está! —gritó Serval—. ¡Salvados!

El aprendiz distinguió la herbosa pendiente. Había que franquear unos bloques, precipitarse al vacío, luego correr, correr... Serval tiró violentamente de Forgeaud, que sobrevivía gracias a una voluntad de hierro. Moriría con las botas puestas, pero no en aquella prisión.

—¡Alto! —ordenó la voz de Klaus, el jefe de las SS.

Klaus no había dejado de disparar desde el principio del ataque. Ya había vaciado varios cargadores, para matar a fugitivos y ejecutar a desertores de las SS. El cañón de su fusil ametrallador quemaba. Pero Klaus era el amo de la fortaleza, y nadie la abandonaría.

Jean Serval no quiso obedecer la orden del de las SS. La libertad estaba demasiado cerca.

—¡Cuerpo a tierra! —ordenó Guy Forgeaud.

Aterrorizado, y con los ojos llenos de lágrimas, el aprendiz se volvió hacia el maestro. Sintió un escozor en el costado que lo hizo doblegarse. Se llevó la mano a la herida y la retiró empapada de sangre. Caminó hacia el jefe de las SS, que continuaba disparando.

—No, ahora no, me voy a convertir en compañero, voy a...

Klaus reía, con una risa de loco. Los masones no escaparían. Serval, ya muerto, seguía avanzando. El cargador del fusil ametrallador estaba vacío, pero el SS no dejaba de apuntar a los dos hermanos con su arma. Guy Forgeaud dio un paso más y se abalanzó sobre el de las SS. Alcanzó el cuello con sus manos y apretó. Pero no le quedaban fuerzas para matar.

Antes de caer en el pozo sin fondo de la vida, recobró la vista. Un solo instante. Lo justo para percatarse de que el jefe de las SS había sido casi decapitado por una esquirra.

El monje y el venerable caminaban en círculo, sin saber dónde se encontraban. Un trozo de la muralla se vino abajo y aplastó a una decena de deportados que la escalaban. El monje tosía sin cesar, con la garganta irritada por la polvareda. Él había presenciado el enfrentamiento entre Klaus y los dos hermanos. El venerable, no; se desplazaba en una bruma rojiza, capaz de distinguir sólo las sombras. A sus espaldas,

el ruido de un motor. La auto ametralladora avanzaba peligrosamente en su dirección. Iban a morir atropellados. El venerable supo que no volvería a ver a ninguno de sus hermanos y que había perdido su apuesta.

No desaparecería él, sino el secreto del que era depositario. Un secreto que sus antecesores habían considerado vital para la humanidad. Un secreto que había dado lugar a las pirámides, a los templos y a las catedrales, esos faros, esos oasis de belleza y armonía que influían sin saberlo en el más bárbaro de los hombres. Entonces François Branier comprendió que él era el último de los gigantes; abandonaba un mundo en el que ya no encontraba su lugar. La iniciación iba a desaparecer porque la humanidad había elegido la fría luz de la nada. Ya no quedaba ni un solo hermano al que dar la mano. Y sin embargo, todos ellos vivían en él; estaban presentes en cada una de sus células, en cada gota de su sangre. Ya sólo quedaba el monje, que intentaba en vano hacerlo avanzar, rescatarlo del monstruo de metal que se disponía a devorarlos.

Ahora, François Branier vivía la función de venerable. Estaba poseído por la comunidad de hermanos que habían partido hacia el Oriente eterno; constituía el eslabón que los vinculaba al Gran Arquitecto y al mundo. Tal vez algunos sabios no necesitaran de nadie para descubrir la verdad; en cambio, él necesitaba del más humilde de los iniciados. Eran todos irremplazables.

François Branier se colmó de la vida de sus hermanos. Esta vez, se sentía capaz de transmitir la Regla, de reconstruir una logia en la que nada de lo que habían vivido sería traicionado. Se convertía en venerable.

Pero ya era demasiado tarde. Había fuego por todas partes. La fortaleza se desmoronaba. François Branier, último venerable de la logia «Conocimiento», dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Capítulo 27

A finales de aquel verano de 1947, el sol se volvía suave como una caricia. Île de France había pasado un calor sin precedentes desde mediados de primavera. Manzanos y perales estaban cargados de frutos pesados que maduraban a lo largo de días luminosos.

El pueblo vivía al ritmo pausado de las tradiciones, lejos del urbano ajetreo; a las siete de la tarde, campos y huertos quedaban desiertos. Los lugareños tomaban el aperitivo, hablaban de las cosechas, se preparaban para la llegada del otoño. Ningún ruido rompía la brisa de septiembre; ningún ruido, salvo la melodía del malleto y el cincel de un picapedrero, encaramado en la cima de un andamio.

El monje se interrumpió, dejó sus herramientas a un lado y se enjugó la frente. Empezaba a hacer fresco. Pese a su robusta constitución, lo temía. Padecía las secuelas de la congestión pulmonar que había estado a punto de acabar con su vida.

El monje trabajaba en la capilla desde el amanecer. Una semana más, y celebraría su inauguración. Había adoptado el plan de la iglesia alta de la abadía de San Wandrille. Un estilo románico muy puro, austero, despojado de todo discurso inútil.

Cuando el monje había empezado su obra en un terreno que le había ofrecido el municipio, los lugareños se habían ofrecido a echarle una mano. El benedictino había rechazado su ayuda, aduciendo que se trataba de un voto. Debía trabajar él solo. Su capilla quedaría al amparo de san Francisco. Una vez terminada, sería ofrecida al pueblo con la condición de que la mantuvieran en un perfecto estado de conservación. Se celebraría una misa una vez al año para glorificar la fraternidad de los justos. Nadie había podido descubrir más detalles. Ya estaban acostumbrados a la muda presencia de aquel extraño benedictino. Cuando regresara a su monasterio, lo echarían de menos.

El monje pasaba la mano sobre un bloque de granito que acababa de colocar. Aquella piedra tenía alma. Vibraba. Rezaba. De buena gana habría pasado el resto de su vida en el interior de su capilla. Pero la comunidad lo reclamaba. Ascendido a la dignidad de abad, ya no podía darse el lujo de la soledad. Mil tareas, de la más material a la más espiritual, exigían su presencia y su atención. Así lo dictaba la Regla, y no había derogación posible.

El monje se bajó del andamio, limpió las herramientas y las guardó en una caja que depositó en el interior del edificio, donde pronto estaría el altar, una piedra de fundación de la época de las catedrales que Saint Wandrille ofrecía a la capilla.

El terreno, inabarcable, estaba poblado de hayas y robles. A occidente, una hilera de álamos de follaje plateado. Ninguna casa a la vista. El monje montó en una bicicleta y fue pedaleando tranquilamente hasta el pueblo, por un sendero que atravesaba los campos. El sol se acostaba en los trigales. Unos cuervos llegaban

graznando al bosque. Las golondrinas bailaban en el cielo, y algunas descendían en picado hacia el monje para saludarlo a su paso con un batir de alas.

El benedictino sentía un afecto especial por aquella hora del día, en la que Dios le parecía estar tan cerca que un diálogo sin palabras se entablaba en su interior. Entonces el monje ya no era dueño de sí mismo. Sus pensamientos se dispersaban en el sol rojizo, y eran absorbidos por las luces fugaces en las que se juntaban el día moribundo y la noche naciente. No tenía nada que elegir ni que decidir: la vida seguía su curso.

En la plaza del pueblo, dos campesinos discutían sobre un plátano. Saludaron al monje cuando éste apoyó la bicicleta contra la pared del ayuntamiento, un bonito edificio de finales del siglo XVIII al que se accedía por una escalinata. El monje subió lentamente los peldaños. Desde que había salido del infierno, desde que Dios le había permitido ganar su apuesta, el benedictino apreciaba cada uno de los segundos que vivía.

Entró en el ayuntamiento. El vestíbulo de entrada olía a cera y a madera vieja. Ayudándose de la barandilla, subió la chirriante escalera interior. El despacho del alcalde se hallaba en la décima planta. La puerta estaba entreabierta. El monje la empujó.

—Buenos días, señor alcalde.

—¿Buenos días, padre?

—Excelentes.

—¿Una cerveza fresca?

El monje no se hizo de rogar. Tenía sed. Desde el ventanal del despacho, veía la frondosidad de los grandes tilos que sombreaban el lugar.

—¿Vamos, padre?

El monje se levantó. Llevaba mucho tiempo esperando aquel momento. El alcalde marchó delante del benedictino. Los dos salieron del ayuntamiento por la parte de atrás, luego atravesaron un jardín de césped y entraron en una propiedad cercada con altos muros. Al fondo, una casa tradicional de tres plantas. En un rincón del terreno había un túmulo en piedra, al cual una pesada puerta de metal impedía el acceso. El alcalde sacó una llave del bolsillo.

—Entonces, venerable, es aquí donde ha construido su logia.

—Sí, padre. Puesto que el Gran Arquitecto me ha permitido ganar la apuesta, he mantenido mi palabra. Lo he construido todo con mis propias manos. Como usted.

—Supongo que las visitas están prohibidas a los profanos. Usted ha podido ver mi capilla, pero yo no veré su logia. Dios no tiene miedo de dejarse ver; en cambio, su Gran Arquitecto se esconde.

François Branier dio una vuelta de llave en el cerrojo y abrió la puerta.

—Tengo la impresión, padre, de que su Dios no se deja ver tanto como usted

pretende. Entre. Desde que se hizo retejador, ha dejado de ser un profano. ¿O tengo que recordarle que los retejadores son antiguos venerables? Está usted en su casa. Como revancha. Para mí sería un gran placer ser recibido por un abad.

—Bueno —refunfuñó el monje, mientras bajaba la escalera que conducía a la logia.

Una decena de peldaños, un recodo a la derecha y una antesala con un cuartucho.

—Aquí es donde meditan los futuros iniciados antes de su primera muerte —explicó el venerable.

Abrió otra puerta, que daba a la logia propiamente dicha. Una bóveda en forma de ángulo, cubierta de estrellas. Un suelo de baldosas negras y blancas. Al fondo, tres peldaños llevaban a una especie de estrado sobre el que había tres mesitas. En la del medio, un Delta. El monje se acercó y descubrió, a ambas partes de la puerta, dos columnas coronadas por granadas. En el centro del templo, otras tres columnas enmarcaban un tablero en blanco: la superficie sobre la que escribían, en cada «tenida», los símbolos creadores, los que el monje había visto mezclarse con la sangre de un hermano en el suelo del barracón.

—¿Ha encontrado un sucesor?

—Todavía no —respondió el venerable—. He logrado reunir a algunos hermanos para reconstruir una logia iniciática. Me mantienen como venerable hasta el año que viene. Entonces espero retirarme. De buena gana me iría con usted, padre...

—La gente como nosotros no tiene derecho a retirarse, venerable. Además, yo no toleraría la presencia de un hereje entre los muros de mi abadía. Será más útil aquí. Hay mucho que hacer para devolver a algunos el sentido de la vida. Y cuando lo hayan recuperado, éstos salvarán a otros.

El monje y el venerable se sentaron en uno de los bancos de madera que los hermanos ocupaban durante las «tenidas». La serenidad de la piedra desnuda y su tranquila eternidad iban penetrando poco a poco en sus almas.

Sobre un pequeño altar, cerca del monje, había una cesta de mimbre con los «metales». Entre ellos, el anillo del compañero Raoul Brissac que él mismo había encontrado entre los restos calcinados de la fortaleza.

—¿Sabe algo de nuestra joven alemana?

—Pronto será profesora de universidad —contestó el venerable.

La joven rubia había logrado escapar y avisar a los aliados.

—Si Guy Forgeaud no hubiera saboteado la auto ametralladora —recordó el monje—, ahora no estaríamos aquí. Estoy convencido de que hubiésemos muerto arrollados. Se paró en seco. Una bomba la desintegró. Usted no vio nada de aquello. Se había desmayado.

Guy Forgeaud, Dieter Eckart, Pierre Laniel, André Spinot, Raoul Brissac, Jean Serval, maestros, compañeros y aprendiz, todos ellos abrasados en el infierno.

«El misterio de un venerable —pensaba el monje— es su soledad. Cuando lo ha dado todo, cuando se entrega totalmente a su logia, cuando su vida es una suma de las vidas de sus hermanos, ¿qué le queda de su persona? El abandono de lo que creía ser, la extraña luz de un mundo en el que preguntas y respuestas han desaparecido, en que el Gran Arquitecto del Universo es una presencia que se vale por sí misma... Un venerable no tiene ni amigos ni confidentes. Está solo, porque su destino personal ya no cuenta, ni siquiera en su opinión. Quizá tema una tarea que lo supere, quizá dude de todo. Pero eso no importa. Estas emociones no son compartidas. Los hermanos esperan que el venerable dirija la logia, que les ilumine el camino, que les aporte la energía necesaria».

—¿Por qué hemos ganado los dos? —preguntó el monje.

—Porque no podíamos perder —respondió el venerable.

Fuera, caía la noche. Uno de los crepúsculos acolchados de Île de France que, con su séquito de nubes naranjas, resguardaba los últimos rayos del sol.

El monje y el venerable abandonaron la logia y recorrieron juntos, con las manos cruzadas detrás de la espalda, el camino de tierra que se perdía en el campo, lejos de las casas.

—Los monjes de Saint Wandrille son muy afortunados de teneros como abad, padre.

—Deje de ocuparse de nuestros asuntos —replicó el monje, huraño—. Piense en formar maestros y en transmitirles su famoso secreto. Yo nunca he creído que fuera valioso, pero mejor utilizarlo para transformar la podredumbre en pureza.

—Por una vez, padre, comparto su opinión.

Ni el monje ni el venerable deseaban que aquella noche llegara a su fin. Desde lo alto del cielo, las golondrinas vieron cómo sus dos siluetas, curiosamente parecidas, se aventuraban en las tinieblas.

Léxico masónico básico

Acacia: Símbolo masónico de la inmortalidad del alma. Es también el símbolo de la iniciación.

Ágape: Banquete fraternal desprovisto de todo ritual que se organiza tras la tenida.

Altar: Mesa situada frente al Venerable, sobre la que se sitúan las tres Grandes Luces: el Volumen de la Santa Ley, la escuadra y el compás. Ante el altar los nuevos iniciados prestan su juramento.

Arte Real: Nombre que recibe la masonería en cuanto a ascesis e ideal de vida.

Atributo: El delantal, cordón y demás emblemas que cambian según el grado o la función ejercida en la obediencia.

Barrica: Término que en el banquete masónico designa la botella.

Carta de Constitución: Título que una Obediencia otorga a una logia para poder trabajar de manera regular.

Catecismo: Manual que contiene para cada grado la enseñanza masónica.

Cátedra del Rey Salomón: Sede ocupada en la logia por el Venerable.

Coloquio: Debate en torno a temas concretos entre especialistas masones y profanos.

Columnas: Designa los lugares de los masones en el Templo, estén al lado de una u otra columna. Las dos columnas simbólicas J y B (Jakin y Boaz) se sitúan a la entrada de la logia, a imitación de las que Hiram colocó ante el vestíbulo del templo de Jerusalén (Jakin a la derecha, y Boaz a la izquierda) según aparece establecido en la Biblia (1 Reyes, 7, 21-22).

Contraseña: Forma de reconocimiento manual entre francmasones.

Despertar: Regreso a la actividad masónica de un francmasón o de una logia.

Edad: Grado masónico.

Escocismo: Francmasonería de los altos grados.

Escuadra: La segunda de las tres grandes Luces que iluminan la logia como signo de equidad y conciliación permanente entre las oposiciones que hay en la logia.

Experto: Masón encargado de reconocer a los visitantes.

G: La letra sagrada inscrita en el centro de la escuadra. Para algunos masones es la primera letra de la palabra inglesa *God* (Dios); otros la consideran la primera letra de la palabra geometría.

Gabinete de reflexión: Gabinete en el que se encierra al profano antes de su iniciación para meditar ante un cierto número de símbolos. En este lugar redacta su testamento filosófico.

Grabar: En lenguaje masónico significa escribir.

Grados: Pasos en escala que se deben recorrer para llegar al conocimiento

masón.

Gran Arquitecto del Universo: Referente no exclusivo del Creador. Para algunos masones es el símbolo de Dios, para otros el principio creador y para todos la Ley. Las siglas son G. A. D. U.

Gran Maestro: Suprema autoridad en una Obediencia.

Guantes blancos: Símbolos de la pureza.

Hermano: Título fraternal con que se distinguen los miembros de la masonería.

Hijos de la Luz: Forma frecuente de denominar a los masones.

Hijos de la viuda: Forma frecuente de denominar a los masones.

Iniciación: Ceremonia ritual de ingreso de un profano en la masonería.

Instalación: Ceremonia ritual de toma de posesión del venerable maestro.

Irradiación: Ceremonia de expulsión de un hermano por mala conducta.

Juramento: Obligación.

Lluvia: Momento en que un profano se acerca en el momento que se celebra una tenida.

Logia: Lugar donde se reúnen los masones. Imitando a las logias operativas de los constructores de catedrales se orientan como las catedrales. La puerta se encuentra a occidente; el Venerable se sitúa en el oriente, y los compañeros en el sur, con los maestros.

Mandil: Delantal usado por los masones en la logia y adornado según el grado.

Mallete: Martillo o masa con dos cabezas, de madera o de marfil, atributo del Venerable y de los dos Vigilantes.

Metales: Signos exteriores de riqueza y de las pasiones humanas.

Obediencia: Federación de logias bajo una misma autoridad.

Obreros: Miembros activos de una logia.

Orden: Sinónimo de la Masonería Universal.

Oriente: Lugar donde se ubica el Venerable Maestro en una logia. Lugar o población donde se ubica una logia.

Oriente Eterno: El situado más allá de la muerte. Pasar al Oriente Eterno se refiere a la muerte de un masón.

Palabra de paso: Palabra secreta utilizada en cada grado.

Pasar la paleta: Perdonar a un hermano una ofensa.

Pase bajo venda: Interrogatorio que hacen al profano que quiere iniciarse en masonería con los ojos vendados.

Pasos: Pasos rituales que se dan en cada grado.

Plancha: Todo trabajo escrito, bien se trate de un discurso, de correspondencia, etc.

Profano: Persona no iniciada o ajena a la masonería.

Radiar: Excluir o expulsar a un hermano juzgado indigno o que no ha respetado

sus compromisos.

Recibir la luz: Iniciarse en la masonería.

Sueño: Estado en el que se encuentra un francmasón o una logia que ha interrumpido su trabajo masónico regular sin perder sus derechos masónicos.

Supremo Consejo: Potencia masónica que dispone de la jurisdicción sobre los talleres del 4.º al 33.º grado (por lo tanto no en las logias azules).

Taller: Nombre que la masonería otorga a todos los cuerpos iniciáticos, ya se trate de las logias que trabajan en los tres primeros grados, o de entidades constituidas por los grados superiores.

Templo: Para el masón, en primer lugar es el ideal a realizar: el templo de Salomón que jamás se acabará de construir. También es el local en el que se reúne la logia.

Tenida: Reunión ritual de una logia.

Toque: Modo de reconocerse los masones.

Trazar: Escribir.

Triángulo: Agrupación de tres maestros masones.

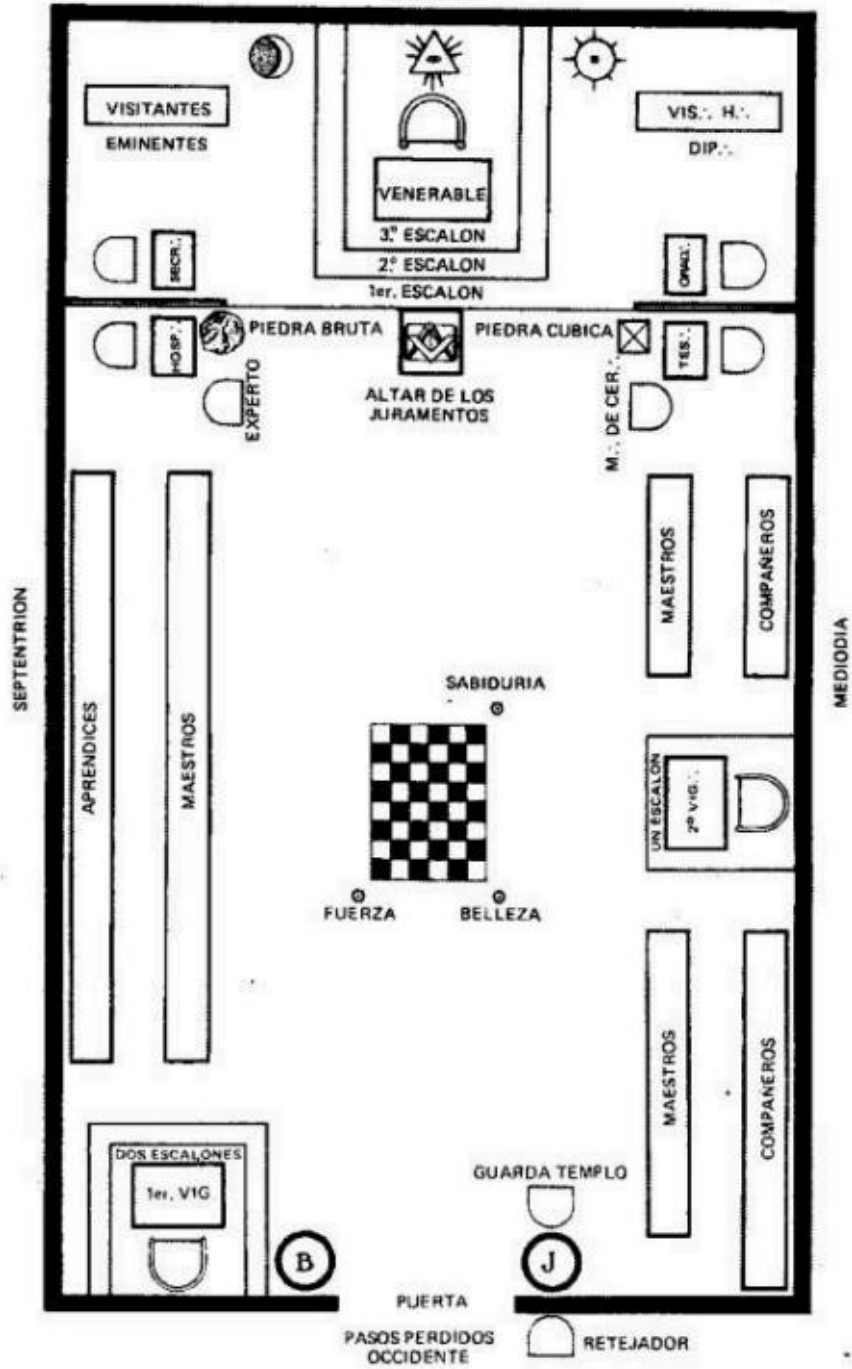
Tronco de la viuda: Tronco en el que al fin de cada tenida, los masones depositan sus óbolos para las obras de beneficencia de la logia.

Trono de Salomón: Lugar reservado para el Venerable en las tenidas.

Valle: Lugar geográfico donde se ubica una logia.

Viajes: Preambulaciones del profano alrededor del taller durante sus pruebas de iniciación.

PLANO DE LA LOGIA ORIENTE





CHRISTIAN JACQ, nació en París el 28 de abril de 1947. Escritor de ficción y obras de divulgación histórica, está considerado uno de los más notables escritores de novela histórica en lengua francesa.

El interés de Christian Jacq por la egiptología comenzó cuando tenía trece años y leyó la *Historia de la Civilización Egipcia Antigua* de Jacques Pirenne. Con sólo 17 años hizo su primer viaje a Egipto, la tierra de los faraones.

Empezó a estudiar la carrera de filosofía, pero su pasión por Egipto le llevó a centrarse en la arqueología y egiptología, doctorándose en esta disciplina en la Universidad de la Sorbona. También se ha iniciado en los secretos de la Masonería.